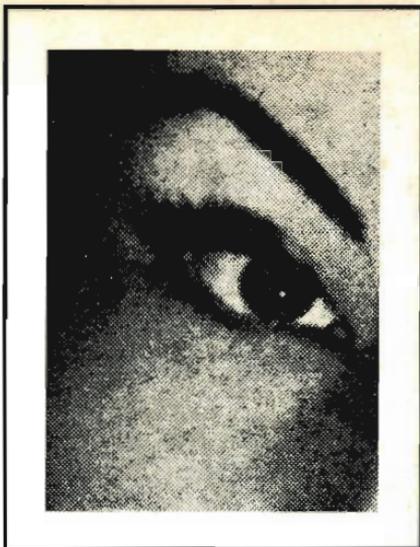


C.R.  
863.08  
R3822r



# RELATOS DE MUJERES

Antología de Narradoras de Costa Rica

---

*Carmen Naranjo • Rima de Vallbona • Julieta Pinto  
Linda Berrón • Alicia Miranda • Dorelia Barahona  
Myriam Bustos • Virginia Zúñiga • Irma Prego  
Tatiana Lobo • Rosibel Morera • Silvia Kruse  
Sonia Morales • Yolanda Ingianna • Vilma Loría  
Xinia Estrada • Mía Gallegos • María Montero  
Amalia Sollet • Ishtar Yasin • Saray Amador • Elba Cleves  
María Luisa Fernández • Alejandrina Gutiérrez*

---

Prólogo, Sonia Marta Mora  
Compilación y Presentación, Linda Berrón

---

# RELATOS DE MUJERES

---

Antología de Narradoras de Costa Rica

Primera Edición, Febrero 1993



© Editorial Mujeres S.A.  
Apartado 727-2050  
San José, Costa Rica



0001303566

Portada: Detalle de fotografía de Yolanda Oreamuno  
Cortesía de la Dra. Emilia Macaya

Edición a cargo de: Linda Berrón

Textos revisados y autorizados para su impresión por las autoras.  
Diagramación de textos: S y B Diseños y Artes Gráficas

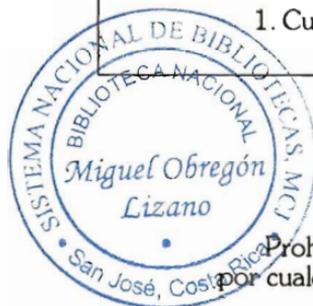
Ilustraciones: Fernando Castro

863.6

R382r Relatos de mujeres: antología de narradoras de Costa Rica / Selección Linda Berrón ; prólg. Sonia Marta Mora. — San José : Editorial Mujeres, 1993. 204 p. ; il. ; 21 cm.

5 MAR 2013 ISBN 9968-9718-0-4

1. Cuentos costarricenses I. Berrón, Linda. II. Título.



Hecho el Depósito de Ley  
Reservados todos los derechos

Prohibida la reproducción total o parcial,  
por cualquier medio, del contenido de este libro.



Agradecemos la valiosa colaboración de la empresa  
**Grupo Ganadero Industrial** de San José, Costa Rica,  
en la publicación de este libro.

*Carmen Naranjo, Rima de Vallbona, Julieta Pinto,  
Linda Berrón, Alicia Miranda, Dorelia Barahona,  
Myriam Bustos, Virginia Zúñiga, Irma Prego,  
Tatiana Lobo, Rosibel Morera, Silvia Kruse Quirós,  
Sonia Morales SolArte, Yolanda Ingianna,  
Vilma Loría Cortés, Xinia Estrada, Mía Gallegos,  
María Montero, Amalia Sollet, Ishtar Yasin,  
Saray Amador, Elba Cleves,  
María Luisa Fernández Luthy,  
Alejandrina Gutiérrez.*

Colección: Narrativa  
Ellas cuentan

# INDICE

Indice .....	7
Presentación .....	9
Prólogo .....	11
Julieta Pinto	
<i>Tres nombres para la ausencia</i> .....	15
Tatiana Lobo	
<i>Andrea perdió la honra el día de San Lorenzo</i> .....	21
Silvia Kruse Quirós	
<i>Casarse con temporal</i> .....	29
<i>Bremen</i> .....	37
Ishtar Yasin	
<i>La muerte del cisne</i> .....	39
Carmen Naranjo	
<i>Dulce violencia</i> .....	41
<i>Infinitas partes de un temperamento</i> .....	43
Yolanda Ingianna	
<i>Viernes Santo</i> .....	49
Dorelia Barahona	
<i>La señorita Florencia</i> .....	51
<i>Carro grande, Hombre grande</i> .....	57
Vilma Loría Cortés	
<i>El sueño</i> .....	63
<i>A las tres de la tarde me amarraron las alas</i> .....	65
<i>San José de noche</i> .....	67

Xinia Estrada	
<i>Retrato de una mujer perdida</i> .....	71
Myriam Bustos	
<i>Mutante</i> .....	73
Irma Prego	
<i>La muela</i> .....	83
Sonia Morales SolArte	
<i>Y el dorado se volvió verde</i> .....	87
María Montero	
<i>Autorretrato para ella</i> .....	97
Mía Gallegos	
<i>La muerte de Helena</i> .....	101
Rosibel Morera	
<i>La isla</i> .....	103
Amalia Sollet	
<i>El reencuentro</i> .....	113
Virginia Zúñiga	
<i>El Patricio</i> .....	117
Alicia Miranda	
<i>Cruz</i> .....	121
<i>El comprador</i> .....	125
Elba Cleves	
<i>Hermanos de río</i> .....	129
Alejandrina Gutiérrez	
<i>Dos caminos, dos vidas</i> .....	133
María Luisa Fernández Luthy	
<i>Locuras</i> .....	137
<i>Flor de café</i> .....	139
Saray Amador	
<i>Cuentos para una princesa</i> .....	141
<i>Cosas de tonto</i> .....	145
Rima de Vallbona	
<i>Saturnalia</i> .....	149
Linda Berrón	
<i>El pique</i> .....	155
<i>El esclavo sin dueño</i> .....	161
Índice biográfico de autoras .....	189

# PRESENTACION

Al presentar este libro, *Relatos de Mujeres: Antología de Narradoras de Costa Rica*, deseo consignar un texto que Angela Acuña publicó en 1969 en su libro: *La mujer costarricense a través de cuatro siglos*:

*“Nunca como hoy debe pensarse en los convenios inteligentes de unas mujeres con otras, en cómo los esfuerzos de unas fueron provechosos a las demás, a pesar de la diferencia social, cultural, económica y política de los tiempos y de la divergencia de opiniones, creencias y simpatías”.*

Casi veinticinco años después, la cita de Angela Acuña conserva la misma frescura y aun, la misma perentoriedad. Esta Antología trata de ser uno de esos “convenios inteligentes”, donde veinticuatro escritoras comparten la misma Casa de la Ficción, como diría Virginia Woolf. El auge que vive hoy en Costa Rica la

literatura escrita por mujeres, tanto en poesía como en narrativa, tiene sin duda mucho que ver con la tenaz labor de las pioneras. Como un homenaje, hemos colocado en la portada de este libro la hermosa y agudísima mirada de una de ellas: Yolanda Oreamuno. Deseo mencionar también, como antecedente inspirador, el libro de Leonor Garnier, *Antología del ensayo femenino en Costa Rica*, Ministerio de Cultura, San José, 1976.

El libro que presentamos hoy, reúne a un heterogéneo grupo de narradoras. Junto a las escritoras reconocidas, que gracias a su esfuerzo y su talento han logrado hacerse un nombre, se encuentran las menos conocidas y las inéditas. Aparecen en el libro sin orden jerárquico, solidariamente, con sus particularidades estilísticas y tipográficas inalteradas, aunando voces para presentar al lector sus personajes: mujeres que viven y reflexionan sobre el amor, la soledad, el aborto, los hombres, el trabajo, el sentido de la existencia humana. Algunas voces lo hacen con humor, otras, con rabia; algunas, con atormentado lirismo. Cuando aparecen los personajes masculinos, por lo general hay un reiterado tono de reclamo.

Un hecho que probablemente aceptan hasta los más recalci-trantes, es que en la historia de la humanidad sólo ha "contado" la mitad de la población. La voz debida a la mujer se va escuchando cada vez con mayor firmeza. Y aún así, se privilegia un tipo particular de discurso, el que enfatiza lo concreto, la vida diaria, la cotidiana sobrevivencia, lo autobiográfico. Tal vez nos falta reivindicar también, con mayor osadía, la palabra creadora, la fantasía, la imaginación. Imaginar y fantasear también es una vía para darle forma al futuro; el futuro, como la literatura y los sueños, es la tierra de los deseos por cumplir.

Esta es la primera publicación de la Editorial Mujeres; la primera de una larga lista de sueños. Quiero agradecer a todas las escritoras que han participado en este libro, por su respuesta cálida e inmediata. A las profesoras Lic. Amalia Chaverri y Dra. Sonia Marta Mora, por su presencia en los textos de la contraportada y del prólogo. A Silvia Kruse, por su generosa ayuda en el proceso de edición del libro. A Fernando Castro, porque trabajar con él siempre es una fiesta.

Finalmente, a mis hijos David y Laura que compartieron, *bon gré mal gré*, el entusiasmo y el tiempo de este proyecto.

Linda Berrón  
Editorial Mujeres

# PROLOGO

*“En la blancura de la página  
que la razón recorta, se im-  
primen y afloran paulatina-  
mente los signos oscuros de  
la sombra que aquí reclama  
su derecho a la palabra”.*

***Las poetisas del buen amor***

*Relatos de Mujeres: Antología de Narradoras de Costa Rica*, logra reunir en un solo texto las más variadas tendencias del relato costarricense actual. Desde las consagradas hasta las novísimas escritoras de hoy, el presente volumen muestra con claridad muchos de los retos a que se enfrenta la literatura contemporánea de Costa Rica, sus limitaciones y aciertos, su búsqueda incansable de nuevos horizontes para la imaginación y la reflexión.

Se trata, efectivamente, de “relatos de mujeres”: es éste uno de los principales elementos que los une en su diversidad. Pero no se alude aquí a un coto cerrado y exclusivista que expulsa al varón, ni a un sector marginal de la totalidad literaria como en tantas antologías a que nos tiene acostumbradas la crítica tradicional. En vez de articularse como una muestra de “literatura femenina”, como un feliz gineceo literario construido desde la mitología patriarcal y por ello limitado a temas, tonos y estilos “femeninos”, permitidos y autorizados por la crítica, este tomo se presenta como un proyecto

de las propias escritoras, resistente a las fórmulas clasificatorias convencionales.

Poderosa en sus efectos ideológicos, la noción de "literatura femenina" representa la actualización del mito sobre la mujer en el terreno de los discursos. Sometida a este concepto, la escritura de las mujeres se relega a zonas temáticas y genéricas predeterminadas y marcadas por lo íntimo, lo espontáneo e intuitivo. Según esta óptica la mujer escritora, amorosamente cercada por su mundo interior, convierte la literatura en el lugar del desahogo y de la expresión de la intimidad. La gran Literatura volcada al mundo exterior y a la historia es un patrimonio masculino: la práctica escritural de las mujeres es desplazada del terreno artístico.

En el presente libro muchos de los relatos incluidos rompen con los supuestos de la "literatura femenina" al desarrollar conjuntos temáticos y estructurales y trayectos de sentido no codificados bajo este concepto. Es cierto que la cuestión amorosa es preponderante, pero ésta se trabaja desde los resbaladizos ángulos del problema de la identidad, la autorrealización y, en general, la búsqueda de la libertad, el gozo y la plenitud. Los relatos se mueven desde el cuadro y la estampa, hasta la tradición -a la manera palmiana- y el cuento. La experimentación lingüística y el trabajo de la forma van acompañados de la alusión sacrílega o escabrosa, de la palabra prohibida, del gesto sombrío o enigmático. En fin, las referencias culturales heterogéneas y la apertura a nuevos espacios geográficos, sociales y filosóficos acercan con nitidez esta producción narrativa a los intentos de buena parte de la novela costarricense contemporánea.

Pero es innegable que el análisis del problema del poder, en particular en lo que se refiere a las relaciones entre las mujeres y los hombres en nuestras sociedades, ocupa un lugar capital en este tomo. Es así como el estudio de la psicología femenina y masculina, de la función social atribuida a los sexos y, en el caso de las mujeres, de su actitud hacia el matrimonio y la fidelidad conyugal, la maternidad y los mitos que la acosan, ocupa buena parte del espacio textual que sigue a estas líneas. Nuestras escritoras tienen razón: en el siglo del advenimiento de las mujeres nos falta mucho por decir acerca de la desigualdad entre los sexos. Un grupo de narradoras costarricenses dan aquí un importante paso para invitar a críticos y creadores a un diálogo en el que juntos, hombres y mujeres, encontraremos nuevas vías de justicia e igualdad.

Y si tradicionalmente la mujer escritora ha sido expulsada del terreno estético -antes con el látigo de la censura y hoy con instrumentos menos visibles pero igualmente efectivos y dolorosos-, al inscribirse en él esta muestra narrativa acepta un reto nada despre-

ciable. Incapaz ya, por la dignidad y autoconciencia en que se funda, de aceptar el concesivo -¿compasivo?- gesto caballeroso, este conjunto de relatos costarricenses se presenta ante la crítica para animar un debate necesario en nuestro medio. ¿Cómo contribuir, desde el terreno del arte, a la problematización de los mitos que limitan la libertad humana? ¿Hasta dónde avanzan en este sentido los relatos aquí introducidos? ¿De qué modo se conectan con importantes logros de otros textos de la literatura de Costa Rica? ¿Logran burlar, -al menos parcialmente- las escritoras aquí representadas los controles sociales que limitan y deforman sus voces? ¿Renace en estas páginas, más allá de la postura maniqueísta, la palabra nueva y propia? Y en otro orden de cosas... ¿Cómo superar la discusión meramente temática de las relaciones de poder entre los sexos? En otras palabras, ¿de qué modo pueden elaborarse perspectivas novedosas del problema que nos ocupa, ópticas de ruptura que produzcan efectivamente un descentramiento de una mitología milenaria y pertinaz? ¿Cómo construir un nuevo lenguaje?

La experiencia femenina ha demostrado que, más allá de la victoria de una respuesta, el objetivo solidario es la construcción colectiva de valientes y atrevidas preguntas.

*Dra. Sonia Marta Mora Escalante*  
*Enero 1993*

# JULIETA PINTO

## Tres nombres para la ausencia



El avión se eleva encogiendo prados, ríos, ciudades, hasta dejarlas reducidas a un recuerdo o un sueño. Rolando trata de leer el periódico, pero yo sé que su mente vaga por los sitios abandonados con la figura dorada en todas las imágenes.

Liana apareció al comienzo de la mañana. Su piel traslúcida permitía adivinar la red invisible que sostenía el porte de la cabeza y el gesto voluntarioso de la boca. En ella estaban sumidas las generaciones que la antecedieron, ritos y creencias de una raza aún fijada en el Arca de la Alianza, las palabras de Moisés y la exigencia de su alcurnia.

Llegó a nuestra casa en busca de una pintura de mi marido. La había visto en la sala de exposiciones del Museo y quería comprarla. No preguntó precio, ni la posibilidad de adquirirla, tenía la certeza de cumplir con su deseo. Sorprendida escuché la aceptación de Rolando con voz alegre. Me había acostumbrado a las palabras de los últimos meses, duras e inflexibles como latigazos y había olvi-

dado las pronunciadas en un tiempo antiguo, casi perdido en el laberinto de la memoria. La mujer comenzó a hablar, y si antes me había parecido la encarnación de alguna diosa, ahora tuve la certeza. Nos tenía hechizados con sus movimientos cadenciosos, gestos rituales antiguos unidos a la belleza de la juventud, y palabras pronunciadas en un tono algo gutural que aumentaba el encanto. Hablaba bien el español, no cabía la menor duda, pero la particularidad del acento le concedía una dimensión diferente al alargar las sílabas o quebrar voces.

Atrapados en una atmósfera mágica, donde se conjugaban signos y recuerdos largamente olvidados, con otros de reciente formación, entré en un tiempo sin relojes y la mañana se convirtió en celaje. Llegó la noche y su carga de misterio; nos encontramos en una casa desconocida, donde todo, desde el umbral con una vid arrollada en los horcones, hasta la puertecilla que comunicaba al jardín, tenían el aire de lo no esperado. La comida, de platillos ajenos al sabor cotidiano, combinó muy bien con el aire impregnado por el incienso que humeaba en cuencos de metal labrado.

En la madrugada, gotas de luz disiparon la noche; no pude desprender mis ojos de los gestos lentos de mi interlocutora y los tomé a mi marido. La posición alerta de su cuerpo, la cara tensa, los ojos brillantes, la boca entreabierta, me hicieron recordar el tiempo ido para siempre en la estela de los días. Mi corazón saltó y escuché con asombro el ritmo que nunca creí renacería del acervo de escombros acumulados. Una mano leve en mi hombro, mano de hada o de diosa, volvió mi cabeza hacia ella y me invitó a descansar. "Hay una cama tendida en el cuarto de huéspedes, te gustará el lugar". Caminé en la dirección indicada y caí dormida encima de la cama, sin tiempo de desvestirme. Sueños extraños poblaron mi mente, luchas heroicas entre dioses griegos. Liana participaba en ellas convertida en walkiria, diosa, bruja, descendiente del desierto o arcángel vengador. Yo en la sombra, en la observación de encuentros dirigidos por un destino ajeno a mi voluntad durmiente.

Me desperté buscando a mi lado la figura de mi marido, pero no había nadie en la cama ni en el cuarto. Salí y escuché risas alegres al otro extremo de la casa. Los encontré desayunando en una pequeña mesa cubierta por un mantel parecido al que mi abuela usaba en los días del almuerzo familiar. (Es del extranjero, nos decía siempre, me lo trajo Juan en uno de sus viajes). No tuve tiempo de detenerme en el pensamiento que podía solucionar un montón de incógnitas sobre aquel país extranjero, porque Liana acercándose a mí me besó efusivamente. "¿Dormiste bien, cariño?", me preguntó mientras su brazo en mi cintura me dirigía al lado de Rolando

quien delante de una taza de café y diversas clases de panecillos, comía vorazmente. Continuó sonriendo: "Desde que murió mi marido no me acuerdo de haber sido tan feliz". Su cara irradiaba luz y me sentí contagiada. Lejos habían quedado los despertares angustiantes con la cotidianeidad de los días, el mal genio de Rolando, el hastío del desamor, y los papeles del divorcio. "Quisiera pintarlas; las dos juntas ofrecen un contraste interesantísimo", expresó mi marido. Miré el color de mi piel morena del cruce de razas, imaginé los ojos negros, tan oscuros que al comienzo del matrimonio Rolando se sumergía en ellos diciéndome que algún día descubriría su misterio. Ultimamente habían tomado un color borroso, como de ropa demasiado gastada o enmohecida por falta de uso. Los ojos de Liana eran dorados como su piel y su mano reposaba sobre la mía con la confianza que concede la amistad de muchos años. No intenté retirarla, era natural que así fuera y que su otra mano ciñera la de mi marido.

"Les enseñaré Jerusalén, aprenderán a amarla como yo. Hay que conocerla poco a poco. Es una ciudad femenina, esconde su misterio a los ojos extranjeros y guarda su pasión y temura para los elegidos". Su mirada se posó en nosotros y supe que nos amaba.

La vida cambió tan vertiginosamente que no tuve tiempo de notarlo. Sé que la alegría estaba siempre presente y que la ciudad abrió sus tesoros a nuestros conocimientos, a nuestra admiración. Las cosas antes vistas cobraban otra dimensión y nos integramos al paisaje, a la historia, al presente.

Perdí la costumbre de analizar situaciones y sentimientos porque todo era tan natural, fluía tan serenamente, que no especulé si Rolando estaba enamorado de Liana o no; si yo misma la admiraba tanto que mi sentimiento se había desbordado. Se daba la alegría, la ilusión de los encuentros antes de visitar una mezquita y escuchar la historia de su construcción, el milagro de una lucha ganada al enemigo, porque enemigo para mí, y estoy segura que también para mi marido, eran todos los que estaban en contra de esa raza, fuerte y aguerrida, dulce y tierna, como los dátiles del desierto que Liana traía cada mañana.

Visitamos ciudades pequeñas y ciudades grandes, ríos con historias de apóstoles y su Mesías, Belén y el establo de su nacimiento. Sentí angustia en el Monte de los Olivos, ojos húmedos en el camino de la Cruz. La historia nacía, tomaba forma en cada rincón, descubriendo su veracidad en las vibraciones del aire y en la energía de las ruinas. Mi corazón lloraba con el dolor de la madre al pie de la Cruz, pero renacía el sentir el poder del amor en la Resurrección. Viví paso a paso las promesas hechas a un pueblo

diezmado por los romanos y retrocedí en el tiempo hasta el Arca de la Alianza y las Tablas de la Ley. No era un historia contada, era una vivencia tan auténtica, que estaba segura mis raíces provenían de esa tierra y los antepasados de Liana eran los míos.

Rolando pintaba frenéticamente. Los retratos de Liana eran fascinantes y tan diferentes uno de otro que nadie hubiera dicho que eran de la misma persona. Yo la veía en todas las facetas de su personalidad múltiple y descubría fases ocultas de una morbosidad tenebrosa, ajenas a la joven alegre que me despertaba cada mañana. No me detenía a pensar en el contraste, ¿para qué si éramos felices? Los retratos míos tenían siempre un sello de tristeza que no calzaba con mi estado de ánimo de esos momentos; eran como un salto al pasado, o quizás al futuro, porque en mis rasgos estaban marcadas las líneas que aún no tenía. "No podría pintar sin ustedes dos a mi lado", nos decía Rolando mientras su pincel no se cansaba de inventar cuadros, alabados por los críticos y perseguidos por los amantes de la pintura.

Hacer el amor fue algo novedoso, como dormir en el desierto sobre una tela de colores y un cielo tan profusamente estrellado que no había sitio para la oscuridad. Rolando aprendió la calma del beduino, esa marcha sigilosa sobre colinas y hondonadas descubiertas por primera vez y tan misteriosas como la luz de la luna velada por la niebla. Había una lentitud en sus movimientos, en las caricias que derramaba en mi piel, que mi cuerpo aprendió a corresponderlas sin hacer preguntas ni angustiarse por la brevedad de la vida. El placer se prolongaba abriendo puertas al infinito.

De noche por medio, Rolando regresaba en las madrugadas y exhausto despertaba a media mañana. A esa hora Liana pasaba por nosotros para emprender alguna aventura. Bañamos en el Mar Muerto, flotar en esas aguas calientes y densas fue una sensación inimaginable. Los mares de mi tierra me acunaban al entrar en ellos, pero éste me rechazaba violentamente, como si fuera una intrusa. Rolando nos miraba a las dos con la ternura de los primeros días de matrimonio, con el deseo en el roce de las manos, de los cuerpos, y aunque yo sabía que compartía su amor con Liana, me pareció algo tan natural como mi cariño por ella.

Y continuaron los días en una sucesión de encuentros, con la naturaleza apagándose en un otoño de colores oscuros. Apareció una nueva Jerusalén iluminada por tonos de cobre y musgo en los atardeceres, y perdida en la niebla de la madrugada. La alegría, en vez de apagarse como el otoño, creció ocupando el sitio de la angustia, relegada a lo inexistente. Se equilibró mi organismo y sé que florecí en belleza y espontaneidad. Rolando a su vez parecía un

joven estudiante, con la sonrisa y las bromas prestas en todo momento.

Meses en un enlace amoroso fuera de la órbita común, nos trasladaron a una dimensión desconocida, sin punto de referencia en el tiempo anteriormente vivido. Entre Liana y yo había una hermandad establecida no por lazos de sangre, sino por juegos compartidos en ceremonias separadas pero idénticas. Mi piel y su piel se unían en las manos del hombre que las acariciaba, y el contraste de los cabellos formaba la cabellera de esas diosas hindúes que contienen todas las facetas de lo femenino. Algo morboso se despertaba al contacto de una boca que venía de besar la otra y la excitación aumentaba el placer.

Un día apareció una línea en la frente de Rolando y Liana aumentó sus mimos sin lograr suprimirla. Noté en mí una ansiedad ya olvidada por la magia de las horas y comencé a observar a mi marido con la desconfianza del pasado. No hubo contraste entre mi sentimiento y la densa maraña de un invierno riguroso como nunca, en esa región poco acostumbrada a cambios tan drásticos. La agitación de Liana aumentó al compás del deterioro en la relación, y yo me sentía ajena a lo que se gestaba entre los dos. En mis sueños Liana se convertía en Circe, y en la vigilia continuaba el mismo papel cuando sus ojos se fijaban en los míos con la nueva mirada que había adquirido recientemente.

Meses atrás, con el dinero de la venta de unas pinturas, habíamos planeado un viaje por el Mediterráneo para celebrar el comienzo de la primavera. Continuábamos con los preparativos, pero casi en silencio, como si fuera un castigo de los dioses al que había que someterse.

Comencé a tomar pastillas para dormir, y varias veces, retenida por las pesadillas, me levanté cuando ellos ya habían salido o estaban hablando bajito en la puerta de la casa y callaban al notar mi presencia.

Una noche entró Rolando al cuarto con tal violencia, que salté de la cama sin saber cómo enfrentarlo. La violencia se consumió en sí misma sin articular una palabra y él caminó hacia la ventana abrumado por el peso de sus hombros. Me acerqué a su lado, guardando cierta distancia por si surgía un nuevo brote de violencia, y miré la noche tratando de encontrar lo que él buscaba más allá de la oscuridad.

No sé cuánto tiempo permanecí inmóvil en espera de una respuesta a mi angustia. Al fin, una voz cansada, como salida de la noche, murmuró: "Mañana nos vamos, alista tus valijas".

“¿Y Liana?”, fue lo único que se me ocurrió preguntar.

“No va”.

Esperé la explicación que lógicamente seguiría, pero sólo el ruido al abrir las puertas de los armarios me respondió.

Comencé a preparar las valijas con una obediencia ajena a mi carácter y en la madrugada estaba todo listo para el viaje. Me hubiera gustado despedirme de Liana antes de partir. La verdad es que en el último tiempo me había demostrado una agresividad inmerecida y su amor se había transformado en un sentimiento gemelo al odio, pero yo no podía darle ese nombre porque había instantes en que resucitaba ese afecto inefable que nos unía. El temblor de mis manos era tan violento que casi no pude cerrar la última valija. A las cuatro de la mañana entregamos la llave al portero y llamamos a un taxi para ir al aeropuerto.

Desde el avión veo desaparecer las ciudades, los oasis robados al desierto, las grandes extensiones de arena dorada, la mancha fosforescente del mar. Necesito saber lo que había sucedido y me atrevo a preguntar: “¿Por qué Liana no viene con nosotros como habíamos planeado?” Me mira fijamente y en sus ojos hay un pesar tan grande, tan inexorable, que me pregunto si el abismo abierto seguirá para siempre. Su voz me llega opaca, debilitada por el esfuerzo de hacerla surgir.

“Me propuso huir con ella y abandonarte. Le dije que amaba a las dos...”

# TATIANA LOBO

## Andrea perdió la honra el día de San Lorenzo \*



Nadie sabe dónde queda el alma. Unos dicen que en el corazón, en el hipotálamo, o en la boca del estómago.

Pero todo el mundo sabe, con mucha certeza, dónde tienen la honra las mujeres. Es un sitio preciso, discreto y sumamente frágil.

Cuando el alma nos abandona se echa de ver en el mismo instante. Cuando una mujer pierde la honra, si no lo publicita, no se nota. Su cuerpo no se pone rígido, ni lívido. Su sangre circula como siempre, come igual, sigue respirando y nadie se percata de lo que le ha ocurrido. Otro cantar es si los demás se enteran. La honra tiene de particular que deja de existir sólo si el asunto es de conocimiento público.

Perder la honra es, hoy, un pequeño percance. Mucho más grave lo era en 1724, cuando los padres de las muchachas afectadas

---

\* Relato basado en datos tomados del archivo de la Curia Metropolitana, Sección Fondos Antiguos, caja 11, fol. 185, 186 y 193 a 214.

su fragilidad, Andrea deja en claro que el seductor fue Esteban y ella la seducida.

Pero el juez no se satisface con tan poca información. Quiere saber la hora exacta y precisa en la que Andrea Chaves perdió su doncelléz. Sin reloj en el cual medir el tiempo, la campesina calculó las cinco de la tarde, según la posición del sol. Esa fue, también, la última vez que vio a Esteban. El le había prometido que al domingo siguiente se presentaría ante sus padres para pedirles la mano; pero nunca más volvió.

Como entonces el saber leer y escribir era privilegio del clero, la nobleza y la jerarquía militar, y ninguno de los protagonistas de esta historia estaba alfabetizado, fue el notario quien le leyó a Esteban Leandro la declaración de Andrea. El reo se defendió alegando que había visto a la muchacha una sola vez y fue cuando se le escapó su caballo; al buscarlo, dio por casualidad con la casa de los Chaves donde se guareció de la lluvia. Nunca cruzó una sola palabra con Andrea, dijo, ni la volvió a ver jamás. Además, afirmó, el día de San Lorenzo él se encontraba en el pueblo de Ujarrás.

El mismo notario le leyó la declaración de Esteban a Francisco Chaves, y éste volvió al ataque diciendo que no discutía la veracidad de lo del caballo extraviado; pero tampoco dudaba de que su hija extraviara la honra por causa de Leandro. El denunciante ya había hecho algunas indagaciones por su cuenta, y averiguó que Esteban no pudo estar en Ujarrás el día de San Lorenzo porque lo vieron, ese mismo día, en casa de su vecina Manuela Chacón. Lo sabía porque se lo dijo Juana de Villarreal, tía de Manuela, la que, extendiéndose en detalles, contó a Francisco que la madre de Manuela, Josefa, al ver partir a Esteban comentó:

*¿Dónde irá Patas Chingas por ahí?*

El juez toma nota, por si de algo sirve, que Esteban Leandro no usaba calzado.

Ese mismo día, continúa Chaves, estaban en la casa de Manuela, además de su tía y su madre, el teniente Juan Chinchilla, y el marido de Manuela. Los testigos presenciales que vieron a Esteban Leandro el día de San Lorenzo, a poca distancia de la casa de la familia Chaves, serían entonces cinco. Francisco pide al juez que haga comparecer a los cinco y les tome su declaración para que salga a relucir la verdad y que, mientras tanto, a Esteban Leandro: *se le agraven las prisiones, no permitiendo que ande, como anda, suelto por el cuerpo de la cárcel y corredores del cabildo, comunicando con todos como si hubiera hecho una hazaña muy grande...*

El reo, puesto en conocimiento de los nuevos elementos que esgrime, en su contra, su acusador, responde con una contraofen-

siva: se querrela civil y criminalmente contra Chaves por pretender, éste, endilgarle a su hija: *sin más razón que el haber yo escampado del agua, en su casa, diciendo que la tenía con todo recogimiento. Que no es así, pues es notorio que en los campos y personas que se hallaban (...) la vieron venir sola de los montes y cerros sin más vestuario que unas naguas por los hombros, maltratada, con ligaduras, dando voces, diciendo a su padre: "tatita, ya no sirvo, que tres hombres me han cogido y me han echado a perder"*.

Esteban responsabiliza a los tres desconocidos que asaltaron a Andrea por la pérdida de la virginidad de ésta, e insiste en que la vuelvan a interrogar para que diga: *en qué parte la cogieron los tres hombres, lo que hicieron con ella, qué señas tenían y si llegó a su casa maltratada con los mecates [con] que la ataron.*

Leandro niega que el día de San Lorenzo estuviera en la casa de Manuela Chacón y pide que se le pregunte a ella y su familia si lo vieron ese día.

El juez se rasca la cabeza: la parte acusadora y el acusado presentan los mismos testigos... Estos no pueden ser muy confiables, piensa, pues se ve que está de por medio la vecindad y la amistad. Pero los llamó. Josefa de Villarreal, la tía de Manuela Chacón, declaró que sí había visto a Esteban el día de San Lorenzo en casa de su sobrina porque lo vio tomar unos tabacos y marcharse. Juana de Villarreal, madre de Manuela, dijo que no había visto a Esteban cometer *acción alguna de malicia* y que había oído decir, a la mamá de Andrea, que los tres agresores no le habían tocado la honra. El marido de Manuela aseguró no saber nada, y el teniente Juan Chinchilla afirmó que no había estado en la casa de Manuela el día de San Lorenzo; pero que había escuchado rumores de que a Andrea la habían *cogido* tres hombres. Finalmente, la dueña de la casa, Manuela Chacón, dijo que el día de San Lorenzo Esteban Leandro le había quitado cuatro tabacos y no sabía más.

Los testigos son evasivos y se esfuerzan por no comprometerse. Desesperado Francisco Chaves presenta el testimonio de otro vecino, Juan Masís. Este declaró que *hallándose junto a su casa, que dista de la casa de Francisco Chaves a un tiro de mosquete, oyó voces de mujeres que resultaron ser las hermanas de Andrea, quienes llamaban a su padre para que viera el estado en que venía la pobrecilla, con señales, en los pies, de ligaduras, con las trenzas del cabello sueltas, y unas naguas por los hombros.*

Esteban Leandro percibe que el fiel de la balanza de la justicia comienza, levemente, a inclinarse a su favor. Gana confianza y pasa

de demandado a demandante: acusa a Francisco Chaves de calumniador, porque: *no enuncia palabra que sea verdadera, por ser, todo él, compuesto de razones fabulosas, tirando sólo a remediar a su hija y a cubrir conmigo lo que otros habían, antes, descubierto.*

El juez pasa por alto una contradicción evidente en los alegatos de inocencia de Leandro: ¿cómo sabía de la existencia de otros, antes, si el episodio de los tres desconocidos fue doce días *después?*

Si Leandro envió a tres amigos suyos para que simularan una violación está dentro de lo posible por la manera como analiza el hecho: *por ser cosa clara que tres hombres que le salen a una mujer no puede ser con otro fin que gozarla (...). Además [a] las mujeres que viven en recogimiento (...) no se le atreven, los hombres, a vulnerarle su crédito, porque la virtud es la cosa más respectiva [sic] del siglo y atemoriza no sólo a los humanos, pero ahuyenta [hasta] a los espíritus malignos...*

Patas Chingas está empeñado en probar que Andrea fue desflorada por los tres desconocidos y, para subrayar su prueba, se acomoda en un argumento tan viejo como el patriarcado: si la mujer es virtuosa nadie se atreverá a irrespetarla. Si no lo es, no merece ningún respeto. Por lo tanto, si Andrea fue desvirgada, ella se lo buscó. Leandro pide que Andrea: *sea sujeta a servidumbre por haber jurado en falso.*

La ley va llegando al final. Todos los procedimientos se han seguido: autos van y vienen, traslados, sellos, firmas... Sólo falta el careo entre las partes. En este frente a frente, Andrea le recrimina a Esteban, tres veces, haberle arrebatado la honra bajo promesa de casamiento. Las tres veces niega Esteban. Andrea, indignada, le apostrofa: *que no vulnere su alma, que mire que se lo lleva el diablo.*

Pero el diablo no tenía especial interés en el alma de Patas Chingas. Agotados todos los recursos, cansado de ir y venir, de gastar dinero en escribientes y papel, de ver a su hija haciendo de criada en casa ajena, Francisco Chaves se da por vencido: *y digo que la dicha mi hija se desiste y aparta del pedimento que contra el dicho hemos seguido, por no querer ya tomar estado de matrimonio con él y que lo pueda tomar él con quien le pareciere...*

Esteban Leandro pagó las costas procesales, 16 pesos. Salió de la cárcel, y, siete años después, se casó con Catarina Alfaro.

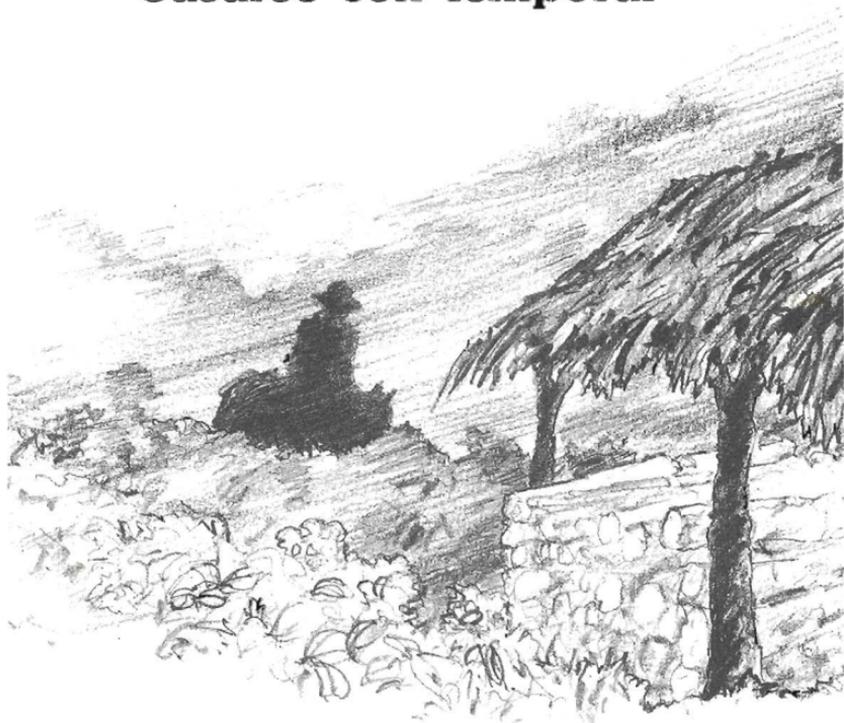
De Andrea nunca más se supo. No está registrada en los libros de matrimonio, ni aparece en las genealogías de Monseñor Sanabria.

Seguramente murió soltera... ¿Quién se hubiera querido casar con ella, después de toda la publicidad que se hizo sobre su virginidad perdida? Posiblemente no hubo, en toda la región, un valiente capaz de asumir estigma tan vergonzante...



# SILVIA KRUSE

## Casarse con temporal



Cuando tía Amelia se puso viejita, empezó a pasar cada vez más rato ensimismada, como reflexionando sobre algo que la hacía fruncir el ceño y le ponía un signo de interrogación en cada ojo. La íbamos a ver y ahí estaba, sentadita y cada vez más encorvada, tratando de agarrarse las rodillas con las manos. Jaime, decía de vez en cuando, Jaime, y la cara se le iluminaba unos instantes.

Repasé el nombre del marido y de todos los hijos de la tía Amelia. Ningún Jaime. Ni el papá, ni los hermanos tampoco. Pregunté entonces si se sabía a quién llamaba. Pues sí, claro, me dijeron y se volvieron a ver, Jaime se llamaba el primer marido que tuvo. Y me contaron una de esas historias que, aun sin necesidad, en familias como la mía a veces se guardan como un gran secreto...

Era así: había neblina y el día estaba oscuro, como si ya fuera a llover. Tenían la ropa húmeda y pegada al cuerpo y subían con torpeza. A veces les rodaban las piedras bajo los pies. Más adelante

iba el baquiano, en la mano las riendas de la bestia que cargaba el diario y las mudas de ropa, a menudo sólo una sombra calladita en la neblina. Desaparecía y aparecía después, quieto y callado como un poste, las gotas chorreándole del sombrero, quieto y callado él, quieta y callada la bestia.

Hacía rato que no hablaban. Iban cansados, cogidos de la mano. Sólo querían llegar. A veces uno y a veces el otro se preguntaba qué sentido tenía aquello si iban sólo por unas semanas y después había que volver a bajar. Otra vez el mismo esfuerzo. Claro que habría sido muy diferente con otro tiempo. Pero a ninguno de los dos se le había ocurrido objetar estas primeras semanas de casados en una finca perdida en la montaña.

La noche antes de la boda, la luna temblaba por la humedad del aire. No había niebla, pero costaba distinguírle los contornos. Las estrellas, mucho más grandes que otras noches, difusas y tenues. Las cosas, inmóviles, parecía que tenían sombra y parecía que no tenían.

Por la ventana, envuelta en la cortina para calentarse un poco, los pies descalzos, Amelia veía las cosas, veía la noche. La luna apenas si alcanzaba a teñir de gris la cama en desorden, el interior vacío del armario, la canasta de la ropa en el suelo, todavía sin tapar. Guindando a un lado del espejo, el vestido blanco, todo gris de luna, y el velo que la cubriría a la mañana siguiente, ya apenas dentro de un rato.

Y Amelia pensaba en él, que iba a ser su esposo, para siempre, el resto de la vida, y le temblaban los labios como arriba también la luna.

Lo conocía desde siempre. Había sido el novio de Claudia, su hermana grande, cuando ella apenas era una chiquilla de enaguas cortas que corría a sentársele en el regazo cada vez que venía de visita. No se acordaba de una época en que no lo hubiera idolatrado. Pero él se fue y Claudia se casó con otro.

Jaime, uno de aquellos muchachos que, al tener edad, la familia mandaba a estudiar al extranjero, había vuelto apenas hacía unos meses, con el aura de los que han estado en Europa y con respetabilidad prematura, gracias al título de doctor. Y, a pesar de la corta edad de Amelia, en seguida la había pedido en matrimonio. En realidad, la había reclamado en sustitución de Claudia. Como para borrar una afrenta. Pero ella estaba feliz: eso no le importaba para nada. Los papás habían puesto como condición que se esperaran a que cumpliera dieciséis. Y ya los había cumplido.

Sentía ganas de que llegara el día; también estaba muy asustada. Por eso hubiera querido poder fijar para siempre en el tiempo, para que no se acabara nunca, esa noche de estrellas enormes y luna temblona que, en forma apenas perceptible pero inexorable, continuamente cambiaba de lugar.

El gris había adquirido un ribete rosado, sin merecer aún el nombre de claridad, cuando llegó mamá a ayudarlo a vestirse para el día. Se casaban muy temprano y, mientras los demás celebraban, harían un viaje de muchas horas hasta la casona donde pasarían juntos, los dos solos, los primeros días de casados.

Jaime le había hablado ya muchas veces de esa finca y de las montañas y Amelia sentía impaciencia por conocer un lugar que a él le era tan caro, "donde se ven desde arriba los picos de los volcanes".

Mamá ya estaba lista y hablaba poco, contra su costumbre. Algo dijo, negativo, del vestido nuevo importado y, también, que habría que teñirlo antes de volver a usarlo. Qué majadería, ¿por qué no te podías casar de color, como todas? y, moviendo la cabeza: qué ideas trae de afuera ese muchacho.

Así es que en cuanto Amelia se hubo bañado, mamá le ayudó a vestirse. Y suspiró mientras le cerraba los botones de la espalda y también mientras le ayudaba a trenzarse, bien socado, el pelo, y a recogerse las trenzas alrededor de la cabeza. Con este día no te va a durar nada el peinado. Con ese pelo tuyo, muchacha, ahoritica se te salen las mechas por todo lado.

Pareciera que mamá no estuviera contenta de casarla, aunque se mostrara tan orgullosa durante todos estos meses y presidiera tan dignamente las visitas del novio en la sala buena: seguro no había mejor partido en toda la ciudad. Y se había mantenido fiel a la familia: no se casaba con Claudia, pero se la llevaba a ella. Sin embargo, ahora no parecía contenta. Suspiros, quejas, regaños y la boca: una línea recta de labios apretados. Era como si en ese momento mamá ya no fuera mamá. Amelia no podía saber que repasaba los recuerdos de su propio noviazgo, de su propia boda y de su primera horrible noche de casada: pobrecitica mi Amelia, los hombres son unos burros.

Todavía no amanecía del todo cuando salieron de la casa. Una neblina en jirones recorría las calles. Para Amelia era como si chiquillas de escuela corrieran retozando agarradas de las manos; feliz y excitada, con ganas de correr a su vez con la neblina, se recogía las faldas todo lo que la decencia permite y procuraba no

meter los zapatos nuevos en los charcos intactos de las lluvias pasadas.

Ya en la iglesia, mamá la mira con el ceño fruncido. No le gusta esa hija con los ruedos sucios y el pelo que no quiere quedarse en su lugar. Desaprueba aún más el color que le ha salido en la cara, los labios entreabiertos, los ojos grandes y brillantes. Supone que mañana su hija ya no tendrá esa expresión, no la tendrá nunca más. Secretamente incómoda, desearía que la hija amara menos, esperara menos, sin hacerse ilusiones, ninguna, nada, para aminorar el golpe, para que después el sufrimiento sea menor. De haber sabido cómo, le habría advertido, pero ni imagina siquiera que exista forma de hacerlo. Quién sabe si por lo menos sería capaz de explicarse lo que la hace sentirse tan enojada, tan molesta, tan violenta.

Mientras empieza la ceremonia, Amelia espera en una de las esquinas de atrás de la iglesia. El velo que ahora la cubre casi hasta los pies no le ha podido disimular el brillo de los ojos. Entran los pocos invitados. A Amelia le divierte esa gente de todos los días de repente tan tiesa, tan compuesta. Los señores, de cuello rígido y pechera almidonada; las señoras, traje de domingo aunque sea entre semana, y la mejor mantilla española o la mejor toalla de seda negra del Oriente para cubrirse la cabeza.

Llega también el novio, clavel blanco en el ojal de la solapa. Semejante excentricidad dará de qué hablar en toda la ciudad. Claro, eso pasa por mandar a los hijos a estudiar afuera. Petimetres, se vuelven petimetres.

La ceremonia transcurre, larga y tediosa. Pero las veladuras de neblina le dan diversas calidades a la luz que filtran las ventanas de vidriecillo menudo; y la iglesia, casi en penumbra, donde todavía brilla la llamita que anuncia hostia consagrada en el sagrario, poco a poco se transforma en un inmenso caleidoscopio donde se persiguen y se divierten los colores.

Cuando salen, ya llueve otra vez. Caramba, sonrío Jaime y la vuelve a ver, se me había olvidado lo que era un buen temporal.

Quiénsabi niñu, dice Rimigiu, el baquiano, que así habla. Usté sabi quicuanhuaquí lluevasí, nuhay cuándo pare. Y con un último vistazo a las nubes negras que se acumulan, negras en el gris profundo del crepúsculo, arrea a la bestia y ligerito, sobre los pies descalzos, desaparece tras el primer recodo del camino.

Están solos.

Jaime volvió a ver a Amelia. Nadie la había vuelto a ver nunca con una mirada tan aterciopelada. Tiene razón Remigio, si empieza a llover ahora, seguro llueve toda la noche y, tal vez, también ma-

ñana. Mejor voy un momentito al cobertizo a traer algo de leña. Así tenemos suficiente, seca, hasta que escampe. Mientras tanto, tal vez andá cambiate de ropa, ponete algo seco. Yo ahorita vuelvo.

Amelia le sonrió con los ojos. Mientras tanto, más bien, voy a ir poniendo un poco de orden y alistando la comida.

El le buscó la mano en la que, apenas esta mañana, le colocara, para siempre, una alianza, y se la apretó con cuidado entre las suyas. Luego, con el fervor con que besan otros las imágenes de los santos, se la llevó a la boca y depositó un beso sobre el anillo de bodas. Ella entonces esperó a que lo escondiera la esquina de la casa antes de entrar.

Ya en la cocina, buscó platos y cubiertos y, de la canasta de las provisiones, sacó queso y pan y unos pedacitos de dulce, para el postre. Ya no sentía el cansancio de hace un rato. Con plena conciencia de su nuevo estado, por el momento sólo le interesaba cumplir. Con todo el fuego de sus dieciséis años, se había jurado no darle nunca al marido ni una sola razón para arrepentirse de haberse casado con ella. Sacó la lata del café y la bolsa de chorrear y los dejó dispuestos para cuando él entrara y pudieran calentar el agua. Ya hacía ruido la lluvia en el techo de teja. Le puso atención un instante; de por si se les iba a mojar la leña, a lo mejor hasta se le resfriaba Jaime. Sacó también un mantel y servilletas. Encontró dos jarras y las colocó junto a los platos.

Recorrió la casa con más cuidado que cuando entró por primera vez y comprobó satisfecha que Cora, la mujer de Remigio, de veras la mantenía limpia y bien ventilada. No tenía el olor a moho de las casas cerradas, las cortinas estaban recién lavaditas y no había ni polvo ni animalillos por ninguna parte.

Puso el quinqué sobre la veladora y, con algo de duda, fijó la vista en la cama: sólo una para los dos. Pero, claro, así debía ser. Del paquete de su ropa fue sacando las poquitas cosas que había traído, las extendió sobre la cama y las volvió a doblar. Por el cuarto se esparció el aroma de la raíz de violeta. Escogió un vestido sencillo y se cambió lo que traía puesto. Abrió las puertas pesadas del armario y fue acomodando adentro todo lo demás. Se destrenzó el cabello, lo secó un poco, y se lo volvió a peinar de memoria, sin sentir necesidad de verse en el espejito que había en el rincón. Se dio cuenta de que tenía frío y sacó un rebozo para cubrirse los hombros.

La lluvia caía ahora con mucho mayor fuerza. Lo mejor era alistarle ropa seca a Jaime para que se cambiara en cuanto entrara, para que, de veras, no se le fuera a resfriar, qué calamidad. Así es que abrió también el paquete de la ropa de él, separó lo que le pareció adecuado y guardó el resto en el armario, como había hecho

con lo suyo. Al aroma de la violeta se unió entonces uno sutil a lavanda.

Cuatro días llovió con la misma furia. Al segundo, Remigio había empezado a buscar señales en el cielo, para ver cuándo iba a amainar aquello, pero no veía ninguna. A la par del rancho, la lluvia se trajo el maizal al suelo. Metieron a las gallinas, para no perderlas. Ensuciaban todo: la mesa, los bancos, la hamaca. Cora se había puesto más triste que nunca. El rostro huesudo, apenas un reflejo del tiempo de ahí afuera. Desde la puerta del rancho veía a la vaca, mansa bajo la lluvia, como son las vacas, y todavía le daba peor la tristeza. Ya no hablaba.

Apuntaba apenas el quinto día, todavía gris pero ya sin lluvia, cuando llegó el padre de Jaime. Remigio y Cora se asomaron al ruido de los cascos del caballo. El señor quería ir con Remigio a darle una vuelta a los hijos porque también le preocupaba tanta lluvia. Remigio estuvo dispuesto en un momento. Mejor seguir subiendo a pie, el caballo había tenido dificultad para llegar hasta ahí. A pie siguieron.

Al dar la última vuelta, todavía de lejos, notaron la puerta de la casona abierta. Habían hecho el camino de un solo tirón, apartando a machete las ramas de los árboles caídos y resbalándose en el barro de los derrumbes. La tierra, como una esponja ya muy llena, absorbía tanta agua con dificultad, cada paso les costaba esfuerzo.

A Remigio no le gustó la apariencia de la casa: la puerta abierta, pero las ventanas cerradas herméticamente, como si todavía lloviera y fuera además de noche. Apuró el paso.

Así es que el último pedazo se acercaron dando voces, pero nadie les contestó. Y corrieron los últimos metros cansados y quedaron inmóviles antes de entrar. El padre de Jaime dio un grito.

Unos ojos enormes, fijos, en una carita angulosa y vieja, veían hacia afuera, sin verlos a ellos. Amelia, porque ella era, sentada en el suelo, de cara a la entrada, se balanceaba rítmicamente, adelante y atrás. Los brazos rígidos le rodeaban las piernas, las manos clavadas en las rodillas. Tenía sucio de barro el vestido hecho jirones, sucios de barro el pelo, la cara, los brazos, las uñas. No los oía cuando le hablaban ni los veía tampoco.

Remigio recorrió la casa. En la cocina, las cucarachas se habían comido el queso y el pan y la bolsa de chorrear. Lo demás, todo en orden. No había señales de Jaime. Tampoco afuera. Nada.

Lo llamaron y lo buscaron largo rato. En el barro, sólo las huellas de los pies de Amelia, y de los lugares en que se había resbalado, se había caído. Nada más. Nada.

Después vinieron también otros y extendieron la búsqueda por días de días. La gente lo quería, fueron muchos los que se ofrecieron a buscarlo.

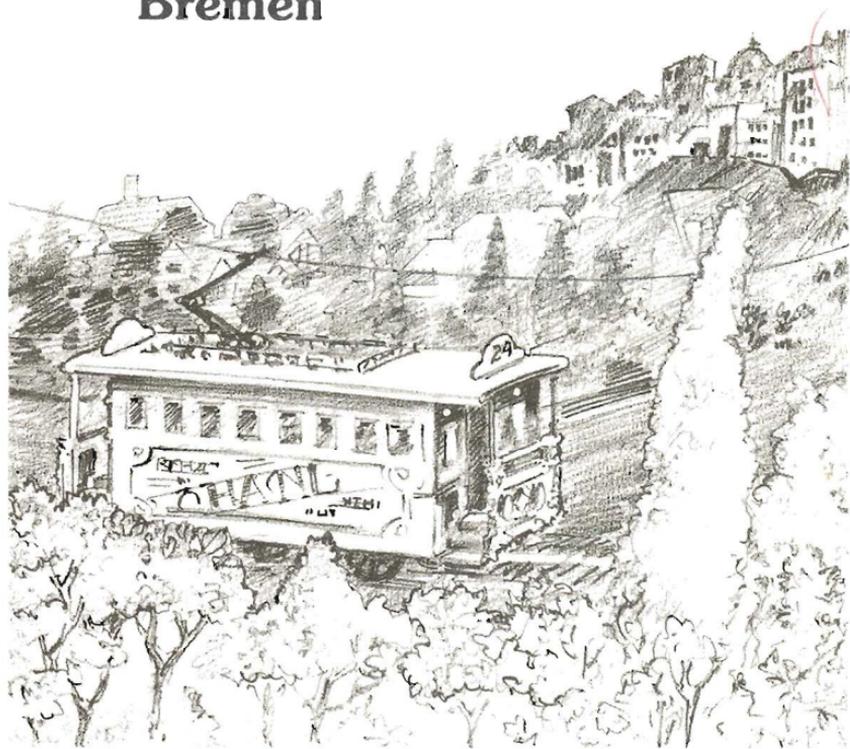
Nada.

Absolutamente nada. Nunca encontraron nada. Ni un solo indicio. Ni un solo rastro. Nunca. Nada.

No fue sino hasta mucho después cuando Amelia pudo contar que Jaime no había regresado jamás de traer la leña.



# Bremen



Para poder amarlo lo invento cada día. Camina calles lejanas que mis ojos intuyen, postes de alumbrado a intervalos regulares, árboles viejos, árboles nuevos. A veces lo envuelve una neblina larga y hace frío.

En alguna ciudad camina, en cualquier ciudad, a la que hoy le pongo un nombre: Bremen. Quiero imaginar que es Bremen, lo que no representa más que una forma de decir “muy lejos” o, tal vez, “quién sabe”. Me parece como si yo alguna vez hubiera estado allí pero ya no estoy segura; no es más que una idea vaga, como si supiera que a la salida de la estación de ferrocarril, a mano derecha, adornando una escalera ancha, descansan dos esfinges o dos leones.

Y a partir de ahí la ciudad se abre y a partir de ahí es que contiene muchas casas. Pero las casas no la hacen: cambian, a veces las botan y surgen otras, o les pintan murales a las paredes vacías, tal vez varíe el color de alguna puerta. Y la ciudad es la misma. Tam-

bién la gente se transforma: envejece o se va, llega o vuelve o nace o muere. Y la ciudad es la misma. Puedo pensar que ése que imagino no estuvo siempre ahí; tal vez hizo viajes largos, pero volvió, puede ser.

Es un hombre sólido aunque a veces creo que está un poco cansado. Todos los días se levanta, todos los días va al trabajo, tal vez en tranvía (¿tiene Bremen un tranvía?) o todo el trayecto a pie, un trecho por esa acera de árboles a intervalos regulares, luz y sombra, claro, oscuro, las manos en los bolsillos.

Seguramente hoy llueve también allá y, como aquí, tal vez llueva con sol. Puede que él mire por la ventana mientras la lluvia golpea el pavimento, los paraguas tapan gente que corre, envuelta en impermeables. Funcionan un-dos un-dos los limpiaparabrisas.

Y puede ser que de la misma manera en que yo veo su calle superpuesta a mi paisaje, sueñe él mi cafetal al mismo tiempo que ve la calle: que vea conmigo cómo sube el vaho de la tierra caliente, aquí, junto a la ventana, lo mismo que en otros cafetales más lejanos. Esa como niebla empieza a cubrir el paisaje y tal vez borre en este instante esa calle, unos árboles, gente que corre.

Siento su ausencia. ¿Es que acaso él también siente la mía? Percibo el lamento suave de una sirena que nunca oí, muy lejos, anunciando neblina por donde queda el puerto.

# ISHTAR YASIN

## La muerte del cisne



Pavlova yace inmóvil en el colchón de su cama rota: nada risueña en una deliciosa salsa tártara bajo una lluvia de ponche a la Romana. El timbre la despierta: abre los ojos, el abdomen abultado no le deja ver los pies, rueda por el pasillo, se empina apoyándose con sus brazos enormes en una silla Ekaterina segunda y lanzando un grito entusiasta, logra moverse a rastras hacia la puerta, demasiado angosta para su gusto. La abre y saluda a un muchacho encorvado, de traje y sombrero azul que trae un encargo de por lo menos siete cajas de comida, enviadas por el restaurante *La Belle Epoque*. Pavlova revisa, cautelosa, la cena.

-¡No puede ser! ¡¡Es una barbaridad!! ¿Dónde está la mantequilla à la ravigote?

-No sé, Doña Pavlova, le traigo lo que usted encargó.

-¡No es cierto! ¡Cómo podría comerme algo sin la mantequilla à la ravigote ! ¡Dígale a monsieur Degas, que no pagaré absolutamente nada si no me la traen ahora mismo!

La pensión de su marido, accidentalmente aplastado en un apasionado arrebató de amor de Pavlova, era destinada a los gigantescos gastos alimenticios.

Sonó el portazo, y al punto se tiró de cabeza al banquete; para despertar el apetito, un *paté de foie gras gelée*, *mousse* de ave, y una gallina rellena con jalea; luego un pastel de Topinambour y una tortilla de erizos, algo nuevo, sí, pero no demasiado extraño para su gusto; como plato fuerte, unas berenjenas a la oriental, un pollo *maitre d'hôtel* y un reconfortante lomo de cerdo con *foie gras*. En este momento decidió hacer una pausa para respirar, aflojarse el corsé, beber un litro de ponche frío al *champagne* y continuar con el apetecible postre, su punto débil, *soufflé* perfecto de chocolate, *plombier* de El Cairo, turrón de miel y para finalizar la exquisita cena y llenar el último huequito que le quedaba: una bomba delicia...

Tuvo que sostenerse el corazón acelerado y recostarse aturrida contra la pared. Pensó que quizás había comido demasiado rápido...las tripas solfeaban una sinfonía surrealista y mirando su estómago abotagado, supo una vez más que le faltaba poco para explotar. De repente, como por arte de magia negra, la vió, sí, ahí estaba, justo frente a ella, riéndose malévolamente de su agonía. Las lágrimas rebalsaron en silencio el cántaro de sus pechos y florecieron en sus pupilas que no la dejaban ver la cruz de su destino, ella, la Pavlova, colgada en un precioso marco dorado, clavada en su corazón, en su clásica pose con las alas caídas, parte de la herencia de sus padres, admiradores de la famosa bailarina rusa.

Entre sollozos fue hacia el tocadiscos y estremecida por los recuerdos cuando bailaba de niña, colocó temblando "La muerte del cisne".

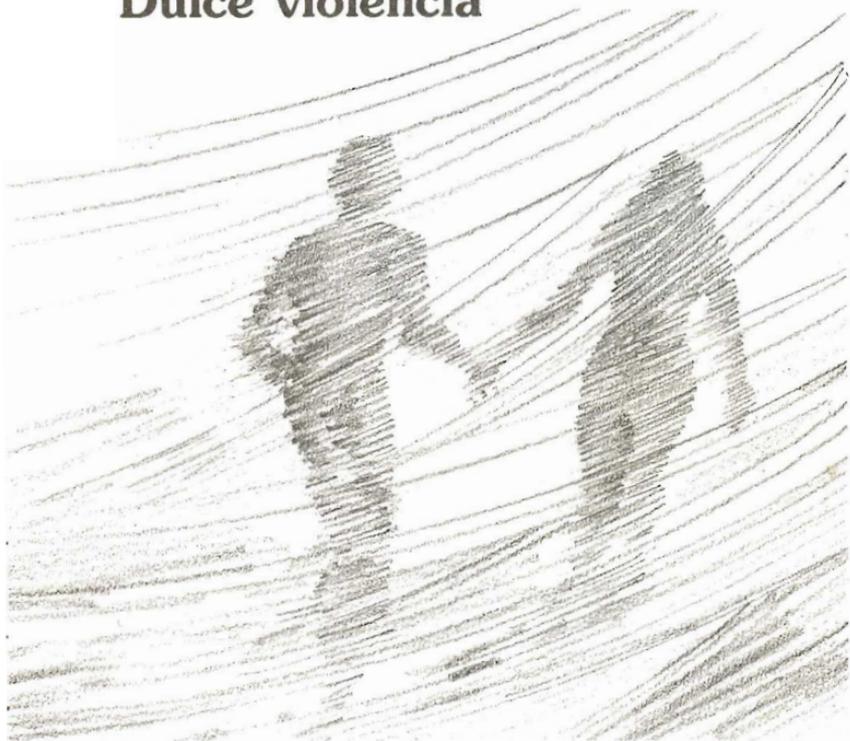
La música inundó el espacio con una profunda melancolía.

Pavlova, desde otro mundo, seguía las notas con su aliento, los dedos, las manos, jugaban al compás de un mudo clamor...los brazos arrullaban el aire, la respiración se hacía cada vez más honda, su alma bailaba y bailaba, despertando el cuerpo, por siglos dormido, ahora jadeante... el rostro palidecía, gotas saladas de rocío recorrían su pecho tibio, y, en un grito pleno de dolor, se elevó en mil giros y se comió las estrellas.

-Doña Pavlova, traigo la mantequilla à la ravigote. ¡¡Doña Pavlova!!

# CARMEN NARANJO

## Dulce violencia



Existe la dulce violencia y se da sin que importe el lugar y el momento.

Los vi y eran ellos, la eterna pareja, desde que el triángulo suena a puñales y llantos y el rectángulo a soledad con caras.

Venían por distintos caminos, se vieron y siguieron juntos. A ella se le cayó el pañuelo, a él, el sombrero. No era un parque ni el mediodía. Qué importa el lugar y el momento.

Ella dejó los zapatos, él perdió la corbata. Alguien codeó a otro, en la calle los codos son teléfonos.

Ella botó los prendedores, él se desprendió del saco. No se cayeron las hojas doradas ni las verdes de los árboles catedrales.

Las medias se fueron con gracia de serpentina. Un pordiosero recogió zapatos casi nuevos y calcetines de pura lana.

Ella dejó su blusa en un buzón de correo, él amarró su camisa a una baranda y el viento jugó a bandera con mangas.

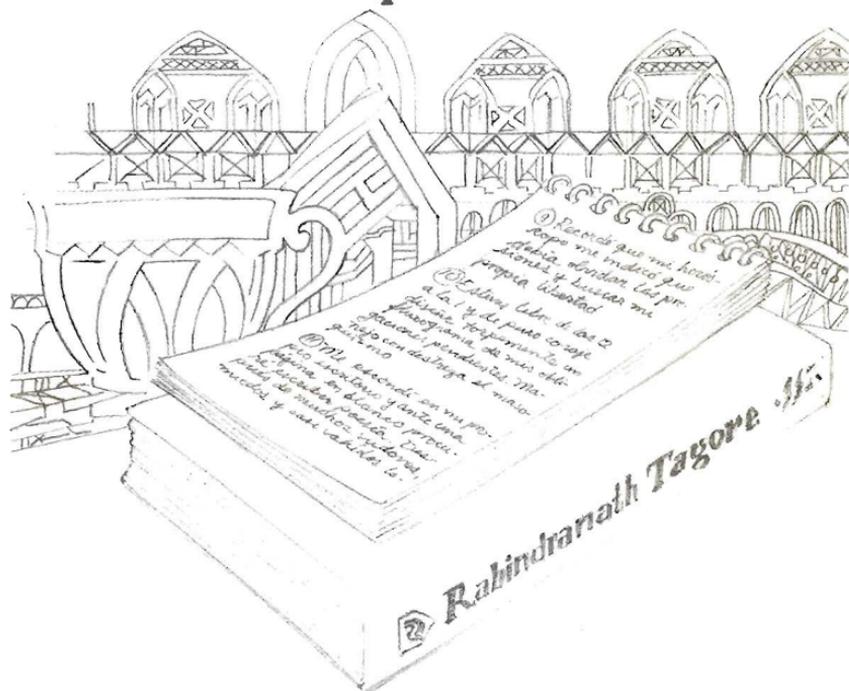
Su falda de rosa pálida adornó por fuera una ventana y él dejó caer un ruido de botones. Ya los seguían las miradas y las señas y los gritos, también se despertaron los ladridos.

Ella se detuvo un instante para abandonar todo el nylon, él la esperó con serenidad de itinerario. Una pareja de palomas voló alto, muy alto. Un silencio de pecas íntimas congeló comentarios.

El la miró a los ojos, ella era más curiosa. Y llovió una lluvia fuerte y sonora. La lluvia tuvo momento y lugar, en donde no importa lugar y momento.

No me pregunten sus nombres, qué poca importancia tienen los nombres.

## Infinitas partes de un temperamento



A ella nunca le importó que la creyeran tonta, estaba conforme con la extensión de su pensamiento y con lo que podía escribir en su inseparable libreta. La vida le parecía una interminable reflexión sobre sí misma y lo que se topaba por ahí. Le iba bien, no se quejaba. Sin embargo hubo una ocasión que le dio por el exceso de velocidad y no contemos eso tan triste. Limitémosnos a leer todos juntos las últimas páginas que no se quemaron de sus apuntes diarios.

### 18 cosas para hacer mañana

1. Levantarme temprano para tempranear el día. El tiempo se mide, a veces, por las horas en que se logra estar despierto.
2. No leer los periódicos, dicen tan poco de tanto y tanto de tan poco.

3. Desayunar con un poema de Tagore y meditar sobre parecido del sol con el huevo. Especular un minuto y medio acerca de la relación de semejanzas entre los micro y los macro mundos y organismos.
4. Cultivar mi avance en el dominio del lenguaje que emplean las hormigas en su diálogo de encuentro, para ver si logro ser bilingüe.
5. Empezar el largo viaje del día con esa timidez lenta que me adorna, para no presagiar la pesadilla nocturna.
6. No verme en el espejo para discontinuar el inventario de mi ruina.
7. Pensar que en 1715 nació don Cirineo de la Cruz Pérez, quien murió en 1765 de una hernia pasiva que se activó. Milagro histórico de los esfuerzos extremos.
8. Eructar el huevo, el micro y el macro, el sol y la luna, y por supuesto disculparme ante el espectador de uno mismo.
9. Dividir matemática y crecientemente los mil pesos disponibles para la semana.
10. Programar un sueño agradable para las evasiones en sí mayor de los bostezos.
11. Tropezar con mis deudores olvidadizos y preguntarles con osadía cómo andan sus billeteras.
12. Callarme ilustrada y discreta cuando me pregunten qué pienso de la política nacional.
13. Ocultar mi ignorancia internacional cuando me interroguen si las Malvinas están al oriente o al poniente del último gesto imperialista.
14. Expresar solemne y ceremoniosa que me aburren las conferencias, las mesas redondas, los recitales, la página editorial. Son formas de decirnos que no sabemos pensar por nosotros mismos.
15. Hartarme del calor, de la lluvia, del temblor y de la angustia, y decir francamente que soy víctima tropical de mis circunstancias.
16. Confesar en privado y en público que no he leído a los modernos, porque todavía estoy con los clásicos. Ambos escribieron tanto para el todo está dicho, que no hay nada nuevo y lo demás basta.
17. Dibujar en mi frente el buen augurio para manejarme bien en el mapa de los accidentes.
18. Hacer una lista de las 18 cosas para el otro mañana, lleno de luz y de suerte.

## 18 cosas que hice hoy

1. Oriné en cuanto desperté y no oriné suficiente. Lo suficiente exige un aparato de extracción que está por inventarse.
2. Dije buenos días, buenas tardes, buenas noches, que le vaya bien a cuanto oyente encontré, y nunca he estado consciente de lo bueno que deseaba.
3. Me perdí en el por hacer y no hice nada. Todavía carezco del instinto que nos manda a emigrar de un sitio vacío a otro ocupado.
4. Desperté a cuantos encontré con la preocupación de cómo va su salud, está tan pálido, su estado necesita un chequeo general. Aplico el morbo que otras veces me recetan a mí.
5. Como no soy tan mala, para conformar afirmé: ¿no será que trabaja demasiado? A la gente le encanta el demasiado porque da una imagen de abundancia.
6. Colmé mi curiosidad con mi imaginar el qué dirán de mí con estos pantalones tan tallados, pero siempre me quedo renca con las adivinanzas.
7. Crucé la avenida con una miopía bienvenida para no alternar con el aburrido qué ha hecho. La respuesta de nada especial hiere mi vocabulario y mi conciencia.
8. Me enfermé de aburrimiento en el correo ya que no llegó la sorpresa y sí el discretísimo recordatorio de por favor no olvidar que mañana usted debe... Me encanta que me traten de usted, me parece que me dan importancia.
9. Recordé que mi horóscopo me indicó que debía olvidar las presiones y buscar mi propia libertad.
10. Estuve libre de las 12 a la 1 y de puro coraje diseñé torpemente un fluxograma de mis obligaciones pendientes. Manejo con destreza el masoquismo.
11. Me escondí en mi propio escritorio y ante una página en blanco procuré escribir poesía. Después de muchos sudores, miedos y casi vahídos logré esto: el tiempo es un escaparate de escarabajos.
12. Dibujé en mi discurso sobre la jerarquía insólita de mis caprichos y resultó un dibujo de Paul Klee.
13. Solté el sermón desde el escritorio y convencí a mi jefe sobre la necesidad de que cambiara su desodorante.
14. Me peiné de raya en medio para hacer geométrico mi perfil y abandonar la anarquía de los dobles indiferentes y rebeldes.
15. Comí menos de lo que come un gordo pero más de lo que come un flaco. Quizás sea este mi balance permanente en todo, aunque hay excesos que me gustan.

16. Caminé por la calle como quien va a un lugar seguro, ¡qué ilusiones en estos tiempos! Sólo para distraerme conté los pasos, las gradas, los semáforos y los segundos que se salvan antes del suceso.
17. Tanto de mí quedó hoy en los archivos que ya tengo cara de carpeta y huesos de cajón, con labios de abre huecos y prensa documentos. Algún día alguien archivará mi nombre en el expediente de se fue al más allá.
18. Estoy segura de haber perdido las llaves de una casa en que se me espera con impaciencia para darme un golpe bajo. Definitivamente no llegué con esta cara de ilusa que me gasto.

## 18 cosas de testimonio

1. La vida de días es fácil, se vive como si fuera una rutina eterna, pero la vida de instantes es agónica y se oye cómo pasa el tiempo con péndulo de fuego y temor de asfixia.
2. Siempre hay una espiral de fugas, que se evaden con tenazas de disciplina y se cumplen con tenacidad de olvidos.
3. La música interna tiene tonos mayores y tonos menores. Los mayores llegan al grito y al silencio. Los menores están siempre cabizbajos y tintinean contra las ventanas.
4. En el juego de las decisiones hay un tablero de fondo que engrosa las indecisiones y sin embargo no existe verbo que conjugue el acto indeciso.
5. Se dice que cuando una puerta se cierra, muchas se abren. La esperanza y la amargura son las escritoras mentirosas de las lápidas. Cuando las puertas se cierran ninguna se abre. Eso es cierto, pero no hay que decirlo. Las verdades obvias no han alcanzado credibilidad.
6. El discurso es una faja de montaje en que se enredan las telarañas, con un agudo olor de salto mortal al vacío del que habla y del que escucha.
7. Generalizar parece ser la síntesis de quien ya andando, debe aprender a gatear.
8. Presumir es un arte de virtudes escondidas en la suspicacia del pecado.
9. Las despedidas reseñan una triste obra de teatro con prólogo y epílogo, carentes de sustantivos intermedios y actos.
10. La promiscuidad del sofá fue inventada por la propaganda proselitista de los flacos. Los gordos saben por volumen que no caben, que son incómodos y que se pueden caer.

11. Las llaves que prometen el futuro, todavía tratan de abrir los candados de los cinturones de seguridad que produjeron cáncer de vagina en el siglo once.
12. El apetito de más y más rara vez usa tabla de cálculo, salvo en las bodas, en los funerales y en las campañas electorales.
13. Dibujar es arañar el escrúpulo de calcar lo que se ve.
14. Contar una historia de amor apergamina la vida y aniquila cualquier capacidad de amar lo eterno en fuga del beso entero.
15. En la abundancia se recurre al recuento de las felicidades ajenas y en la pobreza se receta el análisis de los más desposeídos.
16. En cada juramento se está absolutamente consciente de que no hay regla sin excepción.
17. Arrieros somos y en el camino vamos, pero unos van en carro y otros a pie. Los veloces se apropian de las altas ventanas, son dueños de las terrazas y desde la atalaya de la usura cantan arrieros somos y en el camino vamos.
18. La riqueza de simplicidades estimula la imaginación que monta el caballo de hojalata en la densidad de nubes malhumoradas.

## **18 simplicidades**

1. Una mirada larga con un tímido gesto de propiedad poética aspira realizar un recorrido cinematográfico.
2. La imaginación puede llegar a creer que una palabra propia que se graba en la memoria de otro, es una violación a los derechos de autor.
3. El amor representa la más digna expresión de irrespeto a la propiedad ajena.
4. Químicamente el baile disuelve los huesos y oxida las caderas.
5. Las manos de los videntes tropiezan con la luz de los rincones cuando pierden la brújula de las nuevas audacias.
6. No hay posición fija, salvo la de caer muerto en la gracia concreta del tiempo.
7. Cada vez que se construye una trinchera, crece todo tipo de prejuicios y se alienta el odio.
8. La organización que denota el acto de vestirse y desvestirse cada día, merece medidas de eficacias y eficiencias.
9. La declaración más gustosa se formula en el he entendido, la más insatisfactoria en el no he entendido. Sea verdad o mentira lo anterior, lo cierto es que así se archiva la fotografía sin revelar de la realidad con sus limitaciones.

10. El desperdicio de recursos se nota en los altos ejecutivos que tienen un cuerpo de asesores y un equipo de computadoras, y acaban por consultar las grandes decisiones con la almohada.
11. En el flujo del monólogo hay una escolta de potenciales transmisores.
12. La vigilia que espera el amanecer es una vieja mezquina enamorada de la noche.
13. La vida de ahora es una colección de sueños sobre el uso, el abuso y el desuso.
14. Una pizarra vacía borra el refinado lenguaje de la abstracción.
15. Crisis equivale a conocimiento pleno y plano de la realidad.
16. Se conversa por teléfono para actualizar el noticiero personal y familiar.
17. En la ruta del día se puede olvidar el sabor de lo insoportable con una sonata de arpa que aliente el ritmo de un tambor en la selva. Ya sé manejar y me encanta la velocidad que me pone alerta y segura.
18. Los temas de conversación (tiempo, familia, precios, política, crisis, accidentes, muertes) llueven con cierta esterilidad en largas y breves sobremesas de agasajos, encuentros, filas y antesalas. Algún día alguien mencionará mi nombre y otro comentará vio lo que le pasó.

Vimos todos juntos que su letra era redonda, refinada y morosa, por lo que nos extrañamos mucho de su encanto con la velocidad.

# YOLANDA INGIANNNA

## Viernes Santo



Me puse el pijama y me acordé de mi abuela que había amanecido con un pijama-fular al día siguiente de su noche de bodas. La pobre murió sin darse cuenta de que el mundo había cambiado.

Mi abuelo la quería mucho y no dejaba que viera esas cosas callejeras. Sí, le gustaba que fuera a la iglesia. Y, ahí, la pobre disfrutaba mucho. En Semana Santa sobre todo. Con un antejo más fuerte que otro y después de tomarse su pastilla contra la presión, se instalaba en la banca almohadonada regalo de Manuel Solera de la Espria y Guardia. Primera fila. Un cuarto para las diez. Y, otro para las vírgenes con sus machos cabríos. Es día de sacrificio. Todo posee un color púrpura como si esperáramos al Cardenal. Pero, sólo aparece el "Tísico" de Tres Ríos, cargando una cruz, pues hoy le toca presentarse en San José.

«¡Ey...! No sea "queso". ¡No joda! Ya hablé con Narval Urbina y la paga es buena. ¡Putá "cacho" este! Yo quería "Broncos", pero me salió tranquilo. Y ahora no quiere salirse de las "garras".

Aunque, hoy, me amarro mi trapito blanco como un "Olimpo" de colores, me pongo mi "Crown-Corona" y ya parezco el salvador del mundo. La gente viene a ver. Les gusta que aparezca siendo otro. Mis ojos claros. Mi bondad-sudor por todas partes de mi cuerpo. Especialmente algunas... Mi cabello. Mi boca, inocente jardín de juegos infantiles. Ahí se esconde y salta mi alma irracional, principio y forma espiritual de todas las partes de mi cuerpo-poro, poroso de jah, "cogidas"!

Bueno, tengo que tirarme al suelo para que la cruz del mundo resplandezca como luz eterna. Siempre me siento muy bien y me gusta. Siento como un dolor: verme en "éstas" y, sin embargo, saber que todos me miran y sentir su amor espiritual por mí. Me recuerda a mi madre amamantándome; a mi abuela que me dejaba masturbarme. Se parece a ésa que está ahí. Sí, claro, "La Dolorosa", o mejor, "La Soledad", más triste. O, "María Auxiliadora", "Inmaculada del Divino Pastor": más seguro, menos lujurioso y más sádico. El "Gran-Intermediario-Cura", cura todo lo que toca con sus manos espirituales y sus faldas vestimentas de santas mujeres arrepentidas».

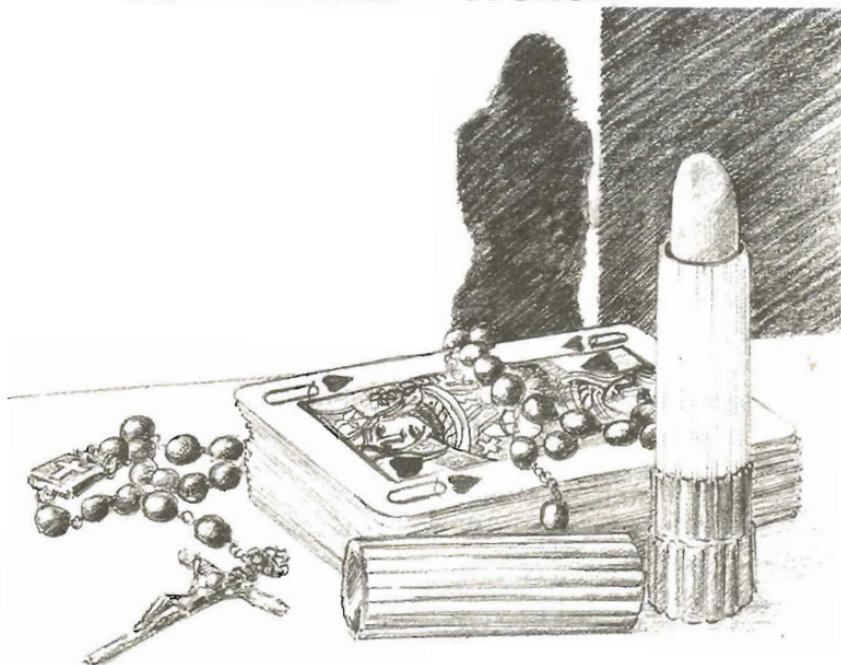
«Yo sí tuve la sensación de que me castraron. Por eso, a veces, siento un femenino complejo de órganos que adornan mi cuerpo. Soy uno, pero hay dos más y soy tres. Así voy siendo. Estando ahí, como muchas cosas y ninguna».

«Ya casi acaba. Son las tres de la tarde. Ahorita me bajan. Yo podría hacerlo, pero tiene que ser así. Otra vez mis zapatos. Mañana al trabajo, con mi uniforme nuevo, verde olivo-desesperanza».

«Oiga, muchacho, ¿por qué no me acompaña? Vamos a mi ropero. Y, usted se viste como quiere, mientras yo lo veo desnudo...»

# DORELIA BARAHONA

## La señorita Florencia



La señorita Florencia, personalidad y figura pública del país durante los últimos diez años, entró muy digna a morir en el Hospital Testigos del Reino de Dios. Bella y alta, con su gran cabellera rubia, exigió total privacidad y respeto a sus creencias.

La gran pitonisa, como le llamaban, no quiso someterse a ningún examen, operación o droga que le prolongara la vida unos días más. Ella sabía que quería morir un lunes, sin ser tocada por médicos y, mucho menos, desnuda. ¿Qué podrían hacerle esos hombrecillos vestidos de blanco, si todos, a lo largo de su carrera habían desfilado por su consulta para que ella, la gran psíquica, les dirigiera su vida? No y no. Se negó rotundamente a ser desvestida, rasurada y rajada por los bisturíes. "A mí que me lleve Dios completita al cielo". Por lo tanto, desde el Director del Hospital hasta los asistentes, tuvieron que conformarse con verla hacer lo que le diera la gana. Total, se iba a morir cualquier día; seguro que el cáncer de garganta le llegaba ya a los senos (cosa que tampoco quiso que le

vieran, porque juraba ante Dios que nadie se los había visto y pensaba seguir igual hasta la sublime elevación final). Así que daba lo mismo el hecho de que tomara por toda medicina sus frasquitos azules, bebedizos hechos con plantas maceradas de Brasil y Colombia. La señorita Florencia se convirtió de un día para otro en la guía espiritual, primero de su sala y luego de todo el hospital. ¡Era tan reconfortante tenerla allí en el momento justo! Para aliviar el dolor, para olvidar las penas. Sonriente, tenía tiempo para todos.

Caminaba despacio, ataviada con sus vestidos de futuróloga por debajo de la bata amarilla que, eso sí, el Director le había exigido que se pusiera.

No había dejado de maquillarse un solo día: sobre los párpados las rayas negras le llegaban casi a la sien, eran su sello, como lo era también el abundante pelo amarillo, envidia de todas las enfermeras. Unas la comparaban con una santa, otras con Marilyn Monroe.

Todas se desvivían por ella, llevándole tectitos a las horas prohibidas, jugándose el empleo al meterse entre las faldas latas de melocotones o paquetes de cigarrillos mentolados. Porque eso sí tenía la señorita Florencia: era una gran fumadora.

Por las noches abría la puerta de su habitación a todo aquel que quisiera jugar a las cartas: ron, póker, veintiuno, canasta, lo que fuera.

Había mandado traer de su casa la mesa de trabajo, colocándola junto a la ventana con el mazo de cartas en el lugar que antes ocupaba la esfera de cristal sueco, regalo de un alemán cliente suyo, pago de un favor, como llamaba misteriosamente a sus trabajitos especiales contra el mal de ojo, fuera por amor o por envidia. Hasta la madrugada se escuchaban las carcajadas de los enfermos, médicos y enfermeras enfiebrados en el juego. En esa habitación, la número treinta y tres, escogida cuidadosamente por la señorita Florencia, ya que tenía mucha fe en ese número, jamás la gente volvió a reírse tanto. De hecho ya no es habitación, la remodelaron para soda, colgando un retrato de la dama sobre el mostrador. Pero, incluso así, las risas no son las mismas.

Y es que la señorita Florencia fue todo un personaje. Había sido modelo de revista y luego maestra de escuela, antes de descubrir "su verdadera vocación". A quienes con más agrado contaba cómo había sido el descubrimiento de "su verdadera vocación", era a los tres enfermos de SIDA. Pese a las órdenes de los médicos, se escapaba para ir hasta aquella habitación prohibida, una o dos veces por semana, a contarles historias y darles masajitos en la espalda. Realmente era una santa.

Fumando sentada sobre la cama, con los ojos entornados como en el más allá, contaba cómo, un verano en playas de Tamarindo se le apareció la imagen de la Virgen de los Angeles: "Era de noche y sobre la superficie del mar la vi vestida de blanco, con su pelo fino como la espuma. Ella me comunicó el mensaje. Después me desmayé y me encontraron al día siguiente tirada en la playa. Desde aquel día fui otra". Al final del testimonio todos los enfermos suspiraban y se convertían.

Las noches que no jugaba al póker tenía la costumbre de bajar hasta el sótano, donde se encontraba la morgue. Esto lo descubrieron tiempo después, ya que había dejado señales de lápiz de labios en la boca de más de un muerto y, con aceites olorosos, trazado cruces en la frente de la mayoría. Quería ayudar a todos orientándolos en su camino hacia la casa del Señor. El Director del Hospital no se lo perdonó. Cerró las puertas de la morgue con llavín de seguridad y puso un guardia a la entrada. Le dijo que si no se daba cuenta que podía contagiar de pestes a los demás enfermos, luego le gritó loca, necrófila y desvirolada.

Desde ese día todos, incluyendo a los porteros, le quitaron el saludo al Director. Gracias a esto, y a otros motivos que no vale la pena mencionar aquí, renunció a los seis meses.

La señorita Florencia era tan buena, que hasta a la C.C.S.S. le hacía sus trabajitos: los sábados les vaticinaba el número de emergencias que iban a tener durante la semana e incluso llegó a vaticinar el "triple choque de Mayo", como le llamaron los periódicos, con el número exacto de víctimas. Desde ese día, todo el personal de emergencias esperaba con ansias sus predicciones, antes de preparar las salas y repartirse los turnos de trabajo. Lástima que durara tan poco. Tan sólo estuvo interna tres meses, pero su recuerdo aún vive en la mayoría de los costarricenses y en especial en la gente que vivió durante todo ese tiempo en el Hospital, y más aún en aquellas niñas que nacieron durante esos meses. Todas, sin excepción, se llaman Florencia.

Una de las cosas que más nos maravilló, aparte de su gran capacidad como psíquica y de su amor por los demás, era su increíble suerte. Si no ganaba en el póker era porque se dejaba ganar, lo mismo que en los otros juegos. Y cómo iba a ser de otra manera, si todo lo adivinaba. Los primeros en descubrir su truco fueron los médicos de ginecología, que eran los más perspicaces, al contrario de lo que se creía. Empezaron a observar que los ojos se le achinaban y se le formaba una sonrisa quieta; a partir de ese momento, la suerte cambiaba y era ella la única que perdía. Fueron muchos los que

apostaron fuerte en el momento en que supuestamente se "acababa", pero jamás llegaron a ganar a no ser dejándose llevar por ritmo natural de la partida. Era imposible competir con ella.

Otro de sus pasatiempos era comprar lotería, pedacitos sueltos que nadie cambió. El día de su muerte tenía en la cartera sesenta y cinco premios de diez mil colones (tres de los cuales y habían expirado) y el premio mayor de la lotería instantánea en la mano, cien mil pesos que fueron donados al Hospital de Niños según las indicaciones que había dejado en el reverso del billete.

Nadie entendió cómo no se quejaba, ya que los médicos decían que ésa era una de las agonías más dolorosas; ni siquiera tomaba calmantes, sólo sus frasquitos azules. Tampoco bajó de peso y mucho menos se demacró. Murió como había querido: digna e intacta. Incluso el último día se bañó sola, vistiéndose y peinándose como siempre, aumentando el volumen del pelo en la parte superior de la cabeza con crepé, práctica en la que empleaba veinte minutos con los brazos levantados. Sólo Dios sabe de dónde sacó fuerzas.

Florencia Carrillo López falleció un lunes a las diez de la mañana, rodeada de aquellos que tuvieron la suerte de entrar en la habitación. Todos hubieran querido estar allí, todos menos los dos sacerdotes que trabajaban en la capilla y que se habían dado a la tarea de resaltar lo impía y demoníaca que resultaba su presencia. Era un anticristo en forma de mujer que quebrantaba la moral de pacientes y empleados, fomentando un culto pagano que favorecía los encuentros ilícitos entre hombre y mujer, fueran gonorreicos, mancos o estériles.

Vestida con su túnica morada, expiró dulcemente, teniendo el rosario de los monjes israelitas en su mano derecha y el billete de lotería en la izquierda. No hubo quien no se emocionara ante semejante fin de ópera. Las mujeres cantaban y lloraban; los hombres, frenéticos, aplaudían mientras susurraban oraciones. La fila se formó espontáneamente, todos querían darle un beso en la mano, tocarla por última vez, untarse de su santidad en la frente y las manos. Hasta el Director hizo fila. Implorando su perdón, se arrodilló a sus pies.

Las enfermeras compraron lazos negros y el Hospital se llenó de coronas florales. Una banda fúnebre tocaba por los pasillos en el momento en que el comité encargado de prepararla para su último viaje entraba en la habitación. Llevaba un hermoso vestido blanco, como corresponde a una señorita, y un velo de tul celeste, como tendría de seguro la Virgen de los Angeles.

Entraron en silencio, para no molestarla. Una mujer como la señorita Florencia nunca muere, con sus poderes de santa oye y

bendice. “¡Vida eterna para la Niña Florencia!”, dijo al entrar la más vieja, y las demás contestaron “así sea” y “así sea” respondieron todos en el pasillo.

El milagro sucedió cuando le quitaron la sábana y un rayo de luz extraordinariamente luminoso le dio en la cara. Todas se santiguaron, pensando que serían las únicas que la verían desnuda. Era tan bella, tan grande, que no pudieron evitar quedarse unos minutos contemplándola antes de quitarle el vestido, lleno de estampitas de la Virgen del Socorro y del Corazón de Jesús, sujetas con gacillas y alfileres.

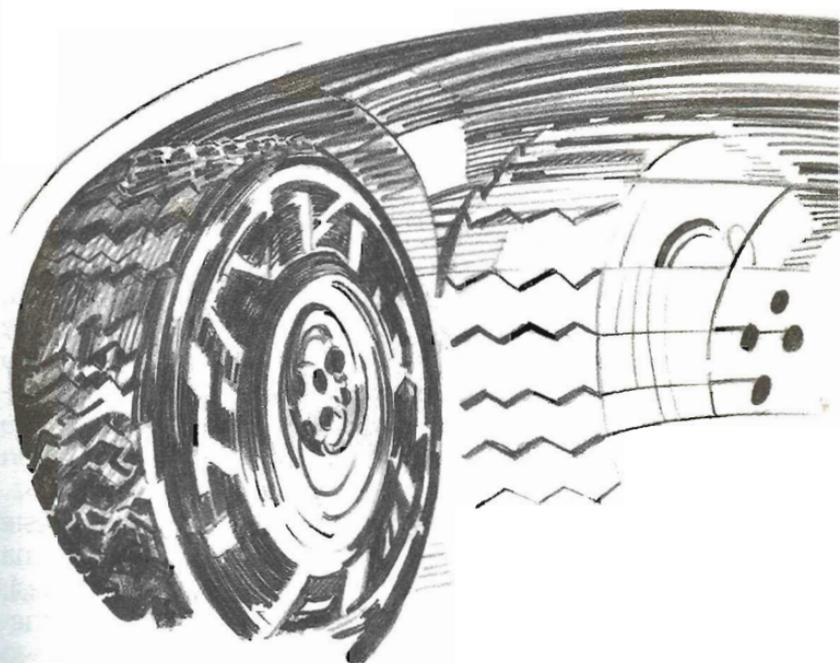
Las primeras en ver el milagro fueron las dos enfermeras que estaban en la parte inferior de la cama subiéndole la falda. Atónitas, contemplaron unas piernas robustas, unas caderas estrechas coronadas por un impresionante montículo.

Después imitaron el gesto las enfermeras que, en la cabecera de la cama, le sujetaban los brazos para que le pasara el vestido, al contemplar, debajo de un sujetador con relleno, un torso ancho y plano, liso como el de un muchacho.

“¡Dios bendiga a la señorita Florencia, se ha convertido en Jesús!”, gritó la enfermera más joven. Las demás se miraron incrédulas durante un segundo y rápidamente le pusieron la mortaja.



## Carro grande, Hombre grande



Claro que era grande, ya a los trece años sobrepasaba la estatura de su padre, hombre de un metro ochenta y cinco, la de sus compañeros de colegio y, en dos centímetros, la del gerente del banco que, según se decía, era el hombre más alto de Guadalupe.

Y aunque la abuela ocupara sus últimos meses en infinitos rosarios y cantos a San Pepe, patrono de los enanos, siguió creciendo, rosadote y celeste de ojos.

Justo para la época en que cursaba la carrera universitaria, la familia decidió regalarle los primeros zapatos hechos a su medida, los primeros tenis a su medida, los primeros calzoncillos confeccionados a su medida, seguidos de trajes, calcetines, cinturones, billeteras, tenedores, cepillos de dientes y un impresionante llavero, que terminaría -no había que ser brujo- en una de las salas del Museo Antropológico. También fueron hechos a la medida los uniformes del equipo de karate, del equipo de basket; los guantes para el box, y finalmente la silla que ocupaba como alumno de cuarto año de leyes.

En la facultad se acostumbraron a verlo cruzar los pasillos cargando la enorme silla. Diligente, solía dejarla junto a las motocicletas de los guardas del edificio al terminar las clases.

A excepción del hermano menor, que partió a Jamaica a hacerse rasta, todos lo admiraban, poseía un cuerpo armonioso y una cara de angelote seductor. Era lúcido de mente, espléndido con los amigos y paciente con los ancianos que veían en él a San Rafael arcángel unos, a San Pedro púber otros.

Nadie se atrevía a dudar de que su futuro sería muy similar al del gerente del banco, si antes no se decidía por la carrera política. Era pues, de esos seres humanos que nacen con un gran porvenir, de esas personas que siempre caen de pie, aunque éste, por su tamaño, era imposible que se cayera, por lo menos en la medida en que los otros seres humanos podían hacerlo.

A todos les encantaba oír sus comentarios sobre el apartheid, la nueva legislación sobre la protección del medio o la necesidad de controlar la arbitraria lista de exoneraciones dadas en el país; y no tanto por su discurso, claro y siempre salpicado de anotaciones sentimentales que subyugaban a las mujeres, sino por ver el espectáculo de su brazo, emergiendo al final del aula para pedir la palabra; un largo y fornido brazo coronado por un gigantesco Rolex de oro.

Cuando, a cambio del diploma que le mostró a su padre, éste le obsequió un anillo de graduación que podría ser la pulsera de una niña, pensó (aunque ya la idea le acompañaba desde hacía meses), que era el momento justo para obtener la independencia que merecía su recién estrenada profesión. Y la culminación de este deseo se traducía en un auto. Un automóvil con el cual dejar atrás sus agotadoras caminatas, ya que en los autobuses le era imposible acomodarse, y aunque últimamente había intentado, borracho, un par de veces, subirse a alguno, eran los mismos chóferes, los que al verlo en la carretera, le negaban la entrada.

Un automóvil para él, un enorme vehículo hecho a su medida. Primero pensó en un Ford largo y aplanado contra la carretera, pero luego corrigió la imagen por otra más adecuada a su profesión, quizá un Honda o un Fortuna.

Aunque no, tenía que ser un carro verdaderamente para él, uno que le hiciera sentirse satisfecho con sólo imaginarse dentro de su cabina. Que fuera acorde a sus proyectos, a la gran casa que pensaba comprar en el campo, a la gran pantalla de televisión que pondría en el estudio, a la enorme nevera de dos puertas -alma de la cocina-, a la gran cama construida con cedro que ocuparía toda la habitación. Su auto también tendría que lucir, -como parte de un mismo todo- frente a su oficina justo donde una placa de bronce

bruñido hiciera mención de su nombre y oficio: Nicolás Fernández, abogado y notario. Sabía, además, que su oficina tendría una gran alfombra gris y un largo sofá de cuero de ternera. A la entrada una recepcionista de abundante pelo, (se moría por las mujeres de pelo largo) y zapatos de punzante tacón, recibiría a su clientela. Decidió, por tanto, sin dejar de contemplar por un momento su nuevo anillo, que el auto de sus sueños tenía que ser un Toyota, un gran "pick up" Toyota de un intenso y fulgurante rojo, con el que atravesar la montaña y la playa. Con el cual avanzar por la ciudad sin más impedimento que los semáforos rojos y que al final reposara, con dignidad, frente a su oficina, como lo haría un caballo de sangre frente al rancho de un gamonal.

Y a lo grande se dedicó a buscar el auto, no escatimando en recursos. Verificó catálogos e inventarios de la industria alemana, checa, norteamericana, soviética, japonesa, sin llegar a encontrar lo que buscaba. Vivía sus primeros días de abogado a la espera de nuevos catálogos que lo sorprendieran poseyendo su sueño: un carro para él.

Y de alegría casi mata a tres niños preescolares que gracias a Dios se le escurrieron entre las piernas, cuando saliendo del correo, rompió el sobre y supo de la fábrica coreana especializada en piezas únicas. El catálogo lo decía con claridad: para gente especial, y ponía ejemplos de gordos desbordantes saludando desde hinchados descapotables con placa "Miamiño", jeques con quince esposas en una sola limosina, Liberace en un auto con fachada de piano, donde las teclas negras hacían brillar su ébano, diminutos "rolls roys" para los enanos de Las Vegas, un seudo Volvo automático disfrazado de fatiga para el hijo excombatiente y, en la página doce, un enorme "pick up" conducido por un pionero de la hidráulica canadiense, de esos que corren sobre troncos en los ríos y luego brindan directamente con el tonel de cerveza en la mano.

Ahí estaba, con sus grandes focos, mirándolo, seduciéndolo a través del brillo de la carrocería.

La llegada del auto demoró dos meses, tiempo más que suficiente para que la familia planeara una gran fiesta, con ollones de sopa de mariscos, pavo en salsa primavera y mousse de guanábana.

Ya todos estaban dispuestos en fila cuando llegó el auto. De primero el padre, luego los primos, los amigos, los colegas, los vecinos y por último los extraños. Todos en silencio contemplaban el enorme vehículo parqueado frente a la casa de Nicolás. Ni qué hablar de la emoción que en ese momento sentía al contemplar a su futuro compañero de aventuras, "carro grande para hombre grande", pensó, sonriendo; y con los ojos más celestes que nunca

recorrió el chasis, las llantas enormes, el guardabarro más perfecto que la cornamenta de un búfalo. Se acercó y cruzó los brazos, tensando el ya justo traje que usaba para las fiestas, luego sacó los anteojos oscuros y se los puso. Quería, antes de subirse, saborear el placer de imaginarse dentro de él, anticipar el deleite de lo merecido, el triunfo, la cúspide, la satisfacción de su deseo.

Imaginó el sonido de las llaves al abrir la puerta, el crujir de la tela al acomodar su corpachón sobre el inmenso asiento afelpado, la textura del cuero bajo sus manos haciendo más suave el giro del timón, la imagen suya en el espejo retrovisor, mientras encendía el habano que había guardado para la ocasión y que tenía ya dispuesto en el bolsillo de su saco.

Y ya estaba, imposible esperar más, abriendo con una mezcla de temor y ansiedad la puerta del "pick up Toyota superbig". Introdujo una pierna con cuidado, luego la otra, no supo por qué en ese momento la imagen de su madre lo invadió, sus cálidos brazos, el refugio de su falda, de sus piernas blancas, ¿qué pasaba, por qué no lograba del todo acomodarse en medio de tanta plenitud? Volvió a intentarlo, una pierna, luego la otra, de nuevo su madre, la felpa del asiento era como la felpa del abrigo que usaba cuando era un niño. Imposible, ¿por qué no podía?, ¿por qué no cabía?, ¿si era a su medida en talla, en peso, en volumen, en milímetros?

Lo intentó una docena de veces, después cerró el auto y se dirigió a la casa.

La mayoría de la gente ya se había ido cuando salió y volvió a intentarlo. Esta vez sus amigos le ayudaron con cálculos aeronáuticos, fisicomatemáticos, y por último mágicos. Fue desconsolador verlo salir y darle una patada a la puerta, antes de echarse a llorar como un niño sobre el césped.

-Lo que ha pasado no es impedimento para que la fiesta no siga-, dijo el padre. E hizo servir a continuación whiskies triples a todos. Al tercer trago lograron que Nicolás se levantara, instándolo a que era mejor seguir la borrachera dentro de la casa, en la intimidad de los que verdaderamente lo apreciaban, amén de que no era sano seguir llorando frente al auto, mejor lo hacía en su sillón con el moco suelto a gusto. Y así lo hizo, lloró ocho whiskies más de rabia y resignación.

No fue hasta que finiquitó el décimo que dejó de llorar. Incorporándose como Moisés lo haría después de un largo sueño, se dirigió al baño, despojándose, conforme caminaba, del saco, luego de la camisa, los pantalones. Dejando a los espectadores la visión de un dios griego, o por lo menos de un titán del Adriático.

Nicolás orinó con la constancia, dedicación y vehemencia que poseen las fuentes de La Alhambra, y bajó luego la cadena como quien abre las compuertas de la represa del lago Victoria. Finalmente salió del baño completamente desnudo y alzando los brazos de manera explicativa a los presentes que aún no estaban roncando la cebada del whisky dijo:

-Putá, ¡crecí cuatro centímetros! ¡Ni carro que me alcance ni viejas donde meterme!



# VILMA LORIA

## El sueño



Luminaria soñó que, sin previo aviso, se moría Filadelfo, su marido. De inmediato llamó a la funeraria para que le mandaran una caja. Queremos que venga a escogerla, le dijeron. Con este aguacero no salgo, les contestó. Manden la más cara. Y con la satisfacción del deber cumplido, colgó. Minutos después Filadelfo reposaba en un elegante ataúd color almendra, luciendo su mejor corbata. Luminaria encendió las velas, arregló las flores, pues le habían enviado el servicio completo, y llamó a la mucama. Haga las llamadas, usted sabe a quién sí y a quién no, y le dio su libreta personal de teléfonos. Ruperta se puso a sollozar intermitentemente, pues suspendía el llanto para marcar cuidadosamente el número. Lo reiniciaba cuando oía que levantaban el auricular: De parte de Doña Lumí, se nos fue don Fila (era fanática de los diminutivos), sí señora, de viaje. No, no, en avión no, para hacer el cuento corto le diré, se murió. Las llamadas de Ruperta tuvieron gran éxito, pronto comenzó el desfile: los vecinos primero. Pero si esta mañana lo vimos abriendo el garaje.

Los amigos consternados, en silencio. Los familiares reclamando ¿cómo es posible que Luminaria no nos avisara antes? Así es la vida, la contestaba Ruperta, pero es que ella no sabía antes que él se iba a morir después.

Todo marchaba sobre ruedas hasta que lo vio: estaba sentado en su sillón favorito en la sala de televisión; por supuesto, se había aflojado la corbata. ¡Filadelfo! ¿Qué hacés aquí? Ya lo ves, nada. Estoy cansado de estar ahí tieso, la tafeta del forro me pica y yo no puedo ver quién entra o sale, sólo las caras que se asoman a verme así sin lágrimas ni nada, sólo veo curiosidad en sus ojos, a propósito hasta pestañas postizas te pusiste. Luminaria pretendió no haberlo oído. Sos un desconsiderado, Fila, toda esta gente está aquí por vos, es tu vela, sos el muerto, comportate como tal, qué vergüenza, qué van a pensar si te ven aquí. ¡Pensarán que soy un muerto vivo! Filadelfo, el humor nunca fue tu fuerte. Corré, vienen los de la oficina, lo único que falta es que no me paguen el seguro de vida y no me den pensión. Está bien, Filadelfo se levantó resignado, me volveré a entesar, me siento como un mono en vitrina, a propósito los que me mudaron no me pusieron calzoncillos. Luminaria no pudo menos que soltar la carcajada. ¿Y para que querés calzoncillos? Los calzoncillos se ponen para quitárselos y vos, mi difunto marido, ya no te los vas a quitar más.

¡Atchis! ¡Atchis! ves, ya te resfriaste, por salirte caluroso. Los estornudos de Filadelfo despertaron a Luminaria. Por Dios. ¿No tenés un pañuelo para taparte la boca? Te ves muy mal. Le puso la mano en la frente. Ardés en fiebre. Luminaria se tiró de la cama.

Ahora mismo voy a llamar a la funeraria, digo... al doctor, ¡estos estornudos tuyos y estos sueños míos van a acabar por volverme loca!

## A las tres de la tarde me amarraron las alas

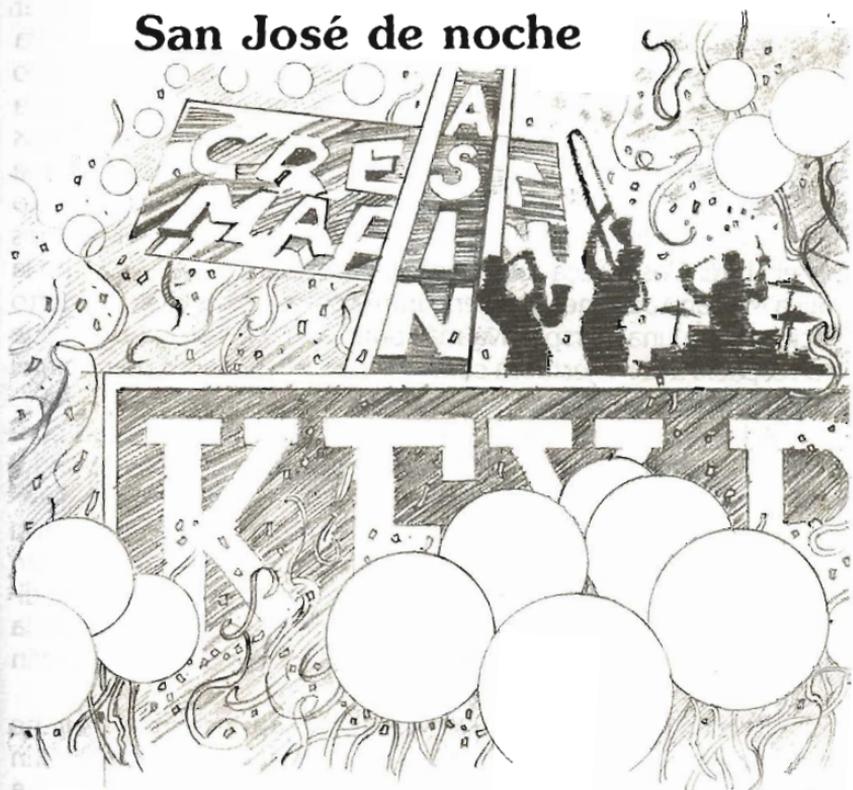


Todas las que nacimos en la década de los treinta queríamos parecernos a Shirley Temple. Yo sabía que estaba a años luz de la pequeña de la pantalla, lo aceptaba como seguramente se acepta hoy el no ser igual a Madonna. Lo que no me cabía en la cabeza era el por qué no me sacaban de ángel en las procesiones de Semana Santa; se lo había pedido a mamá insistentemente y ella hacía oídos sordos. En esa época, las procesiones contaban con el fervor de la gente y eran, además, un acontecimiento social importante, al que asistía todo San José. Yo contemplaba pasar los angelitos, allá arriba en las andas, y los envidiaba; qué dichosos, pensaba, y deseaba ser algún día uno de esos celestiales personajes. Tanto insistí con mi sueño, que por fin mamá accedió: te vamos a sacar esta Semana Santa, de todas maneras ahorita se te caen los dientes de leche y vas a quedar peor. Yo sabía que no era bonita, pero el vaticinio de empeorar no me gustó; sin embargo, fue tal mi alegría de saberme futuro ángel que olvidé el asunto.

Elegir el color de la túnica fue una batalla campal; mis tías, costureras, llevaron la voz cantante: imposible vestirla de cele, parecerá una muerta, de rosado ni pensarlo, es un color bará. Papá, que oía el altercado desde la habitación contigua, se atre a decir que a él le gustaba verme de amarillo; mamá hizo coro c las tías: ¿estás loco? Un poco más y se lo tragan: ¡sólo las negras Limón se ponen amarillo! Yo pensé sugerir que me sacaran en procesión de Limón, seguro allá también habría angelitos, pero golpe de mi abuela en la mesa detuvo mis pensamientos: ¡no hable más!, irá de blanco, parecerá una mosca en leche, pero q le vamos a hacer. El consenso familiar me dio paz por unos día pero la víspera de la procesión un grito de mamá me avisó que l problemas no habían terminado: el pelo, son agujas, ¿qué vam hacer? Esa noche se presentaron las tías con unos cordeles, ell siempre fueron expertas en el arte de la mortificación, me cogiero el pelo por su cuenta, jalándomelo sin misericordia, y me llenaro de cachumbos. Fue como dormir en un pedregal. Al día siguiente reunidos todos en la sala, conferencia de prensa familiar, soltaror las amarras de mi adolorida cabeza. ¡Horror! Seguían siendo agujas pero no lisas, verticales e inofensivas como siempre, ahora eran lanzas en todas direcciones, parecía un puerco espín. Por qué no nací en la época "punk", ¡hubiera sido una sensación!

A las tres de la tarde me amarraron las alas a las salientes costillas, me pusieron la túnica blanca y me clavaron una estaca en la espalda, de madera no muy fina, para que me sostuviera parada sobre las andas. Yo estaba horrorizada, mal dormida, acomplexada por mi pelo parado, hacía un calor digno de la época Santa. Salimos de la casa, yo encaramada en aquel bamboleo, la estaca la habían clavado torcida, yo era un ángel inclinado pero no de Pisa sino de prisa, íbamos tarde, papá y mamá nos esperaban detrás de la Catedral hacía rato. Mis tías, a mi lado, caminaban ligero mientras rezaban el rosario en voz alta interrumpiéndolo sólo para regañar a los pobres hombres que llevaban las andas, apúrense, ¿qué es lo que les pasa?, ese angelito no pesa, corran que es tarde, Dios te Salve María, en la esquina a la izquierda, Santa María Madre de Dios. Era una pesadilla. Mi abuelita, antes de salir había insistido en que me tomara dos vasos de leche con carao: para que vaya alimentada y aguante. Yo odiaba la leche, odiaba el carao, estaba mareada, empecé a ver parches y supe que iba a vomitar. ¡Bájenme!, grité. Deben haber visto mi cara descompuesta. Inclínada en el caño maldije a mi abuela y odié a todos los ángeles. Mis tías, mientras tanto, se recriminaban mutuamente, ¡te lo dije, te lo dije, que era plata botada!

## San José de noche



Volver a mi propio país de turista, eso me pasó a mí.

Después de treinta años de vivir en Nueva York tuve que regresar a Costa Rica en viaje de negocios. Era la primera vez que venía en tantos años. Me había ido a buscar nuevos horizontes en los Estados Unidos. Cuando me fui estaba con un puesto en el Gobierno en el que no tenía mucho futuro. Trabajaba de lunes a viernes, los sábados, con la huelga me iba en tren de excursión a Puntarenas, a bailar, beber guaro y otros placeres. Si no tenía plata, lo que me ocurría a menudo, me quedaba en San José: misa de doce para ver las hembrillas, tanda de cuatro en el Palace o el Raventós y una bailadita en el Sesteo con alguna que se fajara. Me aburrí todo de un día para otro, hasta el Trianón que era mi segunda casa. Tuve suerte en los Estados, me casé con una mujer increíble, ella trabajó para que yo estudiara, conseguí un buen puesto y tuvimos hijos. Mi vida cambió radicalmente, de un triste empleado pasé a ser un ejecutivo con trajes de \$200 y una carrera.

El avión aterrizó en el Aeropuerto Juan Santamaría, me sorprendió el gran edificio y la moderna autopista por la que entramos a San José. Pensé que el taxista se había vuelto loco cuando al llegar al Hospital San Juan de Dios enfiló su automóvil por la Avenida Central, contra vía. En este gobierno todo se hace al revés, me dije a manera de explicación. Sonreí al acordarme que en Costa Rica uno de los placeres es hablar mal del gobierno e insultar a los árbitros en los partidos de fútbol. En el trayecto por la Avenida Central, me sentí como leyendo un libro al revés, no pude reconocer uno solo de los viejos edificios viéndolos de Oeste a Este. Cuando pasamos por el Hotel Costa Rica me orienté y busqué el Bazar La Casa o la botica Mariano Jiménez y me encontré con la cara oculta del Teatro Nacional con una perspectiva más amplia gracias a una plaza que le da espacio a la majestuosa construcción. Me hospedé en un hotel en el centro de la ciudad.

A las ocho de la noche, ya bañado y descansado, salí a conquistar San José de noche, ese San José donde muchas veces anduve sin un cinco en el bolsillo. A los cien metros del hotel me abordaron dos chiquillas de la vida, no soy un santo, pero me parecieron tan jovencitas como mi hija de doce años; daba lástima verlas tan pintadas, vestidas estrafalariamente, enseñando sus cuerpos y diciendo obscenidades. Eso no es para mí. Me dirigí a la Plaza de la Cultura y ahí me pasó más o menos lo mismo, sólo que esta vez eran jovencitos los que me invitaban a la cama.

Caminé por la ciudad con la esperanza de encontrar a alguno de mis viejos amigos, así como de casualidad, pero nada. Por fin entré a un bar, estaba lleno de gringos tomando Piña Colada, lo que seguramente los hace sentirse muy tropicales. Una de las machas me sonrió. Do you speak English? Entablamos una tonta conversación, la macha era guapa y entradora. Terminamos en un cuarto haciendo el amor. Ella, realizada de haber encontrado un nativo y yo sintiéndome como un idiota por haber venido desde Nueva York a putear en inglés.

La siguiente noche conseguí una atractiva acompañante, con dólares es muy fácil, y recorrimos el Barrio Amón, donde todavía viven mis tías abuelas, y donde hay ahora varios clubes nocturnos. La muchachona me presentó a unos amigos que me llamaron mae todo el tiempo y a quien les entendí la mitad de lo que hablaban. Bebimos como locos, bailamos y fumamos yerba. Cuando la cosa se estaba poniendo buena...

Volví en mí en una carretera solitaria, chingo totalmente, descalzo y muerto de frío. Traté de parar algún automóvil para que me ayudaran. ¡Sátiro! ¡Sinvergüenza! ¡Cochino! De todo me grita-

ron. Tuve que permanecer unos días más en San José para reponer mis documentos. Las noches las pasé en el hotel viendo Cable Color desde Nueva York.



# XINIA ESTRADA

## Retrato de una mujer perdida\*



Desperté una mañana buscando a tientas de entre los chilindrajes de mi gaveta personal, monedas de una peseta para arriba, procurando completar los doce cincuenta del pasaje a San José.

Asegurado el transporte, me dedico a arreglar el mejor vestido que encuentro: un juego de manta india que me regaló mi hermana cuando se cansó de usarlo.

Dos meses de buscar trabajo han hecho de mis salidas a entrevistas un asunto rutinario: arreglar mi curriculum, un poco exagerado, y gastar los últimos ahorros que dichosamente se me ocurrió guardar de lo poco que iba quedando de mi beca universitaria. Universidad, estudio, carrera, futuro, quedaron en el pasado. Hoy es mi última oportunidad de subsistir.

---

\* Este cuento ganó el Primer Premio en el concurso "Mujer no estás sola" organizado por CEFEMINA, en 1988, San José, Costa Rica.

Antes de salir me contemplo en el espejo; no me gusta lo que veo. Debería arreglarme este pelo pero hasta el aceite de aguacate se acabó. Tal vez mañana me haga una gorra aunque sea de mateca derretida.

Una vez más tendré que "tomar prestado" el periódico del vecino que por cierto, ya debe de estar quejándose a la agencia por no encontrar el matutino en su garaje desde hace quince días. Es tiempo hace que se agotó mi presupuesto para periódico.

Media hora en autobús -el microbús me costaría otra rebu: cada en la gaveta- me permite ojear el periódico y como todos los días, definir mi ruta a partir de la oferta de empleos que publique la sección de clasificados. Haré el último intento con mi curriculum inflado. Aún no acepto que se me ubique como mano de obra no calificada. Después de todo, casi termino la carrera y estoy aspirando a menos de lo que yo puedo hacer.

Ya no me sorprende encontrar tantas muchachas bonitas haciendo fila en la puerta de la oficina de un viejo gordo con zapatos blancos para competir entre sí por un puesto de oficinista.

Espero, por lo menos, no resultar embarazada; ni siquiera recuerdo cuántos días tengo de atraso y quién sabe cuándo pueda conseguir plata para hacerme el examen de laboratorio. Es lo único que me falta.

Este es mi tercer turno del día de hoy; me estoy cansando de repetir lo que puedo hacer y a lo que estaría dispuesta: trabajaría cualquier horario y podría aceptar el salario que usted disponga mientras se me prueba.

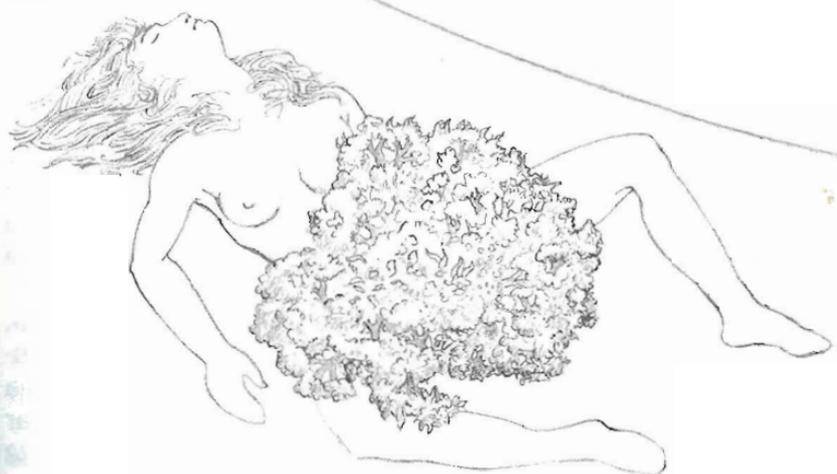
En realidad hasta trabajaría en las peores condiciones del mundo, todo menos irme a la cama con alguno de estos panzones vulgares para quienes entrevistar muchachas es una diversión y un medio de aprovecharse de la miseria y la desesperanza de tantas mujeres.

No hay que esforzarse mucho para notar la presión que sienten encima todas esas jovencitas, que quizá como yo, tienen que ocultar los carriles de sus pantis cuando se sientan frente a uno de esos tipos casi a suplicar que se les dé la oportunidad de sobrevivir.

Un día más, mi última oportunidad y creo que fallé de nuevo.  
Dios mío, ¡qué gorda estoy!

# MYRIAM BUSTOS

## Mutante



La primera manifestación fue tan imperceptible, que transcurrieron varios días antes de notarla. Después, intentando recordar -en un amago inútil de comprender el origen-, se decía a sí misma -modulando, incluso, interiormente, cada letra de cada vocablo- que fue una modificación en la textura, y que debió alertarla, por cierto, ya que, acostumbrada como estaba a reconocer a diario la zona en cuestión cuando cumplía los ritos de la higiene personal, en un nivel subliminalísimo tomó conciencia de que la piel tenía una consistencia quebradiza inhabitual. Pero en vez de suponer una irregularidad (ella no era hipocondríaca, de modo que sólo advertía los procesos morbosos en su organismo cuando se hallaban instalados), se dijo lo que antes, en presencia de otros cambios corporales desalentadores: es la edad. O lo que llaman, eufemísticamente, el “cambio de vida”, como si la vida no estuviera cambiando varias veces al día, o muchas, en solo un minuto o menos.

Después, cuando la región aquella se fue tomando inhospitabilidad e intrincada -como si lo que otrora fue tibia y suave franela, mullida alfombra, almohadón deleitoso y acogedor, estuviera volviéndose gangoche (o mezcilla, o saco de manta, o lona, tal vez)-, dividida en capas sarmentosas y aún a medio emerger o desdoblar, tuvo la sensación de que una especie de vegetal de estepa había surgido allí: espinoso al comienzo, anhidro, opaco y nada estético. Pero fue tan solo eso: una vaga impresión -o intuición, comprendió más adelante-, imagen más fantasiosa que objetiva que solo por momentos acudía a su mente y que en ningún caso intentó comprobar en aquiniana disciplina.

Sólo cuando la colocación de las prendas de vestir y el desplazamiento se le tornaron dificultosos e incómodos, empezó a convencerse de que sufría una perturbación anormal en su cuerpo. Visitó, entonces, a un especialista en enfermedades del sexo femenino y le confió su extrañeza y zozobra. Fue examinada prolijamente -bochornosamente, para ella-, con pericia y paciencia, interior y exteriormente; con un interés inhabitual en los profesionales de la medicina clínica que acentuó su inquietud y fue tornándose angustia a medida que transcurrían los minutos sin que el médico pronunciara palabra, aunque por momentos interrumpía su inspección para dirigirse a su biblioteca e iniciaba afanosa búsqueda en un libro, en otro, en otro, para regresar al sitio en que yacía ella a medio vestir y sintiéndose víctima de un trastocamiento no registrado hasta la fecha y, consecuentemente, amenazador. Ni siquiera osaba formular pregunta alguna: bien se percibía que el ginecólogo se hallaba ante una situación inmanejable, al menos por el momento.

-Hay que hacer algunos exámenes -dijo, intentando parecer seguro y de ninguna manera sorprendido-. Estos cambios pueden deberse a etiologías variadas. Como en este caso la alteración no va acompañada de otros síntomas orientadores de un síndrome específico, no es fácil hacer un diagnóstico exacto ni prescribir tratamiento.

-¿Qué exámenes, doctor? -preguntó, abatida y sintiendo que empezaba a invadirla una molesta inquietud, a la vez que una gran desconfianza en los poderes de la medicina.

-De sangre, en primer lugar, para asegurarnos de que no esté produciéndose algún proceso que guarde relación con otras funciones del organismo. Además, hace falta una biopsia del tejido alterado.

-¿Una biopsia?

-Sí, señora. Una biopsia puede darnos una información muy significativa en cuanto a los componentes de la mucosa actual.

-¿Está pensando en cáncer, doctor?

-No necesariamente.

-¿Pero podría ser cáncer?

-Sería un cáncer desconocido hasta ahora, en todo caso.

-Ojalá no sea yo quien lo inaugure...

-No se preocupe: mientras no tengamos los resultados de los exámenes, no tiene sentido alarmarse.

-Bueno, doctor. Dígame adónde debo ir para que me los hagan.

Salió muy mortificada del consultorio, y como era mujer que nunca postergaba lo que no podía evitarse, fue de inmediato al laboratorio recomendado por el galeno y, además de hacer la cita para los exámenes de sangre, solicitó la biopsia del tejido anormal. Quería salir de una vez del molesto trance, para obtener los datos que permitieran un pronto diagnóstico al especialista. Afortunadamente pudieron tomarle de inmediato la muestra, para lo cual fue necesario anestesiar ligeramente la sensible zona. Al otro día regresó allí mismo para que le extrajeran sangre y en cuarenta y ocho horas tendría los resultados de todos los análisis.

Pero ella que no era aprensiva entró, a partir de ese mismo día, en un estado de gran zozobra. Pensaba obsesivamente en su mal y tardaba en conciliar el sueño, interrumpido muchas veces por brinco que daba en la cama a raíz de una pesadilla reiterada: la de que toda la piel del cuerpo se le llenaba de vejigas supurantes y dolorosas que el médico raspaba inútilmente para eliminarlas. Aunque no experimentaba molestia alguna, la acometía el pavor cuando la palabra *cáncer* acudía a su mente con majadera insistencia. Las horas se arrastraban remisas y flemáticas, huyendo porfiadamente del respeto a los sesenta minutos establecidos: eran cien o más los que concurrían desganados antes de que las manecillas del reloj marcaran cada una de las veinticuatro divisiones del día solar.

Mas llegó el momento en que le entregaron -en un sobre cerrado dirigido al médico solicitante- el resultado de sus exámenes. Sin pensarlo siquiera, despegó el sector engomado y leyó una por una las hojillas. Algo sabía ella de hemoglobinas, recuentos, sedimentaciones y otras variedades rutinarias en medicina, de modo que se enteró inmediatamente de que no había patología en su sangre. La biopsia decía claramente no solo que no existía cáncer, sino que tampoco se presentaba anomalía en la composición del tejido mucoso.

¡Qué alivio más inmenso! Había bastado con enterarse de que, al menos en los aspectos investigados, todo estaba bien, para experimentar de inmediato un sosiego poderoso. ¿A qué volver donde el hombre del delantal blanco? Demasiado se percibía lo sorprendi-

do que se hallaba ante la situación y lo ignorante que era frente a casos así. De ponerse peor o tomarse el problema demasiado incómodo o doloroso, se dirigiría a otro médico, previa indagación cuidadosa sobre su prestigio profesional. Por el momento, se dedicaba a revisar libros de medicina en la biblioteca de la universidad, a ver si encontraba allí alguna de las pistas que inútilmente buscó el ginecólogo consultado.

Ya tranquila, entonces, volvió a su existencia habitual, eso alerta a cualquier síntoma que pudiera interpretarse como un indicador orientador de que algo digno de atención médica estaba produciéndose en su organismo. Así, por lo tanto, pudo tomar conciencia de que el tejido que había iniciado inopinadas transmutaciones de forma, grosor y calidad de superficie, iba alterándose sosegada pero resueltamente hacia una estructura nueva y de seguro inimaginable en todos los aspectos. Desde el mismísimo día en que recibió los resultados de los exámenes de laboratorio, sometió su cuerpo a cotidiana observación. La palabra *cáncer* -pese al informe negativo que subrayaron y hasta destacaron con mayúsculas en el informe- y su relación con cambios, modificaciones y otros vocablos que eran de sobra conocidos en los textos admonitorios y preventivos acerca del temible flagelo, estaban ya tan incorporados en sus preocupaciones, que por ningún motivo iba a descuidarse.

Aquello continuaba su alevoso avance sin provocar aflicción física, pero la monomanía que generó en ella la mantenía en un estado de desazón que era tan incómodo -o más- que un decidido sufrimiento corporal. De optimista y juguetona, participativa y serena, alegre y jovial, bromista y alborotadora que era antes de haber hecho el extraño descubrimiento, fue tornándose seria, distraída, mesurada y desconfiada. Torpe, incluso, como si sus capacidades hubieran menguado. Hasta retardada de reacciones se puso, y también inepta para tomar decisiones sencillas y de rutina, a las que ahora les descubría el peligro o riesgo implicado. Cierta tiesura de ánimo se hizo evidente incluso para personas que no la frecuentaban mucho. No sabía por qué, pero cuando reflexionaba sobre su nueva condición, se le antojaba que de un momento a otro la habían transformado del todo, como una manera de hacerle ver que los plazos vitales son breves e inexorables, que a la meta universal de los seres vivos se llega más temprano que tarde y que, para encontrarse al otro lado del camino, basta solo un paso. Un paso que hasta podía ocurrir que lo estuviera dando ya. Es decir, perdió -para decirlo de una vez y en forma precisa- la confianza y el placer de estar viva.

Muchas veces exteriorizó el esposo su extrañeza ante tamaño y tan súbito cambio. Los qué te pasa, qué te ocurre, tenés algún dolor

y otras preguntas del mismo jaez acudían con frecuencia en las conversaciones y también en los cada vez más instaurados silencios.

-No me pasa nada -respondía ella, sin convicción, sin siquiera expresividad, como si el área precisa de su cerebro de cuyo normal funcionamiento dependiera ese rasgo tan decidor de la normalidad se dañara por momentos.

-¿Cómo nada? Estás ausente. Se nota que ni siquiera me escuchás. A ver: repéteme lo que acabo de decir.

Y jamás ella podía reconstruir lo que le estaba dirigido y sólo hacía un momento él había pronunciado.

-Perdoná: es que estaba distraída.

Y pensar que era ella la que antes censuraba al esposo cuando daba muestras de cansancio con la charla continua y muchas veces insulsa de su mujer, convencida -por lo visto- de que todo silencio debe ser llenado con lo que sea, porque entre dos que están juntos sin decir palabra, la tregua lingüística demasiado prolongada es signo de apartamiento afectivo, de lejanía emocional.

Casi podía decirse que un nuevo individuo -de seguro vegetal- estaba naciendo y desarrollándose en hábitat tan ajeno a su condición y materia, suplantando ya del todo al órgano que antes en nada se distinguía del que identificaba a cualquier mujer. Las estructuras que antes tenían otras características y funciones aparecían ahora como capas superpuestas y corrugadas cuyo sitio de inicio era difícilísimo determinar. Hojas diríase que habían emergido. O pétalos. O brácteas, tal vez. Pero transcurridos los días sufrían nuevas mutaciones y semejaban inflorescencias o apretados racimos de textura granulosa. Y cuando se metía bajo la ducha y el espécimen aquel recibía el jabón y el agua en abundancia, la irritabilidad que lo caracterizaba hacía que se tomara más vegetal todavía en su aspecto y en su tacto, disidente ahora su color en una impresión nueva en que el verde y el violeta generaban un matiz híbrido de difícil calificación, pero exótico y de extraña belleza, sin duda.

Me ha aparecido una especie vegetal única e inclasificable -se decía, dándose ánimo e intentando experimentar orgullo-. Y aunque el fenómeno le parecía muy insólito, no lo hallaba tan anormal, puesto que todas las especies del mundo orgánico han ido cambiando y adaptándose a las nuevas condiciones del medio, además de que la constitución celular entre ellas coincide en distintos seres vivos pertenecientes a reinos disímiles. Solo que, en este caso, se trataba de la mutación de un solo órgano de un solo ser humano. Que debía de tener su sentido, por cierto. Y pensaba que, a su edad, ya no hacía falta un adminículo genital apto para las funciones reproductivas. Entonces la naturaleza le estaba regalando otro

distinto, cuyos fines (porque todo tiene un objetivo, y solo es cosa de averiguar cuál), por el momento, desconocía, pero que tal vez se harían claros más adelante, cuando la metamorfosis hubiera llegado a su etapa última y al producto perfecto.

El nuevo órgano plantar constituyó, hasta cierto momento, un secreto absoluto. El primero en compartirlo con su dueña fue el médico a quien consultó en el período inicial. El segundo, otro ginecólogo reputado a quien consideró necesario visitar como una medida de seguridad únicamente, sin intención alguna de buscar solución para una anomalía que, hasta el presente, no había demostrado tener importancia. Así, pues, cuando llegó ante el médico, en el momento de rigor del intercambio oral previo al "reconocimiento" físico, como estos profesionales dicen, le explicó que ya había consultado a otro experto, que los exámenes habían resultado negativos y que ahora acudía donde él sólo para un "chequeo" preventivo. El ginecólogo no demostró extrañeza cuando ella mencionó la especie de "planta" que tenía donde antes se hallaba su órgano femenino. Rápidamente la hizo instalarse en la camilla, desprovista de su prenda interior, y se acercó a examinarla. Nada dijo. Entonces ella le preguntó qué planta era, solo para comprobar si su propia clasificación coincidía con la del médico.

-Parece una lechuga o acelga. Aunque en algunas partes más semeja un brócoli -respondió, grave, mas no sorprendido. En cualquier caso, no cabe duda de que se trata de una hortaliza, y en su período de crecimiento máximo.

-¿Quiere usted decir que no se hará más grande?

-No, no lo creo.

-¿Le parece a usted que debo preocuparme, doctor?

-No, señora.

-¿Tampoco hacerme una nueva biopsia?

-No, señora, no es necesario. Se trata claramente de tejido vegetal, pero muy sano y vital.

-¿Es una enfermedad esta, doctor?

-¡Qué va! No, señora: es una bendición de Dios, un gran regalo. Un premio, diría yo, aunque no sepa por qué lo ha merecido. No tiene razón para preocuparse. Todo lo contrario: siéntase privilegiada, distinguida, pues el suyo es el primer caso que conozco de este hermoso milagro.

-Excúseme, doctor... Si esta es su primera experiencia con esto tan raro que me sucede, ¿cómo sabe que no debo preocuparme?

-Contéstese usted misma: ¿por qué habría de inquietarse?

-No lo sé, doctor. En realidad, no lo sé. Pero le confieso que,

a pesar de lo que parezca, estoy tranquila. Sólo un poquillo extrañada y algo obsesionada, eso sí.

-¿Se lo ha dicho a alguien?

-No, doctor. Solamente al médico que me vio antes, cuando esto recién comenzaba, y a usted.

-¿No lo sabe su marido?

-No.

-¿Por qué?

-No lo sé. Tengo cierto temor.

-¿A qué, señora?

-Le repito que no lo sé, doctor.

-Creo que debe decírselo, sobre todo si ustedes son buenos compañeros y llevan mucho camino recorrido juntos.

-Está bien, doctor, seguiré su consejo.

Entonces esa misma noche habló con el esposo. No le fue fácil, por cierto. Mas lo inesperado fue que él otra vez asumió la situación personal como otras veces: objetivamente, como si se tratara de un fenómeno que no le concernía, que no lo afectaba. Ni a él ni a ella. Volvió a encumbrarse en la cátedra del biólogo y a adoptar el papel que desempeñaba a diario en la Universidad, cuando explicaba los enigmas de la Naturaleza a sus estudiantes, y les hablaba de la organización de la materia, de las sustancias orgánicas e inorgánicas, de los procesos vitales, de la energía. Y desembocó, ciertamente, en el tema que más lo apasionaba en el último tiempo: el revolucionario descubrimiento del ácido desoxirribonucleico. De nuevo disertó ante ella (abandonando, durante todo el discurso, la postura horizontal del descanso nocturno para acomodarse en posición yoga en una esquina del lecho matrimonial) con esa fervorosa convicción y seguridad que tanto le conocía, y le habló de la molécula que determina la naturaleza fundamental de la vida, "desde la del microbio más sencillo hasta la del hombre y su complejidad orgánica y psicológica" :

-En el núcleo de toda célula viva -le recordó- se encuentra el DNA: en la de un animal, en la del más humilde zacatillo que enverdece el camino; y en la humana, por supuesto.

No logró sustraerse, tampoco, a la conducta casi automática y muy placentera para él de coger un bolígrafo (esta vez, el que llevaba -para incomodidad de ella cuando se lo hallaba, después, dentro de la lavadora- en la bolsa superior del pijama) y empezar a dibujar, una vez más, ante su esposa, la especie de escala retorcida que constituye cualquier molécula de ácido desoxirribonucleico. Y le reiteró lo que tantas veces le había explicado al ilustrarla sobre otros fenómenos naturales:

-Las moléculas del DNA son iguales en todos los organismos vivos. Tienes, entonces, en tu organismo, ácido desoxirribonucleico idéntico al de un pez, al de una bacteria, al de la manzana que comes cada día, porque la fruta es también un ser vivo.

Y continuó, científico siempre:

-El DNA dirige y controla toda la cadena infinita de actividades metabólicas y de transformaciones moleculares que caracterizan la vida.

A todo esto, a ella la habían invadido casi del todo las sensaciones previas al sueño, y lo escuchaba casi desde muy dentro de masa encefálica. Pero alcanzó a percibir aún otras parrufadas:

-Lo que te está sucediendo no debe sorprenderte. Se ha escrito en tu código genético, es decir, en las instrucciones hereditarias impresas en la molécula de DNA, que pudo haber informado desde tu gestación misma, a quien quisiera averiguarlo, sobre qué clase de organismo iba a ser el tuyo y qué le ocurriría durante su ciclo vital. Así de simple. Sólo que hasta ahora este cambio que estás viviendo no se había producido. El fenómeno es una mutación como podrás suponer.

Al escuchar esa palabra que le pareció alarmante, emergió en un segundo desde el sueño que ya casi la había atrapado del todo. Velozmente imaginó lo que podía ocurrirle si el proceso mutatorio invadía todo su organismo y, de mujer que era todavía, llegaba a convertirse en quizás qué extraño e ingobernable ser. En un árbol era posible. Sintió miedo, mucho miedo, acrecentado por la indefensión en que se hallaba. Y también cólera por la pretendida objetividad de su marido -extraño híbrido de científico y vegetariano-, de quien cabía ahora esperar otra de sus infaltables y gratuitas conferencias sobre las bondades de la nutrición basada en frutas y verduras, complementado el discurso con prolijas explicaciones acerca de las incompatibilidades alimentarias "que nadie toma en cuenta a la hora de planificar las comidas".

Pero el sueño cayó sobre ella como una fiera en plena selva, y parte del didáctico texto conyugal irrumpió de manera distorsionada en las imágenes oníricas que empezaron a construirse casi al instante a raíz del poderoso estímulo reciente.

En un momento que no pudo precisar, despertó sobresaltada y con agitación inusual en el cuarto a oscuras. No encontró al compañero a su lado. Pero desde la cocina llegaba el inconfundible sonido de platos, tenedores y cuchillos que él revolvió afanosamente -de seguro, apremiado e impaciente-, con su habitual indiferencia en materia de producción de ruidos perturbadores de la tranquilidad

ajena e inoportunos. Y también el familiar tufillo de aquel aderezo penetrante que él mismo preparaba.

Entonces tuvo la certidumbre nada tranquilizadora de que él estaba reuniendo los utensilios y otros implementos necesarios para el impostergable y excitante festín.

San José, Costa Rica, mayo de 1990 a junio de 1992



# IRMA PREGO

## La muela



Rin, rin, rin.

-¡La Santísima, ahí vienen los "yuppies"! Rin rin.

-Aló... Aló... ¿Mita?... Hoy llegamos a almorzar a eso de las doce y media o una. Hace días no la vemos y nos hace falta. No se preocupe. Nada especial. Acuérdense que tengo alto el colesterol y estoy en dieta.

La señora corrió al mercado a traer todo muy fresco, como aconseja la cocina francesa, empezó a transpirar y a combatir la rinitis nerviosa oliendo alcohol; trató de embellecerse arreglando su pelo, pintándose los labios y usando un vestido bonito.

Si dijeron que llegan a las doce y media, eso quiere decir que vendrán llegando a la una y media o dos, ella comerá algo para no desmayarse porque cada vez que transpira mucho pierde potasio y se vuelve lenta. Un problema temperamental, dice el endocrinólogo.

La faena de preparar el menú del almuerzo dietético y rico es un placer, pues es diestra en esos menesteres. Al disponer la mesa

los recordó de niños, cuando cooperaban en los distintos detalles de servir la mesa y lavar los platos y se le escapó un largo suspiro.

Miró el reloj; en efecto eran ya las doce y media. Repicó el teléfono, atendió y era lo que esperaba:

-Estamos atrasaditos, llegaremos como a la una.

-No se preocupen, dijo ella, ya sabía que esto sucedería y se sentó en un banquito de la cocina a comer sola un matahambre, pensó lo agitada que es la vida moderna, el vivir contra el tiempo lleno de proyectos futuros, lo que genera una tensión estresante, y así comer, dormir y tratar de divertirse por salud mental sin lograrlo. Pero ellos se sienten convocados a la esperanza.

Primero apareció Antón a la una y media, le dio un abrazo de náufrago, dos besos y dijo:

-Me urge hacer una llamada, y se fue al dormitorio, al teléfono y conversó animado como diez minutos. Regresó y la miró sonriente: ahora hablemos de usted. La empresa camina, paciencia y perseverancia, para enero se abren las instalaciones para el lanzamiento al mercado nacional e internacional. Pero hablemos de usted. ¿Cómo está?

En ese momento repicó el celular:

-Aló, sí. Yanina, léame lo que ha transcrito... No, no, anote por favor: En virtud de lo que usted, Señor Juez, nos ofreció a mi defendido y a este su servidor, lo insto respetuosamente a hacer justicia pronta y cumplida. Ahora usted, Yanina, enumera los cargos y la defensa, no más termine me llama, me lee el total y después manda el fax. Ajá, mami, entonces, ¿qué me estaba diciendo?

-Bueno... Es que voy todas las semanas al dentista porque el premolar.... Rinrinrin, otra vez el celular.

-Aló... Aló... Hola, amorcito... ¡Qué rico! ¿Comiste pollito? ¡Qué delicia! ¿Cómo te fue en el kinder? Ajá... Oígame, yo lo llamo más tarde, es que vine a comer con abuelita. Yo lo llamo más tarde. Chao, un besote. Entonces, Mita, le sacaron la muela y se le armó un complejo de castración. ¿O no?

En ese minuto llegó Mario, ya casi a las dos de la tarde.

-Mami, ¿cómo está? La veo muy bien... Rinrinrin, el celular de Mario sonó en ese instante.

-Aló, aló. Sí, sí, vea, Marieta, dígame a Don Juan que me espere media hora, para mientras lea la escritura, si está de acuerdo que la firme. Ajá, mami, ¿qué hay de nuevo?

-Viste, Antón, se volaron a tu precandidato, le tiraron un contendor de peso pesado. Es cierto: más precandidatos, más rencores y más confusión para el electorado, además a tu partido se le

acabó su proyecto y ya no tiene mensaje. Hay precandidatos que lo que andan buscando es una pinche diputación.

-No, Mario, vos sos un emotivo pasional. Vas a ver en la recta final cómo trabaja el hombre.

-Ah bueno, mami, entonces qué pasó con la muela. Se la saca... Rinrinrin. Aló, aló... Diay, güevón, ¿por qué llamás hasta ahora? Casi te quedás fuera de la jugada. ¿Te resolviste?... Ah, muy bien, entonces reunámonos mañana a las cinco, ¿te parece?... O.K., muy bien, chao. Ahora, como te iba diciendo, nada que ver. Ese hombre no es líder, es muy lento, no asume un timón de liderazgo y delega para no actuar. ¡Qué pelada! Ah, mirá, ¿ya terminaste "El general en su laberinto"?

-Ah sí, mucha guayaba, pero Manuelita me gustó mucho. Es un personaje típico del realismo trágico de América Latina. Que no te oiga Mita, porque te deshereda.

La madre, aprovechando un breve silencio, intentó narrar las peripecias del premolar:

-Ah, sí, dijo Antón. Recuerdo que usted de chiquillos nos decía: "Una muela vale más que un diamante, eso dice Cervantes".

-No, no. Mi muelita se salvó por...

-Sí, opinó Mario. La dentistería y la cibernética es lo que más ha avanzado en el siglo XX.

Cuando comenzaban a comer, la madre les pidió que por favor apagaran el teléfono, "pues si continúan en esa habladera se van a congestionar".

-Ah, no, mamá. Estamos acostumbrados, dijo el mayor de los hijos, y dirigiéndose a Mario le comentó: don Juan entra en el negocio, es un viejo fiero, pero ya va a soltar la gurbia. Le mandé el estudio de mercadeo en el que gasté medio millón de colones y entonces el hombre picó el anzuelo y entró con todo y valija. Es un vivazo.

-¿Fueron ustedes al Country a oír cantar a Paloma? Nosotros no pudimos porque cumplía años el embajador de Senegal y tuvimos ahí un party muy aburrido. Ahora, volviendo al cuento de esa empresa, no te sirve pagar intereses porque te empantanás, no salís adelante.

-Bueno, dijo la madre. Van a comer postre, ¿dulce o frutas?

-Frutas, dijeron a coro.

-¿Café?

-Manzanilla, mejor.

-Entonces, Mita, no se preocupe por la muela. Las de porcelana son más bonitas que las naturales... Ajá, como te iba diciendo, la gestión para el vivero ya está en camino, lo que jode es que Manuel

el socio se está divorciando y eso lo tiene desconcentrado, porque la mujer le está sacando hasta el último cinco y con justicia: es un zaguato el tal Manuel.

-Bueno, entonces modifiquemos la agenda de mañana. Vos vas al banco. En cuanto salgás me llamás y me informás, almorzamos con Daniel a ver si nos paga y en la tarde despachamos los fax a México. Prefiero fax a teléfono porque las palabras deben quedar. Además en la noche, en la cena de los Montealegre, comentamos el anteproyecto de la frutera. O.K., entonces en eso quedamos. Me llamás por cualquier cosa.

-Gracias, Mita, ya nos vamos. Tengo que estar en la Corte antes de las tres. Gracias por todo. Como siempre, delicioso todo. Y por la muela no se preocupe: yo le... Rinrinrin, sonaron simultáneos los celulares.

Ella, la madre, dijo ya casi furiosa:

-A mí no me han sacado ninguna muela, no ven...

-Bueno, Mita, no se enoje, es que como usted nos hizo hombres de negocios, industriales como su abuelo gallego.

-¡Que Dios te salve de un gallego con poder!, dijo Mita.

-Entonces, ve... mejor que le sacaron la muela. Es más sano. La dentistería y la aviación están muy adelantadas, no se preocupe... Rinrinrin... Aló, sí, Yanina, ya voy para la Corte. Gracias... Hasta luego, Mita, yo la llamo.

# SONIA MORALES

Y el dorado se volvió verde\*



A muchas personas se les parte una pierna, un brazo, un dedo, a ella se le partió la vida.

Ben administraba un bar, escuchaba música, leía el periódico mientras las muchachas limpiaban, y aquel día:

*para subir al cielo se necesita una escalera grande y otra...*

-Hey lindas, vengan para acá, entérense, aquí está la solución a sus problemas.

---

\* Este cuento ganó una Mención de Honor en el concurso "Mujer no estás sola", organizado por CEFEMINA, en 1988, San José, Costa Rica.

-Dejate de varas Bembón, a nosotros no nos arregla nadie.

-No se me achanten nenas, les voy a leer estos avisos de hoy, aquí hay hombres para todas ustedes, y con ganas de casarse. Oigan pues: les escribe un macho bien rubio, un ojito rasgao y otro con cachetes de salami.

CABALLERO, 65 años...

Hum, para qué les leo todo, lo importante es que quieren casarse todos, y desean mujeres jóvenes, no les importa color ni olor.

-Leeme lo que dice el chino.

-Ajajajá ¿te interesa?

-Pues sí, dejame ése para mí, los chinos cochinos son buena gente.

-Como no te quiera para salchichas.

-Callate, no seas jetón. Además esos viejos traen verdes y vos sabés a cómo está el dólar. Contestale el aviso, vos que sabés escribir bonito, pero no le vas a poner dónde trabajo.

-No me creás tan bruto. ¿Vos gordita, de éstos a cuál le contesto?

-Poneme alguno que no sea tan viejo.

-¿Qué te parece éste?:

EUROPEO, con deseos de establecerse...

Ta, ta, ta, sesenta y nueve años, desea conocer señorita joven... O éste:

AMERICANO, 78 años, desea conocer joven bonita...

-Ese para mí, desde que estaba en mi país quería irme para los Estados como fuera, estoy harta de este mierdero. Aunque sea para hacer lo mismo que estoy haciendo aquí, pero allá ganaría dólares y podría ayudar en mi casa, y después mandar a buscar a mi cipotillo, que buena falta me hace.

-Listo. El chino para la Gorda Jodía, el rubio para la Cipotilla y el mortadelo para la Macha. Pero mijitas, pónganse las pilas y a trabajar, llegan tres clientes, coloquen esos asientos, los verdes con las mesas anaranjadas, Machita traete esos envases de allá, luego pongan el aparato ese tapando un poco la puerta, y esa mata...

-Ah no, Negrito, esa mata pesa mucho. Ayudanos vos a correrla.

-Está bien, pero limpien esos espejos, nos agarró tarde por estar jodiendo con el periódico y los clasificados esos. Muévanlo, muévanlo.

- ¿Quién atiende? Tres frías por favor.
- Ya voy, ya voy.
- Empezó el ajeteo de la noche.

*Qué lentas pasan las horas en esta cautividad...*

Y los días se pegaban haciendo semanas y a ellas se adherían las palabras formando historias.

-Buenos días.

-¿Qué tienen de buenos?, ya no son buenos días, ya casi es medio.

-Están como mal dormidas, qué genio, y yo pensando en ustedes, ya les hice las cartas para los viejos, sólo falta llenar los datos y que firmen.

-Preguntá pues Negrito, que somos todo oídos.

-Allí va. Nombre y dirección de cada roco. Les leeré el cuerpo de la carta que es igual para todos:

"Respondiendo a su carta leída en el Centroamericano Time del día 12 del presente, le diré que yo también quiero tener relaciones con fines serios. Paso a darle mis datos personales, dos puntos, edad, estatura, color, estado civil, profesión, punto, espero su respuesta a lista de Correos, San José Centro, y firma."

Vamos llenando, 24 años, 1.68 metros, blanca, soltera, 125 libras, dama de compañía; 21 años, 1.65 metros, morena, 130 libras, soltera, dama de compañía; 16 años, no, no, mejor le ponemos 18, trigueña, 110 libras, soltera, dama de compañía. Como ven, las cartas las escribí a máquina para que las entiendan mejor, no les puse que ustedes son experimentadas en la profesión más vieja del mundo. ¡Carajo!, ahora caigo en cuenta de una cosa, mejor dejémosle el Chino a la Macha, y a vos te pongo el cachetes de jamón, porque a los chinos les gusta casarse con nacionales para conseguir visa, y vos como sos refugiada, no le servís.

-Huy, este negro se las sabe todas y las que no, se las inventa.

-Ahora seguimos, andá atendé esos jumás que entraron.

-¿Qué les sirvo señores?

-Tres birras bien heladas. ¿Qué dan de bocas aquí?

-De boca sólo la mía, pero hay atuncito si desean.

-No, muñeca, sólo las cervezas.

-Vení gordita, firmá ahora sí la carta, con letra bonita, firmar sí sabés, ¿verdad?

-Claro, también sé escribir otras cositas más, pero contame qué más le dijiste de mí.

-En general, le digo que vos sos un pollito rico y que está decidida a irte con el primer vejestorio que se te presente.

-¿Y le dijiste que tengo un hijo?

-Noo, jupona, todo eso es más adelante, ustedes déjense guia y después me mandan billeticos verdes, pero trabajemos un poquito a ver, "a mover la colita".

*y así paso las noches y paso los días pidiendo a la...*

-Pasamos, diría yo, pidiendo a la vida el milagro de que amanezca pronto.

-Qué cansancio, toda esta semana ha sido puro brete y nada de cartas, ¿sería que no les gustamos?

-Den tiempo chiquillas, no se desesperen.

-Me siento como con pica pica, estoy nerviosa. Cada vez que entra alguien, me parece que es el tipo ese de Migración, ya sabe que soy menor de edad y me vive amenazando, siempre lo mismo, corriendo de una parte a otra.

-No te me chillés Cipotica, es que a veces uno amanece con el pie izquierdo, cuando venga el rubio y te vea, se le caen las babas, te lleva para la Yunai, con una ricura como vos, estira rápido la pata y te deja toda la herencia.

-Qué va, esos rocos son duros de pelar, aunque setenta y ocho años ya huelen a cementerio.

-Ya ves, y el olor de los billetes cambia la hediondez de la viejura, lo que pasa es que hoy estás muy chiniada. Y hablando de todo, ¿cómo fue que viniste a dar a Costa Rica?

-Pues verás, cuando vino a jugar la sele de Honduras yo andaba en enredos con el entrenador, él me sacó el permiso y todo para salir del país, pero ese viejo era muy juma y quería que yo fuera igual, ya me estaba cayendo mal, un día me pegó y me le perdí, me metí a trabajar en una sala de masajes, me aburrí porque llegaba mucho la ley y no pagaban ni un cinco, después aterricé aquí, estoy harta de andar como pelota, hay días que me levanto con ganas de envenenarme. Si ese tipo me escribe yo me jalo con él, aunque también hay que ponerse viva, pues una conocida se puso a cartearse con un gringo y carta va y carta viene y se la llevó rapidito, luego tuvo que venirse escondida porque le resultó drogado y la puso a trabajar y fuera de eso le daba garrote todos los días.

-No seas tan mal pensada chiquilla, después que una está allá, más pendeja si se deja, una se pierde, que para eso es un país bien grande, de todas maneras el que se va se arriesga a lo que sea, fijate toda esa gente que se pasa por Méjico, hacen lo que quieren con ellos, vieras que una sobrina de...

-Dejen las habladas para después muchachas, ese piso está muy cochino y esas cortinas se ven cafés del tierrero, además está entrando mucho cliente. Muévanse.

-Oílo, este negro nos tiene dominadas, ahora somos nosotras las esclavas.

-Ya, jalémole al respetico, a ustedes no se les puede dar la mano.

-Mentiras negrito, todo lo que digás, dame la llave para sacar el jabón, besito, mua mua.

-Después seguimos platicando.

*esperar y esperar es la gran solución*

Nunca llegó tarde, tal vez porque no dormía. Sólo el maldito día, cuando empezó a quebrársele la vida.

-Por qué llegás tarde? Pensé que te habías tomado el racumín, como ayer estabas tan obstinada.

-No me digás nada Ben, traigo sorpresa, me escribieron, tomá porque yo no entiendo ni papa y estoy que me muero de ganas de saber qué dice el gringo.

-Calmada, calmada, ¿cuánto me das por leértela?

-Apurate Ben, no seas malo.

-Silencio, escuchen: Dear friendly...

-Ah no, no vas a leer en inglés, tonto.

-Bueno, ta, ta, ta, lo que dice el macho es que el mes entrante viene a Costa Rica, y que quiere tener quien lo acompañe, que tus datos fueron interesting y que a vuelta de correo le enviés una fotografía de cuerpo entero y el teléfono donde pueda localizarte, aquí te manda la foto junto a su carro y avioneta.

-Sí, ya las ví, lo que más me gusta es el carro.

-Para ver. No está tan traqueteado el viejillo.

-Entonces qué, ¿le contestamos?

-Me la juego negro, yo te doy la foto, y le ponés el teléfono de la ñata, yo aquí no tengo a nadie de confianza.

-Y a mí, ¿no me llegó carta, te fijaste bien?

-Ben, esta noche te voy a pedir que me dejes salir temprano tengo el güila maliillo, vieras, lo dejé con un calenturón...

-Y si viene el patrón, ¿qué le digo?

-Pues la verdad, ojalá mi chichí siga bien, para mandarte mañana a la escuela, allá tienen enfermería y les dan la cornedera. Una muy tonta, esta mañana me recosté un ratillo, me puse a pensar en ese viejo del aviso, si de verdad viniera y nos llevara a mi chiquito y a mí, si pudiera dejar olvidado lo de la guerra y todo lo demás. Mi chiquito no tiene la culpa de mi perra vida, yo me hice de un hijo pensando que ese cabrón me iba a ayudar, pero cuando supo que estaba panzona, se jaló, así y todo mi chichí me dió la gran salvada para arreglar mis papeles.

-Machilla, ¿por qué tan callada?

-Yo aquí nomás, oyéndoles el bla, bla, bla, ustedes se creen que son las más jodidas. Mi abuela siempre decía "yo canto por no llorar", yo me vine del campo con toda mi familia, y como soy la mayor, me tocó meterme a trabajar en lo que fuera, tenía que ayudar a sostener todos esos güilas de escuela, los viejos ni saben en qué trabajo, les dije que en una fábrica de cigarrillos en el turno de la noche. Con ese olor a guaro y humo que se pega aquí, me toca enjabonar todos los días los chuicas. Ah, siempre estoy acordándome de las cogidas de café, lo bueno que pasábamos todos, pero mi tata se dejó lavar el coco, que para los muchachos era mejor la capital, yo fui la que pior llevó, ya no pude ni volver a la iglesia, ni a mi pueblo, me da pena. Yo no he pensado en casarme, pero si me resulta alguno con platilla, me salgo de esto.

-Ustedes están hoy como las de las telenovelas, empecemos a guardar, esta noche ha sido malona. Mañana será otro día.

*hace dos años y un día que vivo sin ...*

Escuchaba música. Leía el periódico. Se me acabó la tranquilidad cuando vinieron a buscarme y tuve que enseñarles las cartas que afortunadamente guardaba.

-Esta es la dirección, Bar Corniche, ¿señor Benjamín Clark?

-Ese soy yo, ¿qué se le ofrece?

-Ministerio de Gobernación y Policía, ¿podemos hablar?

-Claro, pasen, pasen.

-¿Cuánto hace que trabaja aquí?

-Bastante, siete, ocho años, ¿qué pasa conmigo?

-Las preguntas las hacemos nosotros. Mire bien esta foto, ¿conoció usted esta chica?, ¿qué relación tuvo con ella?

-Es mi amiga, ¿qué hizo?, por favor hablen. Ella trabajó aquí hace como dos años y se fué, ni siquiera se despidió.

-¿Por qué tenía su nombre y esta dirección en su bolso?

-Es que ella me escribía a veces, yo aquí le tengo guardada toda la correspondencia de ella, borradores de cartas, ¿quieren verlas?

-Dejanos ver algo, porque estás en la olla.

"Señorita....

Yo no esperar usted me conteste, yo salir pronto otro estado y no querer perder su correspondencia. Usted es muy linda y muy joven, yo poder hacer feliz y su familia. Yo comprar todo lo que quiera. Ver que es joven para estar en un país que no es el suyo. ¿Por qué? Para que comprendas mi nueva carta, yo escribir un poco de español, muy malo escribo pero me gusta. Envío pequeño obsequio y querer saber que gustar para llevar cuando viaje to Costa Rica.

Note. Escribir igual box."

- Estas son fotos, postales y borradores, vea esto.

"Señor....

Me da mucha pena que haya mandado dinero y que no le hubiera contestado, me siento feliz de que una persona que no me conoce se preocupe por mí. Yo estoy sola por mi voluntad, pero vivo donde una familia honorable, tampoco tengo problema para salir de este país. Su foto me gustó y parece que tiene menos años que los que dice que tiene. Yo sí quiero conocer otros países y ayudar a mi familia que es humilde, ellos viven todos en el país en que nació, el trabajo que hago me tiene obstinada porque es muy pesado y gano poco, ese es el motivo que hace que tenga ganas de irme y de cambiar mi vida, del regalo le diré que quiero muchas cosas pero me da pena decirle. Espero que venga pronto para conocerlo, puede escribirme a lista de correos porque es más fácil para recogerla, mi casa queda retirada. Aunque no lo crea, vivo sola, con mi soledad y no tengo novio. Lo espera pronto...

-Esto no quiere decir nada. Usted las escribía.

-Sí, yo las escribía a máquina y le ayudaba a redactar, pero nada más, aquí tengo también las del tipo con el que se fue. Véanlas.

“Señorita...

Hoy recibo su carta y tarjeta, muy feliz yo por su correspondencia, trato de arreglar mis negocios para viajar to Costa Rica, 2 July, vía Eastern vuelo 652. Yo querer ver tu cara aeropuerto, pero si no es posible me buscas Hotel King Size. Aunque dices no problema para salir de Costa Rica, debes adelantar documentos. Yo quiero traer para mí a mi regreso. Si puedes arregla salida y podemos hacerlo por tu país. Adjunto Money Order tus gastos. My telephone 212-8564897. Es una pena no poder llamar yo. Espero verte por mi llegada...

-No me convencés, necesito algo que nos dé pistas.

-Estas dos son muy personales, pero los autorizo para que las lean.

“Querido Negrito:

No creas que soy una ingrata, no me despedí de nadie, porque la salida me la consiguió ya sabes quién. Estoy en los Estados, pero casi no he conocido nada, no te mando mi dirección porque el viejo es muy celoso, estuvimos en mi tierra, y compré muchas cosas, cadenas, anillos, todo lo que yo quería, el roco no es tan del todo malo, me ha dado muchas cosas y me lo aguanto porque dice que le va a comprar una casa a mi mamá y a mis hermanas. Cuando estuve en mi pueblo, me encontré con aquel muchacho que te contaba, y es por el único que me hace el corazón tun, tun, ¿recuerdas?, él me escribe pero las cartas me llegan como si fueran de casa. Está ahora en Costa Rica, sacando papeles para venirse para acá, esto sólo a vos te lo cuento. El roco tiene billetes hasta para botar, lo único que me pone mal es que cuando se emborracha me pone a hacer cochinas y es mentira que es divorcidado, tiene su roca y también hijos grandes, vieras qué hijos, ellos ya me conocen y el viejo se enoja cuando ellos llegan. Luego te escribo y te cuento más cosas, saludes a las muchachas, creo que estoy contenta. Tu amiga.”

-Ahora lea ésta, fue lo último que supe de ella y hace bastante tiempo.

“Querido Negrito:

Ya hace más de un año que me vine, no te había vuelto a escribir porque no había nada nuevo para contarte. Hoy me siento aburrida, muy sensible, como vos decías, me gusta esa palabra, es como si me volviera de algodón de azúcar, de ese que venden en los

circos. Como vos sos el único amigo que tengo, te escribo para contarte mis tristezas, creo que estoy tomando mucho, más cuando estoy sola, aunque siempre sigo estando sola por dentro, se le ha complicado mucho la venida a mi cipotillo, porque ahora le dicen que allá no le pueden dar visa y mojado le da miedo. El viejo no se ha muerto ni le ha comprado la casa a mi mamá, ya estoy harta, no me deja salir sola. Estoy planeando salirme y perderme con unos cuantos billetes verdes y volver allá, y como ya soy mayor de edad no pasa nada. Si todo sale bien allá te llego. Saludes a todas. Tu amiga la Calandria."

-Como ven, yo no sé nada, yo no he tenido nunca problemas con la ley. De la chiquilla no volví a saber nada, hasta hoy que me dicen ustedes que apareció muerta en un hotel de una playa de aquí. Yo ni sabía que había vuelto, pobrecilla.

-Y las otras muchachas, ¿saben algo?

-Creo que lo mismo que yo, o sea, nada. La Macha tiene ahora un restaurante chino en el puerto, al marido lo sacaron del país, porque con el pasaporte metió como a diez chinos. La Gordita todavía trabaja aquí, está esperando al que vino a pasar un fin de semana con ella y quedó de volver.

-Qué historias. Están como para escribir un libro. Si te necesitamos volvemos.

-¿Quieren llevarse las cartas?

-No negro, son tuyas.

por el camino verde, camino verde... partió su vida



# MARIA MONTERO

## Autorretrato para ella



*"El impudor de la memoria...  
quiero olvidar...quiero olvidar-  
lo todo... y quiero ser olvida-  
do..., es preciso".*

Hermann Broch

Te veo mirando las luces con un libro en la mano, uno que todavía no puedes leer.

Tomas decisiones y entonces recoges papelitos del suelo y mordisqueas una fruta madura que te da tu papá.

Mientras perseguías a las palomas y disfrutabas de esa tarde en la Plaza te explicaban el mundo y tú casi cantabas. No te importaban las evidencias.

Luego, cuando oscurece, te devuelves de pie en el autobús, modulando tus intenciones a gritos, pues poco a poco te han acostumbrado a estar atada a la tierra del idioma, de la forma, de la intención precisa y geográfica.

Todo pudo ser pero lo sabes hasta ahora. Y lo deseas tardíamente. Siempre se elige un solo rumbo, y es entonces cuando piensas que no importa, que de todas formas el vestido con lazo que arrastras por el suelo fue sólo cuestión de suerte, que tus ojos miraron porque sí ciertas luces y no otras, y que desde hace tiempo respiras un aire de litoral y montañas, pues te llevaron allí como un regalo encantador. Pero la verdad es que te regalaron a este sitio tan maravilloso, para que él te acomodara entre sus grietas.

Por supuesto que nadie quiso ofenderte o asustarte, pues el propósito no te involucraba, y si te tomaron en cuenta fue porque eras la referencia más a la vista de una vida distinta. Un cambio de vida que se imponía a otros: a tus padres, que ya no podían quedarse donde estaban.

Al comienzo, las avenidas y la inmensidad de la ciudad ofrecían la seguridad de respirar abiertamente con ambos pulmones, sin tener el presentimiento de que al bajar la mirada estaría frente a ti un rostro conocido, y por ende una deuda, un compromiso postergado, y hasta una aventura amorosa.

En las grandes ciudades a las calles las separan ríos y monumentos. También a las gentes, que buscan su identidad en esas piedras. Sería casi una ironía de la vida que los conocidos se encontraran casualmente entre piedras tan históricas y distantes.

Y eso era muy importante al principio, porque ninguno de los dos quería reencontrarse con los rasgos de América, no de América Central; ya fuera por el estudio y los postgrados o doctorados. Ya fuera por los amigos que se habían quedado resolviendo diminutivos. Ya fuera por nada, pues la oportunidad había surgido sin buscarla y el irse a Europa, aun tan gratuitamente, era simplemente una señal de progreso.

Pero había que regresar. Ya eran tres. Una familia que regresaba para quedarse.

-¡Oh! ¡*Ma petite!* Cuando seas grande serás una gran mujer, yo lo sé - mamá me acariciaba la cabeza sin mirarme - serás buena... todos van a quererte-. Ella había volteado la cabeza y yo adivinaba su mirada en la oscuridad. -Ahora debes hacerme caso, así que trata de dormir, vamos, cierra los ojos.

Cierra los ojos hasta que la vida te entre por la boca de la muerte.

No lo sabes, pero sabrás que esta Plaza a la que vienes todos los domingos va a aburrirte. Que te cansarás de la lentitud de los espacios conocidos, cómodos, de la altura de los faroles redondos

que despiden una luz muy amarilla, de la altura de los adoquines, de la altura de las colillas de cigarro, de la altura de las banderas y los letreros luminosos... del Valle sin fondo, y hasta de ti misma, pues sólo puedes mirarte en los espejos, mientras la vida te conduce irremediamente a los extremos del espacio. A eso que llaman la realidad, donde no te encuentras sino en fragmentos. Arriba y abajo cuando tú estás al centro, desde donde todo te parece aún más lento y pesado, sin esquinas o bordes perfectos para mirarse tan siquiera un ojo tal y como es. -¡Tan poco!, y piensas: tanto como eso...

Pero aún no te has cansado y eso te hace ser tan niña como cualquiera.

Es domingo y te veo en la Plaza: persigues palomas, recoges papelitos, mordisqueas una fruta madura.

Aún tienes tiempo para olvidar.





# MIA GALLEGOS

## La muerte de Helena



La casa es blanca y las columnas recuerdan un templo incólume y milenario.

Llego hasta la escalera, caminando despacio. Ponderada. Me he vuelto ponderada de tanto buscar la lucidez y el asombro.

Sentados en el umbral están dos hombres. Uno es Or y el otro es un tibio y dulce desconocido, cuyos ojos y los míos hacen contacto de inmediato.

Or me mira, midiendo cada uno de mis gestos, pero yo, a fuerza de tanto desamor, repelo a quien no me gusta.

Le contesto: estoy bien.

Lo sé, me dice. Sé que eres una mujer buena.

Pero para recuperar todo lo perdido, no basta tu bondad. No basta. Nunca será bastante. Nunca.

El tibio desconocido se me acerca y me dice: la bondad es un camino y una conquista. Pero escoge otra arena. Atrévete a subir.

Sigo mi camino, voy descalza, como hacían las vestales en los rituales iniciáticos. Cada peldaño es como una respiración. En el segundo nivel de la escalera, encuentro a una mujer sentada en el rellano. Me muestra dos cartas; y me dice que el hombre que necesito no vendrá. Debo subir más, me dice, hasta el tercer piso. Sube tú y no esperes a nadie. En la otra carta me muestra a una mujer asomada por un balcón. Tiene a la par dos niñas. Arriba lleva una leyenda: la dañada.

Usted es la dañada, pero no se preocupe pues Helena va a morir.

Al oír sus palabras quedo en silencio. ¿Helena? Siento frío. ¿Helena? ¿Cuántos años han pasado? ¿Cuánto he perdido en esta guerra? A mí en estos años nadie me amó. Nadie. ¿Será que se va a terminar esta tragedia?

Continúo mi ascenso, casi desnuda, sintiendo en la planta de los pies la calidez de la madera. Llego a una sala amplia en donde venden incienso. Miro a mi alrededor pero no conozco a nadie. Encuentro en un estante unas sandalias blancas y pienso que debo comprarlas. Pero sé que no resistirán el peso de todo lo que llevo.

Entonces empiezo a sentir frío. Frío. Dentro de mí ha muerto ella. ¿Cuántas muertes precisan para llegar a la cumbre y mirar? Mientras me pierdo dentro de mis pensamientos el desconocido me abraza y empieza a caminar conmigo.

¿Conoces la plenitud?, me pregunta.

No lo sé. He alcanzado ciertos estados. Pero no sé si este estado de la conciencia es el amor. El amor que busco es el de la unidad, el de la armonía y el gozo. Ese que se cumple cuando un hombre y una mujer pueden mirarse por completo.

¿Has visto que descendimos?

No sentí las gradas, le digo. Me siento arriba todavía.

Sí, me dice, es porque ha muerto Helena.

# ROSIBEL MORERA

## La isla



Amanecía. Abel, el Rey, caminó una vez más hacia el balcón. A lo lejos, a su extrema derecha, las aves mortuorias se cernían también sobre el reino de Caín, con quien había hablado anoche por primera vez.

Perdidos ya los límites, que no eran otros ahora que un diámetro imaginario, entremezclados los reinos y las casuchillas desteñidas de madera y palma, los buitres negros planeaban sobre ambas ciudades que se extendían en gradiente cubriendo, como un solo animal grisáceo, toda la isla. Al final, a su izquierda, un peñón único, un cono verde, se levantaba enhiesto con los últimos árboles que había podido rescatar a la voracidad de los pobladores; el último verde temeroso que se elevaba hacia el cielo celeste y contra el mar.

Había mascullado su entrevista con Caín toda la noche, sin dormir, esperando el amanecer que apenas subía con el sol extrañamente rojo y los bordes de la aurora extrañamente negros de nubes y de buitres convocados anoche por ellos dos. Allí estaban,

obedientes, viniendo en bandada sobre la Isla, confundidos con los jirones oscuros de la aurora. Pronto empezaría la matanza.

El era un *sobreviviente*. Así llamaba el pueblo a los que logran vivir tanto. Ciento veinticinco años atrás, cuando apenas tenía nueve, eran escasos los techos de palma que podía contar desde allí. Pero su padre había empezado la guerra de poblaciones contra los cainitas, la guerra de la reproducción, y éstos habían respondido en igual forma: Las mujeres parieron aquí y allá año tras año, y sus hijas y las hijas de sus hijas también, año tras año, y desde hacía diez no había sitio para sembrar, allí, donde los abelinos; ni para pastorear ni cazar, allá, donde los cainitas; ni madera, ni piedra ni palma para construir más casas. Los territorios libres se acabaron y el hambre tomó toda la Isla. Entonces Abel se vio en la obligación de llamar y conversar con su enemigo.

Caín había entrado con su manto de pieles y su enorme estatura, el pelo y la barba entre negros y grises enmarcándole, como a un zorro, sus ojos terribles. El rostro de los comedores de carne, pensó Abel, porque así se lo habría dicho su padre, al oído, de estar allí.

-Padre, ¿cómo son los cainitas?-había preguntado más de una vez-. Son malos, matan para comer, matan siempre -había respondido Abel, su padre-. Hace mucho, mucho tiempo, querido, -le contó Abel, su abuelo-, el primer Caín golpeó al primer Abel con una quijada de burro, y luego lo dejó sobre una roca para que se lo llevaran los buitres. Desde entonces nuestros pueblos son enemigos.

Abuelo y padre le explicaron que los cainitas eran grandes y fuertes, cubiertos con la piel de los animales que mataban, de colmillos largos y filosos como los del lobo, hechos para rasgar, para romper la carne que comían. Y entonces él, abelino pequeño, se tocaba sus dientes y comprobaba que eran planos y lisos porque comían verduras, cocos y frutas.

Y por fin esta noche los había conocido. Se habían parado frente a frente, sin rozarse, sin ninguna señal de amistad ni cortesía entre ellos. Caín se hizo acompañar por una de sus hijas y Abel por uno de sus hijos.

Un olor a curtiembre, a cuero de animal puesto a secar, recrudció en la habitación cuando entraron los cainitas. Era el mismo olor que ocho años atrás entró por la ventana el día que alguien por primera vez asesinó a una mujer para comérsela. Era el mismo olor que ahora impregnaba toda la Isla. Antes de eso la brisa traía aromas de perfume porque las hierbas entre los abelinos constituían su poder y su secreto.

Por eso habían conversado. Allí, en aquel salón desde donde, rota el alba, veían ahora la bandada convocada por ellos cernirse sobre la ciudad. Con dos de sus hijos como testigos, sentados a un metro escaso de las paredes, unos frente a otros, sobre cojines de algodón sin tintura, porque las hierbas para teñir hacía mucho que habían desaparecido, habían recordado la historia de la Isla, y se habían referido uno al otro, parcamente, los acontecimientos mayores. Los hijos escucharon las verdades que algún día heredarían: Que los reyes tienen poder sobre el destino de sus pueblos exactamente como si los pueblos les pertenecieran. Y que lo único que quedaba por hacer era ordenar una matanza. Al menos, de la mitad de la población. Y salar para guardar, mientras se renovaban las siembras, la carne de los muertos que se pudiera, y lo demás, al mar. Que había que demoler las casas de los alrededores, dijeron, y ampliar terrenos desde la periferia. Guardar la madera y la caña así obtenida bajo techo, para futuras reparaciones. Después sembrar. Comida y árboles. Y ordenar la limpieza del río de la basura y del río que lleva el agua a las poblaciones. Y ordenaron y planificaron, y por último proyectaron futuras reuniones. Porque podían ser enemigos, dos reyes y dos pueblos, pero algunas cosas, como el hambre y los ríos, tenían que ver con toda la Isla.

Vivió en palacio siempre con sus trescientos hermanos. De niños jugaban con pelotas de algodón y de palma en festivales que duraban varios días. Entonces aún se sembraban los amplios valles y las colinas casi hasta la orilla del mar, y la orden divina que se cumplía era procrear, porque aún se buscaba poblar la Isla y tener más soldados y más sembradores que los cainitas que habitaban Occidente.

Oponiéndose a la Iglesia, y entre sus primeros mandatos, él había eliminado las festividades en las que las mujeres pedían a los dioses quedar embarazadas y donde se les permitía ser tomadas hasta por cinco hombres para garantizar la preñez. Pero había sido demasiado tarde. Desde que recordaba, la población se había duplicado, y otra vez duplicado. Los cainitas, por su parte, temerosos de disponer de menos soldados, también habían hecho parir con embrujos a sus mujeres año tras año. Y Caín, el Rey, no había querido frenar los nacimientos porque temía a los dioses.

Desde hacía diez años la Isla reventaba. Reventaba de basura, de ríos secos y de tierra arrasada. Nada producía, ni el ganado de Caín, ni los sembradíos de Abel, porque la sequía no produce. El Agua es la Madre, enseñaron siempre las Nodrizas; las aguas son las Madres, enseñaron siempre las parteras que traían a los niños entre charcos de agua y sangre.

Si fuesen dioses, Caín y Abel habrían ordenado enfermedades y pestes para diezmar la población de la Isla, de aquella redondez que flotaba solitaria y aislada en aquella inmensidad celeste. Pero eran hombres, y sólo podían ordenar una matanza. Ni siquiera una guerra. Porque las guerras sólo se llevan a los más jóvenes. Una matanza. Y eso habían ordenado.

Abel se alejó de la ventana. La aurora, negra y maloliente, se levantaba despaciosa sobre los techos de palma.

Demetrio el Consolador, el que alguna vez aconsejó al rey Abel cuando éste aún no lo era, cuando era apenas un cuarentón temeroso de morir como todos los que descubren sus primera canas y sus primeras arrugas en los espejos del agua; como todos los que ven morir a sus padres, envejecido irremediamente lo que alguna vez fue fuerte y hermoso; como todo el que envejece por primera vez; Demetrio el Consolador se asomó al boquerón de su cueva para contemplar el alba. Abajo, la ciudad planeada de buitres. Se horrorizó. La muerte amenazaba toda la Isla. Nerviosamente buscó un refajo de hojillas verdes atado a su cintura y las mascó de prisa. La hendija abierta en su cabeza por el temor, se cerró de golpe. Miró de nuevo. Oscuro el cielo. Como si la noche se hubiese detenido. Dominó el miedo. Un consolador profesional como él no debía permitir que el temor más viejo de los hombres, el temor al *hacia dónde los llevaban los buitres*, lo invadiera.

Tragó la saliva verde. Su viejo maestro le había enseñado que un buen profesional permanece impassible, sentado en su silla, con la cara fija, sin reír o entristecerse por las historias que le cuentan, hasta convertirse en un espejo plano, donde el enfermo hablador ve rebotar una a una sus quejas.

Se dijo que una bandada tan grande podría llegar fácilmente hasta su cueva. Pidió ayuda a su mujer y juntos corrieron el grueso tablón de la entrada. Adentro contó las velas y la comida, y supo, contándolas, que en dos semanas a lo sumo entrarían allí los buitres.

Abel el Rey miró de nuevo hacia su izquierda. En el peñón del sur la cueva de Demetrio el Consolador permanecía cerrada. Recordó las dieciséis veces que lo visitó. Tenía entonces treinta y nueve años y su padre, cinco de estar en cama. Durante tres meses, noche a noche, hacía guardia para espantar personalmente a los buitres que en la madrugada, cuando su padre volvía del mundo de los sueños y la luna se ocultaba en el horizonte como una barcaza blanca que lo hubiese llevado y traído, dos aves mortuorias intentaban llevárselo. Cuando por fin se lo llevaron, ya él había aprendido a dominar el miedo.

-Yo puedo hablarte de un dios -había dicho Demetrio para consolarlo-, pero no es a mí a quien corresponde hacerlo. Llama a alguno de los fundadores religiosos, aún quedan algunos vivos en la Isla. Yo sólo puedo decirte que los buitres están allí, y que no, no los imaginas. Que ser llevados por ellos es la condición del hombre. A lo sumo puedo aconsejarte lo que nuestros padres: que no haya carne en tu mesa para que el olor de la mortandad no los atraiga. Que tus ventanas permitan el aire puro y que subas y bajas montañas, porque los cuerpos fuertes parecen alejarlos. Pero nunca podrás evitarlos del todo. Sólo retrasar la fecha.

Cuando Abel fue Rey, envió por Yumi, el creador de la religión más difundida. Predícame, le dijo.

-Yo enseño poco, señor, le dijo. Yo enseño que los buitres llevan los hombres a otra isla no muy lejos de aquí.

-No existen otras islas, Yumi -respondió él-. Nuestros padres y nosotros mismos lo hemos investigado. Hay sólo mar e inmensidad rodeándonos. Nuestra Isla flota sola. No hay otro lugar adonde irse.

-A mí me fue revelado -dijo Yumi.

-No mientas -dijo el Rey-. A mí me puedes decir la verdad.

-Me fue revelado, señor. Es lo que debo decir a los hombres y tú eres hombre.

-Te mandaré azotar.

-Agradecerás que yo esté dispuesto a morir por esta verdad.

Abel lo mandó colgar en un madero hasta que se lo llevaron los buitres.

Conticú fue más sincero con él. Con diez azotes le confesó que, viendo las ricas ofrendas que los pobladores llevaban a Yumi, había decidido inventarse su propia fábula. Los niños que nacían en la Isla eran los mismos hombres que habían muerto en ella. Los buitres llevaban a los difuntos al mundo de los sueños para que desde allí pudieran ingresar en los vientres de las mujeres de nuevo.

-Te lo has, pues, inventado.

-No lo sé, señor. Es lo que se me ha ocurrido comiendo cumi-cumi y ayunando.

-No te lo han dicho, pues, los dioses.

-No lo sé, señor. He buscado una idea para predicar como el Yumi, y esa es la que he encontrado.

-Y estás dispuesto a morir por ella...

-No, señor. Si quieres que diga otra cosa, la diré. Pero te recuerdo tus dieciséis conversaciones con Demetrio el Consolador. Ni los reyes están exentos del temor a la muerte. ¿Qué mal hago yo, entonces, viviendo bien y confortando a los hombres?

-A mí no me has confortado. Vete de aquí antes de que te mande colgar.

Se alejó de la ventana. La aurora no avanzaba, porque los buitres, recortados como jirones, obligaban la noche.

El olor de Caín aún permeaba la habitación. No era más que el olor creciente de la ciudad desde hacía diez años. Olor a muerte diaria. Olor a la mesa de todos que desde hace ocho años sirve carne humana. Nadie dice de dónde proviene. Nadie pregunta. Cada casa tiene su proveedor, cada cocina. Hace dos semanas llegó carne por primera vez a la mesa del Rey, y desde hace dos semanas el Rey no come.

Volvió la espalda. La voz del relator se escuchó en el pasillo. Había empezado temprano. Se asomó a la puerta. Dos de sus hijos, recién levantados, lo oían atentos, tirados sobre almohadones.

-No es hora de cuentos -casi gritó a los niños-. Vamos, vuelvan a su habitación. Vamos, vamos. Y tú, apaga tu boca, no quiero ni un solo ruido cerca de mí. Descansa por hoy. Cállate. Descansa.

El relator cerró la boca. Le dolían las mandíbulas y tenía rasposa la garganta. Los niños de palacio lo obligaban a hablar todo el día, y ahora, con el hambre...

Hablar, decir, imaginar historias, siempre las mismas con otros nombres, gesticulando hoy más que ayer, para que nadie se aburra. La suya era una voz que a veces nadie atendía, pero que nadie quería estar sin escuchar, como un murmullo que se les hubiese hecho necesario, perenne y sordo. Miedo al vacío que es el silencio. Miedo a pensar a solas, quizá. O miedo a conversar. Y así pasaba horas enteras hablando para nadie en especial, siendo un sonido de fondo, como el río contra las grandes piedras, o como el mar.

El relator se sentó en el suelo, recostó la cabeza contra la pared y cerró los ojos. La voz que inventaba los cuentos siguió hablando, pero ahora sólo para él. Le dijo lo que quería escuchar. Que era afortunado de contar cuentos en el palacio y no afuera, en el poblado. No porque los relatores no ganasen bien, incluso ahora, cuando las historias favoritas eran los mismos sucesos que se suscitaban en la Isla, tantas muertes crueles e injustas, como si una ira terrible se hubiese apoderado de todos. Recordó los tiempos en que las historias por contar eran fáciles, calmas, siempre heroicas, porque en las escuelas de relatores les enseñaban que un cuento debe formar a los pobladores y sobre todo a los jóvenes. Y les daban una lista de héroes donde escoger, que era como decir una lista de virtudes. El valor, la paciencia, el amor filial. En ese tiempo las historias favoritas eran las historias de amor. Las peripecias de los enamorados para

encontrarse. ¡Eran tan bien remunerados los relatores! La gente pagaba generosamente en las plazas por escuchar. Los más ricos tenían relatores en sus casas. Y el Rey, varios. Entre ellos él, desde hacía quince años. El, el mejor. Ahora había que contar historias vulgares y violentas, y los héroes no eran criaturas nobles que invitaban a ser imitados. Ahora los relatores debían gesticular afanosamente y narrar hechos sangrientos. Eso era lo que todos querían escuchar. Algunos relatores se sangraban a sí mismos, y a la vista de la sangre el público gritaba feliz, iracundo, enardecido. En los últimos años bastaba con repetir lo ocurrido el día anterior o en la noche. Quiénes habían sido asesinados y cómo. Qué mujeres y qué niñas o niños habían sido violados. Porque la mayoría de las mujeres se negaba al lecho. Eso decían algunos. Otros explicaban que la carne los tenía a todos violentos. Que habían aprendido a matar y ahora nadie lograba detenerse. Pero cómo no comer, y came de hombre que fuera, si los dolores de vientre vacío eran al cabo de dos días insoportables. Pero lo peor eran las bandas de jovencuelos. Al caer la tarde se levantaban de su larga sesión de relatos, y alta la noche, o alta la mañana, recorrían el pueblo y se dedicaban a robar, violar y asesinar. Competían en crueldad como otrora compitieron en virtudes. Los buitres en lo alto los seguían, seguros de la carroña que dejarían a su paso. Gozaban el placer de convocarlos a su antojo. Era ese poder el que los embriagaba.

Se puso de pie. Sería mejor irse a su habitación. El Rey había ordenado silencio para todo el día.

-Espera -dijo el Rey-, quiero hablarte.

-Ordene usted, señor.

-No quiero ninguna de tus historias. Háblame sobre lo que se dice en la Isla. Dime qué ha pasado.

-¿Noticias, señor?

-Recuérdame lo que hay y lo que somos.

-A las mujeres paridas se les secaron los pechos. A las vacas también. Siguen secas las aguas de los ríos. Las nubes de lluvia pasan y no se detienen a desaguar sobre la Isla. Algunos dicen que porque los árboles preñaban las nubes y que el peñón verde que queda no alcanza. Aunque hay muchos que dicen que, aparte de material para construir, los árboles no sirven para nada. Las mujeres seguidoras de Conticú, el que cree que la preñez llega en los sueños, no quieren dormir por temor a quedar embarazadas. Se pasean en las noches por la playa, mojándose los pies para mantenerse despiertas. Las que saben que es el lecho del varón el que las embaraza, duermen solas. Las escuelas permanecen cerradas. Hay piedra tiza pero no palma para dibujar o para escribir. La memoria de las cosas de

colores se ha perdido. No hay flores. Ni mariposas. Ni tintura de colores para dibujarlas sobre las paredes o sobre los pergaminos de palma. Hace mucho nos abandonó el amor. Nadie se ama. Sólo sobrevivir y comer cuenta. El más fuerte mata al más débil. El padre joven mata y come al hijo niño, y el hijo joven mata y come al padre viejo. Todos temen dormir porque el que vela al lado es su potencial asesino. El montículo de la basura cubre por el Norte la vista al mar. Las medidas de arrojar la basura al mar dieron medianos resultados, porque se afectó la pesca. Los buitres del hambre son muchos más este año. Las filas para recoger agua llegaban ayer hasta el Roble Seco. El río de la suciedad no corre y su cañón se ha convertido en un nuevo basurero porque seco el río, ya no la lleva al mar. El río limpio también está seco. La mitad de los pobladores viven y duermen a cielo abierto. La mayoría se queja porque su majestad sigue sin querer talar el pequeño bosque del peñón. Se quejan porque no tienen otra cosa para construir, y los buitres, así al descampado, se los llevan más fácilmente. Otros, por el contrario, están de acuerdo y opinan que se deberían sembrar árboles a la orilla de los dos ríos porque han comprobado múltiples veces que un poco de agua se seca más fácilmente al sol que a la sombra. Pero ahora es inútil sembrar, porque no hay lluvia. Ayer fue visto...

-Está bien. Vete a tu cuarto.

El relator se apuró a retirarse. El Rey estaba hoy preocupado por algo distinto, pensó. Algo más serio que la tragedia diaria. Se deslizó por los corredores oscuros. No había leña ni algodón ni oro negro para encender luces. Se encerró en su habitación. El fantasma de su madre permanecía sentado sobre su lecho, exactamente en la posición en que lo había dejado al salir. Se acostó en un extremo de la cama para no molestarlo.

-No tienes que fingir conmigo -le dijo su madre-. Sé lo que te sucede. Tus historias ya no entretienen. Terminarás loco, como tu padre. El morirá hoy -anunció el fantasma de su madre-. Ha ido al cúmulo de basura en busca de los buitres.

El relator no se movió. Su padre estaba loco desde hacía seis años. Estaría mejor donde fuera que lo llevaran los buitres. Menos allí donde ya no había lugar para la poesía. ¡Su padre! El poeta. El cantor del que la leyenda decía que una vez, a pura voz, había hecho volar un pájaro de arcilla. Tenía doce años. Desde entonces el pueblo lo escuchaba en las plazas. Una vez sola había cantado ante el Rey. Y se dice que esparció tres perfumes distintos en la habitación con sólo describir las montañas y los riachuelos que por entonces existían. El Rey no quiso nombrarlo su relator para no quitarle al pueblo su poesía. A los cincuenta enloqueció. Cuando se se-

caron los ríos, y fueron amarillas y no azules ni verdes las montañas, y ya no fueron los árboles, y ya no tuvo qué cantar ni qué decir porque había muerto toda belleza, lo que nombraba ya no tenía poder porque las cosas que decía ya no eran. Entonces no durmió más y se sentó en las noches sobre una roca a cantarle a la luna. Sus gemidos estremecían la Isla, como si el viento y la brisa se apuraran a llevar sus quejas. Y es que desde muy joven dejó de tener sólo su alma y tuvo el alma de todos. Parte del placer de las multitudes había sido escuchar de él sus propios pensamientos cuando nombraba las cosas del cuerpo o los sucesos del alma. A veces se le iba el día en nombrar: monte, isla, caracol, palma. Hasta que enloqueció, y se fue a vivir, un día sí y un día no, entre los basureros.

El fantasma de su madre mostró al loco. El relator se sentó en la manta y miró. Su padre subía desnudo la montaña de desperdicios. Su cuerpo extremadamente flaco, mustio, la pancilla inflada de podredumbre, los escasos pelos grises cayéndole en una débil mata sobre la nuca y desde la barba. El relator sintió sus ojos llenarse de lágrimas. Los comedores de basura lo miraban subir desnudo al enorme botadero. El loco estaba diferente hoy, parecían decir con sus posturas inmóviles. Porque acaso el amanecer que bordeaba oscuro sin amanecer del todo, aquella convocatoria de buitres, fuera por eso. Y es que... acaso era por su muerte, que parecía haber venido a buscar. Y es que... los poetas cuando mueren hacen venir cortejos. Y es que... acaso son como los santos, y todo se conmueve cuando se van... Y es que... Llegaban hasta el relator los pensamientos de los moradores de la basura por el canal neblinoso de su madre. En la cúspide del montículo gigantesco, el viejo poeta loco se acostó boca arriba. Después pareció arrepentirse. No. Se revolcaba. Se le pegaba al cuerpo aquella última basura pobre y esmirriada que lanzaban, casi nada, casi poco, los pobladores. De nuevo volvió a su posición boca arriba, con los brazos abiertos. El relator vio el primer buitre desprenderse de la bandada y caer vertical sobre su corazón. Se tapó la boca. De los ojos, como una lágrima, se le escapó el grito.

El Rey se quedó solo. El relator se había ido. Aún temblaban en el aireapestoso las razones invocadas por él para justificar la matanza. Aún no acababa de reventar el alba.

Recordó cómo había mirado a Caín al entrar, y cómo lo había mirado él. Como dos enemigos a quienes las circunstancias obligan a hacer un alto en un odio que ya casi no era tal, así de frío vuelve al odio la costumbre. Lo contrario del amor, se dijo, al que la compa-

ña vuelve más hambriento de caricias y miradas, y más se hacen uno al otro necesarios los amantes conforme pasa el tiempo.

Caín había mirado fríamente a Abel. Estudiándolo. Era fuerte, sí, y no un debilucho afeminado lampiño como describían a los abelinos su padre y su abuelo. Era más bien hermoso. El cabello y la barba limpia y suave y, a pesar de las circunstancias, perfumada. Ciertamente no parecía terrible. En eso habían razón. Pero sí fuerte.

La hija de Caín semejava una joven y hermosa loba. El hijo de Abel un joven macho cabrío... o acaso un joven y hermoso halcón... o un árbol de neva-neva... o...

-Siéntate allí -gruñó su padre, y ella se sentó donde dijo, cortada en sus pensamientos.

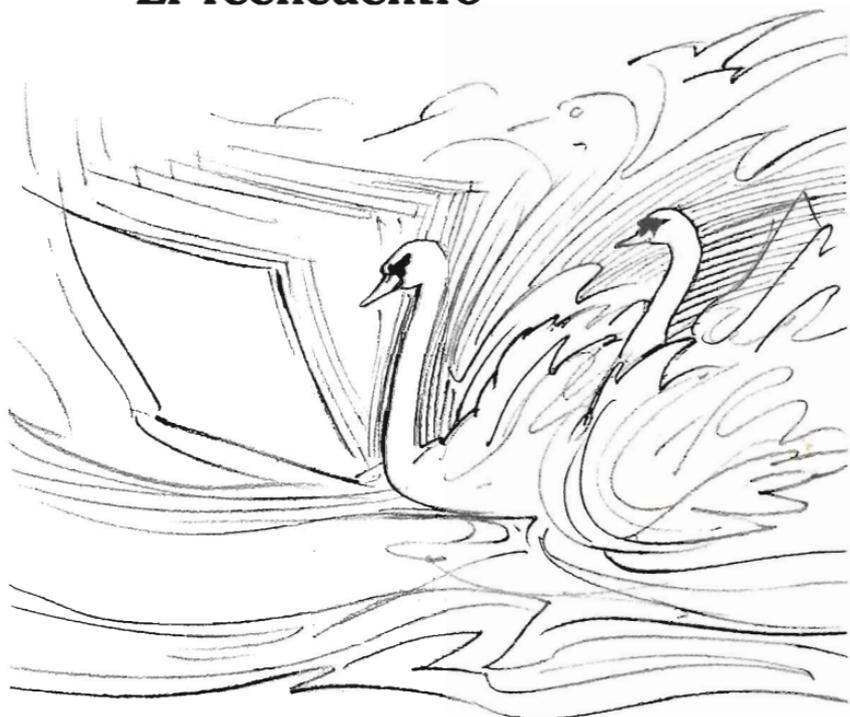
Abel el joven se sentó en el extremo opuesto, fijo, mudo. Ella quedó a su altura, enfrente. Después empezó la conversación, y al final, pálidos y sombríos, Caín y Abel acordaron para el amanecer ordenar a sus generales la matanza. Pasada la medianoche, ya la luna baja, Caín y su hija abandonaron el palacio. Abel hizo llamar a sus generales. Después la noche siguió, lenta, negra, y ahora no acababa de empezar la mañana.

Abel se levantó una vez más en busca de la aurora y se asomó a la ventana. La bandada negra había descendido, al fin, sobre la ciudad, y cubría como un manto de ceniza toda la Isla.

Arriba el cielo, al fin, se había puesto blanco, rosa y blanco. Se tapó los oídos para no escuchar. Abajo, había empezado la matanza.

# AMALIA SOLLET

## El reencuentro\*



Aquella tarde, como todas, Amelic descendió las escaleras. Tanto subir y bajar, había hecho que cada peldaño adquiriera su propia personalidad y un raro encanto.

Cada vez que hacía este viaje, Amelic se excitaba profundamente.

Despaciosamente, se tendía sobre un mullido y descolorido sofá, no sin antes perfumar el cuarto con incienso de abedules. De nuevo, sus manos acariciaban las páginas amarillas y viejas de su libro preferido. ¡Cuánto amaba este vejestorio!

*¡Y cómo no amarlo, me lo regaló mi padre. Y antes había pertenecido a su abuelo y más antes había sido de su tatarabuelo! Y su primer dueño, ¿quién fue?*

---

\* Este cuento recibió el premio que otorga la Fundación Givré de Buenos Aires, en 1987.

*Tengo que encontrar la respuesta...*

Rápidamente, devolvió las páginas. Un pétalo de una rosa se deshizo en el aire. Ahí estaban, a la orilla del lago, contemplando los cisnes blancos. Sus rostros parecían labrados en mármol. Apenas una tenue sonrisa cruzaba sus labios. Los llamó, pero permanecieron impávidos.

*¿Qué haré, debo acercarme?*

Sin pensarlo, dio una vuelta en el aire y una nube de hojas doradas cubrió de mariposas el lago. Y no se movieron. Sus pies se deslizaban hasta las raíces de los árboles.

*Están atados al tiempo. Ahora recuerdo, mi padre me hablaba de sus antepasados con mucho orgullo. Vivieron al final del siglo 01, cuando aún la paz no sabía de las guerras.*

De pronto, sus ojos se paralizaron. Escondido en una raída bolsa de terciopelo azul, había un pequeño bastón de plata.

*Sí, esto debe ser. Mi padre me hablaba de un objeto brillante y con un resplandor parecido al de la luna, que transmitía el conocimiento de la verdad a quien lo poseyera.*

Al sacarlo, el aire se partió en diminutas alas transparentes.

*¡Oh, qué viaje más largo, apenas si puedo mantenerme en pie!*

Había caminado todos los soles y su piel reflejaba la dorada quietud de los otoños.

*¿Cuántos caminos más tengo que recorrer?*

Un remolino de palomas cruzó el horizonte.

Rápidamente, se llevó sus manos al cuello y acarició el bastón.

Siguió arrastrando sus pies.

El polvoriento camino parecía no tener fin. Miró a la derecha y alcanzó a ver un riachuelo rodeado de rosas rojas. Una piedra ovalada le sirvió de asiento.

*¡Este cansancio de siglos no lo soporto. Es como si mi alma cargara los cuerpos de todos los viajeros!*

Inclinóse para beber un poco de agua. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no tenía el bastón. Un grito milenario deshizo todas las rosas y el agua se fragmentó en espejos opacos.

Miró hacia el poniente. Una paloma de plata se balanceaba sobre el sol. Apoyó sus manos sobre la piedra y, por primera vez, sintió frío. Lentamente, se incorporó. Volteó la cabeza y sus ojos se encontraron con la mirada interrogante de un anciano vestido con una túnica blanca y con un bastón de plata en su mano izquierda. Sus ojos se humedecieron. El anciano la tomó de la mano y reanudaron el viaje.

El aire parecía diferente este día. Tenía un olor a abedules recién cortados y hasta podía vérsese su color: un azul que se confundía con las voces de los caminantes que se alejaban.

Amelic compartió su comida con El Maestro. Un resplandor salió de su cuerpo. Por un momento, ella se desvaneció. Cuando recobró el aliento, sintió algo pesado sobre su cuello. Tres bastoncitos de plata colgaban de un collar dorado.

Tomó un poco de agua y con el resto refrescó sus pies.

La tierra se había enrojecido. Una fosforescencia amarillada emergía de todos los espacios.

Un puente, que llegaba hasta los ojos de la luna, atravesaba el camino. Lo cruzó. Se tardó mil años.

*Mis ancestros fueron felices, no conocieron el dolor. Vivieron en armonía con el Universo.*

De pronto, una luz iridiscente le cerró los ojos. Sintió como si le arrancaran la cabeza. Una voz profunda resonó en todos los lugares.

*¡Es él, es él!*

Y echóse a correr sin detenerse. Sus pies formaban surcos de sangre en el camino. Una bandada de pájaros se la bebió. Ella lo reconoció. No tenía rostro pero eso no le interesaba, su espíritu era lo importante. El soplo su aliento sobre ella y el cielo se deshizo en pétalos azules.

“El final del camino parece no llegar”, murmuró.

Sin embargo, no tenía prisa. Para eso había venido. Y, así se tomara mil millones de años, debería seguir.

La mañana tenía una fragancia especial. El viento acariciaba su pelo dorado y lo esparcía por los aires.

Amelic recordó las palabras: ¿Por qué no me has vuelto a escribir?

“¿Qué extraño simbolismo encierran, qué me quieren decir?”, se dijo con la mirada perdida en lontananza.

Un extraño recuerdo sacudió su cuerpo.

*Estaría con él, pero hace tanto tiempo; debí conocerlo cuando el pétalo de la rosa se deshizo en el aire. Y por qué no me había dado cuenta de esto.*

Sus pies dibujaron una figura en el polvo, que se fue transformando en una mariposa transparente, hasta perderse en el infinito.

La tarde se empezó a teñir de grises y violetas.

Una ráfaga de viento le arrebató el collar dorado. Amelic corrió desesperadamente. Casi sin aliento, se detuvo en el umbral de la puerta. Un hombre luminoso envolvió todo el cuarto, miró su mano izquierda y las lágrimas le inundaron los ojos.

“¡Padre, has vuelto y ahora estaremos juntos para siempre!”, exclamó Amelic.

El viejo libro voló por los aires, cada página se transformó en un cisne azul y las paredes se cubrieron de mariposas doradas.



# VIRGINIA ZUÑIGA

## El Patricio



Rita María penetró en el vestíbulo de la lujosa residencia del Patricio, todavía sorprendida al leer el contenido del telegrama que una hora antes había recibido, invitándola a una reunión urgente.

Casi suspendida en el aire, se sentó en la esquina de un amplio sillón de sobria lujuria en espera de que la llamaran.

Entre chispazos de recuerdos recientes, meditó en su participación en la campaña electoral que había terminado unos días antes. Con acongojada sonrisa recordó la forma en que el día de las elecciones había tomado de la mano a una muchacha casi desnuda que le había prometido darle el voto a su partido. A empellones la vistió, le ayudó a cepillarse su largo pelo y con inusitada prisa la empujó en su coche para llevarla a votar. ¡Sí, a la misma a quien en veinticuatro horas le había conseguido su cédula de identidad! ¡Cuánto trabajo cuesta concientizar al pueblo!, meditó, pero sus palabras no traspasaron el umbral de su boca.

Rita María amaba al Patricio con un amor extraño, casi con veneración. Su sola presencia le infundía un sentimiento inexplicable como si estuviera frente a un ser excepcional que había dirigido los destinos de la Patria en momentos caóticos sin haber perdido nunca su serena altivez, su hablar sesudo y su lenta y telúrica pronunciación como si sus palabras surgieran de la tierra misma. Lo contemplaba mentalmente como rodeado de un nimbo de prestigio, incoloramente irisado. Sus manos blancas y delgadas indicaban una habilidad artística que se permeaba en sus escritos. ¡Era una mente privilegiada! La amistad con el Patricio se remontaba hasta su abuelo, quien le había construido las instalaciones para los ordeñaderos de sus numerosas fincas. Entre ambos había una acerada confianza que se había ido reforzando al correr el tiempo. El Patricio había sido el primer padrino en la boda de sus padres. La familia entera participaba del culto a su prestigio de político honesto, conductor idealizante del pueblo.

Rita María recordó que sus relaciones con él se remontaban a muchos años atrás, cuando ella, cohibida, asistía a reuniones de grupos ideológicos con el fin de establecer un partido permanente, basado en una carta fundamental revolucionaria. Su admiración por el profesional de limpia y resplandeciente trayectoria electoral había crecido hasta convertirse en casi una idolatría. ¡Será nuestro próximo candidato presidencial! Lo tiene todo; ha ido escalando los peldaños políticos sin claudicaciones; el dinero que ha acumulado lo ha ganado honradamente, sin corruptelas de ningún tipo.

Rita María esperaba en la antesala con encrucijadas emociones pues no tenía ni la menor idea del tema que iba a tratarse con su padrino el Patricio. ¡Lo amaba como a otro abuelo!

El Patricio era alto, bien parecido, de contextura robusta que denotaba al individuo con tendencia a la obesidad que reprimía con una vida de trabajo casi ascética.

Por un momento se distrajo escudriñando la lujosa estancia cuyo fondo se abría hacia un patio interior poblado de flores y enredaderas tropicales. Al lado derecho había una enorme biblioteca y junto a su butaca, una mesa baja con una reproducción en bronce de "El pensador" de Rodin. Frente a ella, el escritorio del Patricio, limpio y arreglado.

El secretario abrió la puerta de la izquierda y anunció al eminente ciudadano.

-Rita María, me alegro mucho de verla. La llamamos porque usted ha demostrado una enorme fidelidad al Partido, una honradez y un desprendimiento que todos valoramos en su justo precio. Su actitud, políticamente hablando, es inusitada.

-Diga usted. Realmente yo he ayudado en todas las campañas porque estoy convencida de que nuestro Partido es el único que puede erradicar la corrupción gubernamental que tiene al país en ruinas. Usted mismo es un ejemplo de probidad y de honradez.

El Patricio dibujó una sonrisa, tomó un lápiz en sus manos y empezó a tamborilearlo sobre una hoja en blanco.

Rita María se sentía incómoda frente al Tribuno, pues lo único que ella ambicionaba era un ascenso en el escalafón del personal de la Biblioteca más grande del país. Estaba muy tensa. Detrás de sus orejas sintió que dos chorrillos de sudor se deslizaban por su cuello humedeciéndole la blusa. Varias veces retorció el asa de su cartera en forma inconsciente.

-¡Qué gran triunfo hemos tenido! Ya terminaron las persecuciones. Ahora el poder es nuestro. Por eso la hemos llamado.

Rita María permaneció desconcertada. Sabía muy bien que no encajaba en el ajedrez político de los "grandes" del Partido.

-Vea, se trata de lo siguiente: necesitamos de una persona de toda nuestra confianza, discreta y leal, cuya honestidad posea un temple bien probado a través de muchos años.

-No le entiendo, bisbiseó Rita María ya inquieta. Explíquese mejor.

-Vea; no sé cómo empezar. Usted sabe que en la pasada administración, grandes capitales que se hicieron al amparo del poder político, no permanecieron en el país, sino que se depositaron en cuentas anónimas en bancos del exterior. Nosotros combatimos la corrupción y en eso basamos nuestra campaña electoral. Ahora, por supuesto, nos toca el turno a nosotros. Su trabajo es muy sencillo. Le damos los pases, los gastos de permanencia en el exterior, un porcentaje de comisión para que usted deposite en los bancos de Londres varios cheques y dólares en efectivo que le entregaremos en el momento en que usted aborde el avión. No tema.

Rita María sintió que cien mil garras subieron por sus talones y se agolparon dolorosamente en su garganta. ¡Casi no podía respirar!

-¡Ppppppppppero yo no me vendo! ¿Cómo se le ocurre hacerme semejante proposición?

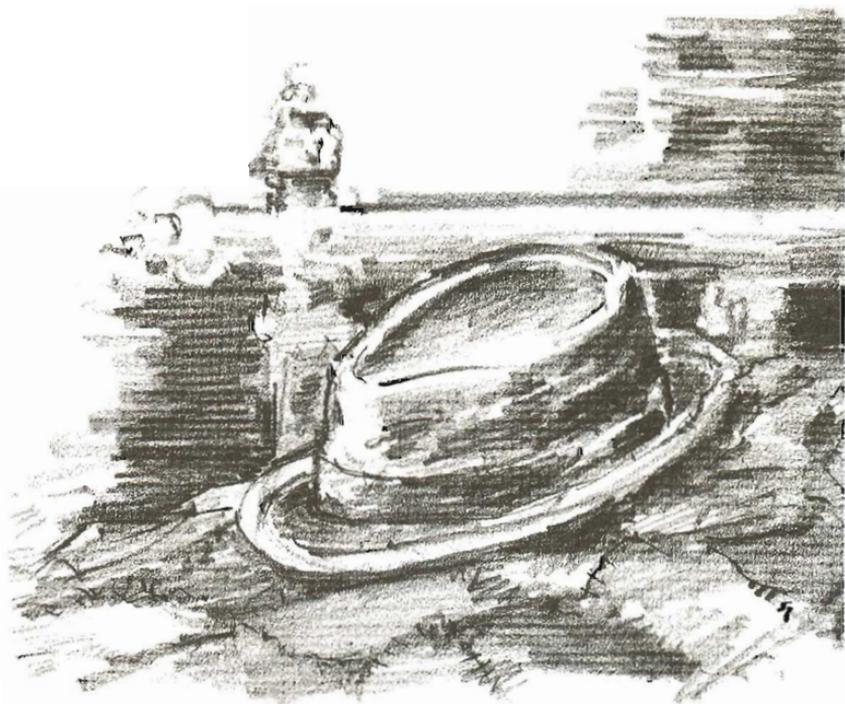
El odio se le acumuló en su corazón y su cerebro iba a estallar de ira. Fuera de sí, se irguió y con un rápido movimiento tomó la estatua de bronce y la hundió con todas sus fuerzas en la sien del Patricio.

El cuerpo, inerte, cayó sobre el escritorio.



# ALICIA MIRANDA

## Cruz



Del fondo del armario salió un olor a polvo y a violetas. Cruz buscó a tientas en la oscuridad el borde del vestido que siempre se ponía.

Un nudo de trapos rodó a sus pies. Debajo de la maraña de retazos y pañuelos estaba el sombrero.

Cruz se quedó mirándolo. Aquí estaba el sombrero de Andrés, tan tranquilo e inofensivo como él mismo había querido presentarse. Sobre todo aquella tarde.

Cruz había hecho café para el regreso de Martín. Se lo habían tomado juntos, con pan untado de jalea de guayaba. Le había ayudado con las tareas. Después el muchacho se había ido a jugar fútbol a la plaza, que en esos años todavía estaba cerca.

Ella se había quedado sola. Había puesto a recalentar el café en baño de maría. Se estaba apagando el sol detrás de las espinas agudas del limonero del patio.

Andrés había llegado a la cocina. Sin saludar se había quitado el sombrero y lo había puesto encima de la mesa. Había arrimado una silla, se había sentado y había preguntado:

-¿Hay café?

Entonces ella había contestado:

-Ya te lo sirvo. Vieras qué montón de ratas hay en el galerón. ¿Vos no las has oído?

-Hay que ponerles Matarrax...

Las palabras pronunciadas hacía tantos años le resonaron débilmente en la cabeza.

Como era domingo, se calló el escándalo del tráfico que subía de la callecita todos los otros días, desde la madrugada hasta la noche, y que le impedía pensar.

Por eso, en el silencio de la mañana, remontaba a la superficie aquella casa de ayer, adonde había llegado recién casada, donde había nacido y se había criado Martín. Aquí habían velado a Andrés, hace tantos, tantísimos años.

No se podía decir que lo hubiera irrespetado. Su retrato, enmarcado en vidrio sombrío, colgaba cerca de un Corazón de Jesús en la penumbra de la sala, donde se apolillaban los sillones de mimbre y las mesitas de patas retorcidas.

Ahora Cruz vivía prácticamente metida en la cocina, al fondo del zaguán. Hasta ahí no llegaba el retrato. Tanto se había defendido de la cara de Andrés, que ya no la recordaba.

Lo llamó:

-Andrés.

No respondió. Ya no estaba ahí. Tampoco aquel abrazo de los amantes, enlazados entre los árboles del Parque España. Cruz los había visto desde las gradas que llevaban a la fábrica.

-No deberían haberlo hecho.

Poco a poco fue oyendo de nuevo aquellos pasos desafiantes de la mañana, del mediodía, de la tarde. Vio otra vez los tacones insolentes que relampagueaban sobre la acera, y el revuelo de la enagua, obscenamente blanca, bajo el sol de abril.

A aquella mujer le había dado por pasar tres veces al día frente a la casa. Iba pisando fuerte y balanceando la cartera al final del brazo.

No era bonita, tampoco elegante. Arrugaba la cara en un gesto amargo. Se vestía en forma provocativa y, sobre todo, de blanco.

Algún tiempo había necesitado Cruz para darse cuenta de por qué lo hacía. Después había lamentado que esos dos se hubieran citado en aquel parque. ¡Tan cerca de la casa, de la callecita! ¡Tan cerca de las vecinas que todo lo veían y todo lo comentaban!

Resultó que al final sólo las vecinas se habían quedado, rémoras como ella de las casas viejas enquistadas entre los restaurantes chinos, las mueblerías y los estrechos parqueos.

Esterlina, por ejemplo, seguía casada. Aquel Manuel no era tan malo. Todos los días se iba desde temprano a la soda Palace y al Parque Central, y no volvía hasta la hora de la comida.

Pero Esterlina había tenido más hijos, nietos, hasta bisnietos que la visitaban.

A misa, eso sí, siempre iban juntas. Ahora mismo debía estar tocando a la puerta.

Cruz recogió el sombrero y lo guardó junto con los trapos. Se metió dentro del vestido y se ajustó las medias que las flacas piernas no alcanzaban a llenar.

Después, de pie ante el espejo, se compuso el moño de mechones grises en la nuca y lo sujetó con prensas.

Ahí estaba Esterlina. Gorda, jadeaba bajo el velo que ya llevaba puesto. Era uno de aquellos españoles de encaje que la hija le había traído de Europa hacía años, en las épocas felices del colón fuerte y el café a buen precio.

Cruz abrió la puerta. Esterlina entró y se sentó, abanicándose con los folletos de los novenarios.

-Crucita, Crucita, vengo ahogándome. Y es que hace un calor.

-Es que es abril, Esterlina, abril. Ya estamos otra vez en Semana Santa.

Abril otra vez. Otro aniversario. Cruz trató de sacar la cuenta en la cabeza.

-Ya vengo, Esterlina, voy a cerrar atrás.

Salieron las dos tomadas del brazo, con la cartera al codo y el misal en la mano. Atravesaron despacio las calles. Sólo se pararon un momentito ante una vitrina para ver un televisor a colores. Decían que ahora había unos programas nuevos que mandaban por satélite.

-No nos atrasemos mucho, Esterlina. Tengo que confesarme.

En la penumbra del atrio, el padre Esteban estaba de pie frente a una fila que se movía con rapidez.

Cruz tomó lugar. Cuando le tocó el turno, se paró delante del padre y con la mirada baja comenzó a hablar. En el atrio iban y venían pasos apresurados.

El padre Esteban ceceó.

-¡Doña Crucita, Doña Crucita! Otra vez con malos pensamientos. Me le reza un novenario a Nuestra Señora de los Desamparados. Dese una vueltecita por aquí un día de estos, para que nos ayude en el catecismo. Y salga un poquito más, doña Crucita. Nada

de quedarse sola en casa. Es más, venga a hacer el novenario aquí, en la iglesia. ¿Entendido? Rece el Yo Pecador.

Esterlina le sonrió, más descansada, desde el fondo de la banca. Había escogido una muy cerca del altar. Cruz oía detrás de ellas los tacones que taladraban el mosaico de un lado para otro.

A la salida, el sol pesaba bastante. Esterlina y Cruz se fueron despacio buscando la sombra. En otros días, después de la misa, acostumbraban irse a tomar un fresco a La Garza. Pero la habían trasladado y no habían podido encontrar una que se le pareciera.

Al llegar a la puerta, Esterlina se despidió. Cruz sacó la llave y entró al silencio tijeleteado por el tictac del reloj.

Almorzó. Después volvió al cuarto para hacer una siesta. En vez de acostarse abrió el armario y sacó, de entre el desorden, el sombrero.

Se sentó sobre el borde de la cama. Lo contempló. Del hombre, ya ni siquiera se acordaba.

El revoleo insolente de la enagua blanca y los infelices tacones que resonaban sobre la acera se habían hundido en el mar de narcisos y azucenas del entierro de Andrés.

Poco a poco, el luto había ido borrando aquella imagen cruel del difunto y la mujer, sentados en un poyo del Parque España, casi abrazados en público tan cerca de la casa.

-Estoy sola.

Por tantos años. Con el hijo; sola, con cheques verdes del Manufacturers Hannover Trust Company que la hacían correr de banco en banco, pero que le habían permitido tener televisión y radio, su plancha. Martín era bueno. Se había ido a los Estados Unidos, y ahora estaba ya firme en la ferretería.

El no tenía por qué haberse quedado. Nadie. Cruz sabía muy bien que tenía que ser así. De otra manera, ¿para qué haberlo hecho? ¿Para qué haber servido aquel café, aquella tarde sangrienta bajo la sombra del limonero?

Todo el mundo había lamentado a Andrés. Todo el mundo había consolado a Cruz. Ella también había llorado mucho. Luego se había ido apaciguando.

Cruz trató de sacar la cuenta de los días y de las noches, de las mañanas y de los mediodías, de las tardes. Ahora sólo le quedaba el polvo pegajoso del fieltro, un olor a violetas, a naftalina, a muerte...

Cruz dijo queditito:

-Qué importa.

## El comprador



Al letrero se le estaba descascarando la pintura. Decidió recogerlo. Levantó las manos para tomar el letrero que decía: SE VENDE ESTA PROPIEDAD.

Benigna abrió la puerta con su llavero. Ya había mandado a hacer un juego para el comprador.

En la lavandería, el gato se despertó y bajó del canasto de la ropa sucia para ir a frotarse contra sus pantorrillas.

“Cochino, cochino. Cuántas veces te habré dicho que no te me acostés ahí”.

Del armario sacó latas de pintura, aguarrás, un pincel y un frasco de vidrio. Comenzó a retocar.

“Qué vaina. Con estos aguaceros se me va a desteñir todo”.

Amancio se lo había aconsejado, sólo que ella no había hecho caso.

“Vos siempre terminás teniendo razón, Amancio”.

Así le decía ella. Tal vez por eso habían durado tanto juntos.

Amancio nunca dudó del poder del rótulo. Al día siguiente de ponerlo tocó el timbre un hombre de pelo muy claro, que hablaba con acento sudamericano.

Eran las nueve de la mañana. Benigna dejó a medio pelar los chayotes y las zanahorias de la olla de carne. Le avergonzó tener que enseñar el dormitorio, porque todavía no había hecho la cama.

El señor no se fijó en eso, sino en que no había cuarto de servicio.

Benigna había objetado: "Ya no son tan necesarias. Bien puede conseguir una por horas".

El hombre rubio había barrido sus palabras con un ademán.

El gato se había encaramado a la par suya y quería jugar con el pincel.

"Si sos peor que un güila. Qué animal más tequioso".

Guardó el aguarrás y la pintura. Dejó el rótulo encima de la pila para que se secase. Lo pondría al amanecer.

En la cocina puso a calentar agua. Sobre la mesa estaba desplegado un periódico. En la sección de avisos económicos habían puesto un anuncio: SIN INTERMEDIARIOS SE VENDE...

Amancio y Benigna habían discutido mucho la redacción del texto, que había atraído al japonés.

Aquella tarde había llovido como hasta las tres. El recolector de botellas y papel había pasado encima de los charcos, jalando el carretillo con la cintura y tapándose la cabeza con una caja de cartón.

Akihiro había aparecido de pronto en la entrada. El apellido no se lo pudo entender, ni con la tarjeta de visita, que por un lado traía su foto y letras japonesas, y por el otro, en español, su nombre y el de la compañía que lo empleaba.

"Tengo que viajar por toda Centroamérica".

La sonrisa de Akihiro era tan ancha que parecía que se quedaba flotando en el aire.

Akihiro abrió todas las puertas, le dio patadas al piso. Después objetó que por estar junto a la calle principal, seguramente habría ruido.

Benigna explicó que no; sólo de vez en cuando pasaba algún transeúnte. Antes sí, cuando se celebraba la feria del agricultor en la plaza. Desde buena mañana los sábados aquello era un bochinche.

Pero que ya no, desde hacía mucho tiempo. Es más, en el silencio a ella le gustaba oír el trino de un yigüirro, truenos, el sobrevuelo de algún helicóptero.

"Si me rebaja cinco mil dólares pago de contado".

¿Qué tal que a Amancio no le pareciera? Mejor esperar.  
Akihiro se inclinó y se fue.

"Tengo que hablar con Amancio".

El agua estaba ya hirviendo. Se hizo la manzanilla de las noches. Por suerte le gustaba, porque había mucha que tomar.

Se acostó. Dio vueltas entre las sábanas heladas. Agradeció el golpe de los goterones sobre el zinc del techo, y las ráfagas que hacían crujir el cas y el nance del patio.

"Esta zona es mejor para duraznos y manzanas".

Había que ver las cosechas de la finca de Clodoveo, cuando Amancio y ella iban en la camioneta. La estacionaban en la cochera y les parecía un lujo. Pero al señor gringo no le gustó.

Por eso no quiso la casa; para meter otro carro había que ampliar el garage, y eso significaba destruir el antejardín.

Benigna terminó por dormirse. Lo último que recordó fue el hablar del gringo.

"Gracias, señorre".

"¡Señorre! ¡Señora, viejo tonto!"

Debido al letrero el teléfono seguía sonando. La panameña, por ejemplo, llamó cinco veces antes de venir, una rubia teñida, perfumada, que hablaba sin parar. Pero andaba buscando algo más lujoso.

Benigna estuvo amargada unos días. Luego vino un marinero holandés, a punto de pensionarse, acompañado por una muchacha que se ponía roja cada vez que Benigna le dirigía la palabra.

El holandés se molestó al oír el precio.

"¡Había pensado que este país era más barato!"

Cansados de tanta discusión, Amancio y Benigna decidieron hablar con un corredor de bienes raíces. Don Marcos vino, le echó una ojeada a los baños, midió a zancadas el ancho de la cochera y apuntó el número de habitaciones.

Con Benigna se puso a comentar lo personal.

"Así es que se les han ido los hijos. Me ha dicho don Amancio que uno está en Venezuela y el otro en Estados Unidos, ¿verdad? Así es, en esta época de la vida las residencias les quedan nadando a las parejas".

Cierto. A Benigna se le encogía el corazón al recordar las risas de sus muchachitos cuando jugaban en el jardín.

Total que antes de traerles clientes, don Marcos insistió en que la construcción no valía tanto, y la comisión les pareció alta. Por eso dejaron el trato con él.

"De haber sabido hubiéramos vendido a cualquier precio y nos hubiéramos ido".

Benigna salió secándose las lágrimas. Era una de esas mañanas de invierno en que el cielo tan azul hacía difícil creer que iba a llover toda la tarde.

Pero a ella le gustaba el aguacero. Le hacía compañía. Además, qué importaba ahora que se destiñera el rótulo.

Se agachó para recoger unas flores de manzanilla. Estaba débil. De todas maneras, nunca había querido alejarse. ¿Qué tal si aparecía por fin el comprador? La iba a librar de la casa y de todo lo que había disimulado bajo la tierra.

Volvió a sentir los dolores sin tregua del corazón, de la cintura tiesa, de las manos ampolladas por haber tenido que excavar un hueco tan hondo, a su edad.

Había sembrado manzanilla encima, para no quedarse definitivamente sola. Más allá, debajo del culantro de coyote, estaba el gato. Ya no tuvo fuerzas para ir a buscar ratones cada vez más lejos.

No se oía nada. "Qué japonés más bruto. Qué tráfico va a circular aquí, si esta calle ya no lleva a ninguna parte. Igual vos dónde ibas a meter los carros, gringote".

Benigna entró y trató de encender unas hojas para calentar la manzanilla. Pero estaban todas mojadas.

"Llueve tanto aquí".

Se tomó un poco del agua serenada de la cacerola que dejaba afuera toda la noche.

Se sentó. La brisa levantó las páginas amarillentas del periódico extendido encima de la mesa.

Mejor que se apurara el comprador a cruzar la mortaja de la lluvia, que se había desatado sobre los escombros y el charral que todo lo cubrían hasta llegar al pie de las montañas.

# ELBA CLEVES

## Hermanos de río



El viento viene soplando en fa mayor y al pasar por ahí modula a tonos menores porque desde aquel día son pueblos tristes.

El río corta la aldea como una sierra perenne. Sus aguas tranquilas y las canoas que llevan y traen son el único puente entre ambos pueblos, y es que cada vez que empiezan el puente, algo pasa; nunca han podido terminarlo. El río tiene tanto de incógnita...

Desparramados a sus orillas se levantan los pueblitos. La casa de Tomás y Juana, con su montón de hijos y gallinas, el rancho fresco y sombreado de José, el solar vacío de Pilar León, la viuda alegre del pueblo, y la tienda de ñor Pencho donde se ventilan chismes y noticias. Lo único que progresa entre cascadas y espumas, sobre la llanura, en un repintar continuo de su huella sobre la tierra, es el río.

Jeremías se acerca con cara de noticia importante:

-¿Sabén por qué se reunió la Junta en la escuela? Parece que van a hacer un puente bueno y grande.

-Pos ya era hora, dijo Teófilo, secándose café y sudor del bigote con un pañuelo rojo.

Exhibiendo un gran escote, Pilar sirvió otros jarros de café y luego se persignó:

-Yo dejaría el río quedito, recuerden que es muy quisquilloso y que ya han habido cosas; por mí, ¡que Dios nos coja confesaos!

-¿Usted cree en eso, Pilar? Si son habladurías, supersticiones, imagínese ahora con tanta máquina, ¡qué señor puente se van a jalar! Les digo que como me llamo Teófilo Barquero vamos a tener el mejor puente; ya no vamos a estar tan atrasaos.

Mientras Jeremías arrolla un pedazo de queso en la tortilla y le da un mordisco, con la boca llena, dice:

-Estaremos atrasaos, pero el queso que hace Pilar, no lo hace nadie.

Llegaron obreros e ingenieros; comenzaron los trabajos; todo es movimiento, cambio.

El solar de Pilar León se convirtió en una pensión para albergar a los fueranos que llegaron. La tienda de ñor Pencho, en una cantina. El rancho grande y sabroso de José es ahora un lugar de mala muerte donde se baila y otras cosas.

Hubo más de un romance. El más comentado fue el de Rosa, la de Tomás y Juana, que nunca tuvo novio, hasta que consiguió un albañil con esposa y cinco hijos.

Qué escándalo le armó la doña el día que llegó de paseo y los vio juntos. Delante de todo el mundo les gritó perros negros y hasta sopapeó al marido.

El puente crece al mismo tiempo que el vientre de Rosa.

Cuando al fin está terminado, nuevecito y altanero atraviesa el manso río, dándole la mano a las dos orillas.

Jeremías, que todo lo sabe, llega a la cantina de ñor Pencho y dice:

-El otro viernes queda todo listo. El domingo es la gran inauguración con discursos y fiesta, va estar bonita la cosa.

-No me diga, Jeremías.

-Sí, y dicen que van a traer la Filarmonía del Guaco pa'nimar y marimba p'al baile.

Pencho le sirvió un anisado y dijo:

-Ora sí que se terminó con eso de que el río esto y lo otro.

Días después arrancó a llover.

-Pega duro este invierno, ¿verdad Tomás?

-¡Ave María!, si parece que el río se va a reventar de hinchao que está.

La nube negra de agua y presagios no se va. El río traga y traga. La víspera de la inauguración se oyeron extraños retumbos. Lloviznas, garúas y chaparrones; rayos, truenos y retumbos más fuertes. La gente se encerró en sus casas; rezaron el Trisagio, quemaron palma bendita. Al mediar la noche el río no aguantó más, estalló. Reventó rocas, arrasó árboles, saltó la barrera de su cauce. Se lanzó sobre los pueblos. Hierro, gritos, cemento, brazos, piedras, troncos, la correntada aplastó todo.

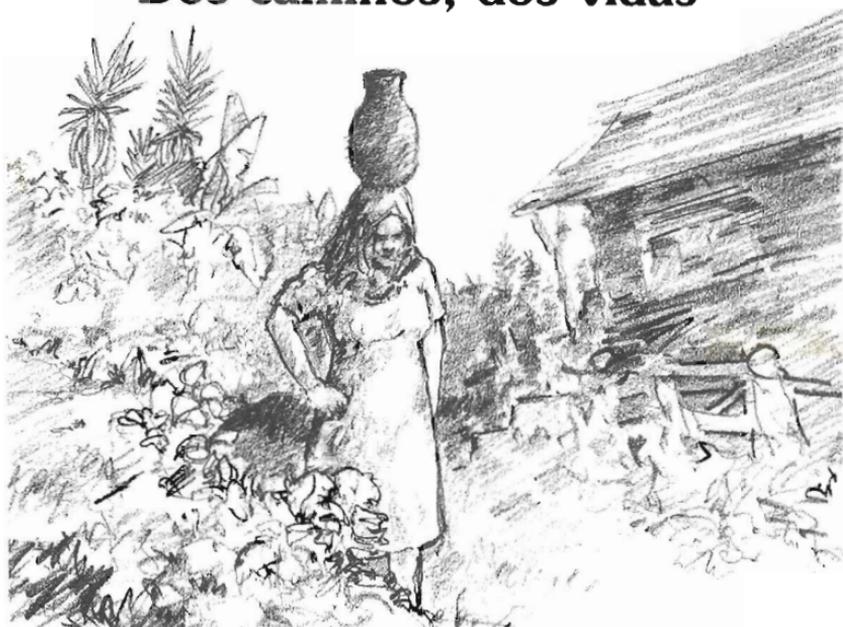
Amanece.

Estertor de lluvia, silencio de muertos. Un lago gigantesco, casi tranquilo, cubre la llanura. Flotando aquí y allá una olla todavía ahumada, un gorro de niño, un zapato zonto y algún techo medio asomado entre el agua.

Hoy, nuevas casitas son parte del paisaje a uno y otro lado. Dos pueblos aislados, hermanos de sangre, hermanos de río.

# ALEJANDRINA GUTIERREZ

## Dos caminos, dos vidas



El día es radiante, soleado. Un hermoso cielo azul salpicado de motas blancas. Por el camino polvoriento y árido camina despacio Fidencio, como quien no quiere llegar a ninguna parte, con su machete apoyado en el hombro derecho y un guacal colgando de la mano izquierda. Viste su acostumbrado pantalón azul y una camisa blanca: las mangas arremangadas. Siempre las anda así. Mejor no usara camisas de manga larga.

A unos pasos lo acompaña su inseparable amigo, Capitán. Un animal flaco, de pelambre grisácea, sin brillo, sin pedigree, sin comer y sin ganas de joderse. Capitán no tiene más trabajo que seguir a Fidencio a donde quiera que vaya. ¡Pero con aquel calor! De veras hay que desplegar fuerzas sobrehumanas para soportar el infernal aumento de temperatura, que llega implacable conforme avanza el día, y que parece estacionarse, invencible, en las horas de la tarde. Por eso, Fidencio lleva puesto su sombrero de paja, de ala ancha que, aunque un poco gastado, le evita los dolores de cabeza que produce el sol en esos parajes.

Y es que, aunque a lo lejos están las montañas, altas, imponentes, sin ser gigantescas, cuyas cimas tocan las nubes, el calor en Bienpadentro es cosa del diablo. ¿Cómo es posible que con ese cerco de naturaleza verde oscuro, el calor sea tan intenso? Bueno, por eso dicen que el pueblo está embrujado. Las chozas de paja, aunque de techos altos, parecen baños sauna. Todo es bochorno y sofoco. No corre la brisa por esos lares y pareciera reinar un estado de total detenimiento de todo, del aire, del verano, del trabajo, del progreso.

-Gracias al Cielo aquí no se puede sembrar nada -repite constantemente Fidencio, esquivo siempre con todo lo que signifique esfuerzo-, con este suelo y con lo que cuesta que llueva, sólo el pasto y la mala hierba crecen, y mucho más la mala hierba que el pasto.

Y por supuesto, algunos matorrales que a pesar de la inclemencia del tiempo son agradecidos y ofrecen sus florecillas silvestres para solaz de la población. Uno que otro árbol aquí y allá trata de brindar, si no su sombra protectora, por lo menos una especie de marco a aquel paisaje demoledor.

Fidencio, que ha desarrollado una tremenda repulsión por todo tipo de trabajo, esfuerzo o dedicación, no pareciera tener más oficio, aparte de echarse el machete al hombro, que acompañar a Capitán; lo raro es que Capitán siempre ha creído que es él quien acompaña y cuida a Fidencio. Inseparables compañeros, ¡qué bien se entienden!

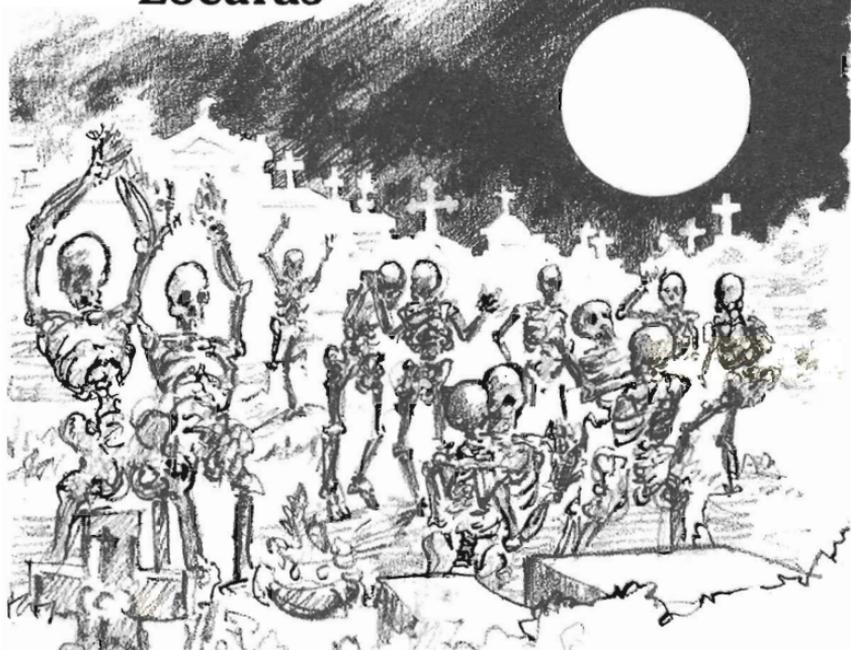
Más allá, en el recodo del camino adornado con cercas de alambre de púas, va Conchita, con su vestido amarillo, compitiendo con el reflejo voraz del sol: su larga y negra trenza de pelo grueso y liso que le cae hasta la cintura y una enorme tinaja sobre la cabeza, que lleva con más pericia que el más avezado equilibrista circense. Conchita va al río a lavar. Sus pies descalzos parecen apenas rozar el suelo candente. Camina presta, con la frente alta, con soltura y distinción, como si en lugar de una tinaja luciera el más novedoso y fino sombrero. Así ha sido siempre Conchita, haciendo honor a sus ancestros. Mujer trabajadora, sacrificada, fuerte de carácter y de salud. La mezcla de sangres que lleva dentro le da ese espíritu tesonero, inquebrantable.

Luego vendrá a pasar a las bestias de potrero para que no enflaquezcan más las muertas de hambre y hará un sinfín de cosas que sólo ella es capaz de hacer, en silencio, sin quejarse, sin renegar de esa vida, si es que así puede llamársele a ese peregrinar que hace como diez años emprendió, gracias al beodo de su compañero. Aquel que la sacó del rancho de sus padres ofreciéndole un hogar, una familia, un futuro y que sólo le dio una catizumba de chiquillos por los que Conchita tiene que velar.

Conchita no ve las montañas, ni las nubes que las acarician. Nunca alza la cabeza más de lo que le permite la tinaja. Sus ojos sólo ven el suelo de tierra que barre todos los días, el río donde lava, el fogón, el pilón, el potrero, las piedras del camino, los matorrales, las cercas de alambre de púas, mientras la vida transcurre, lenta y pesada, en su inexorable camino hacia la muerte.

# MARIA LUISA FERNANDEZ

## Locuras

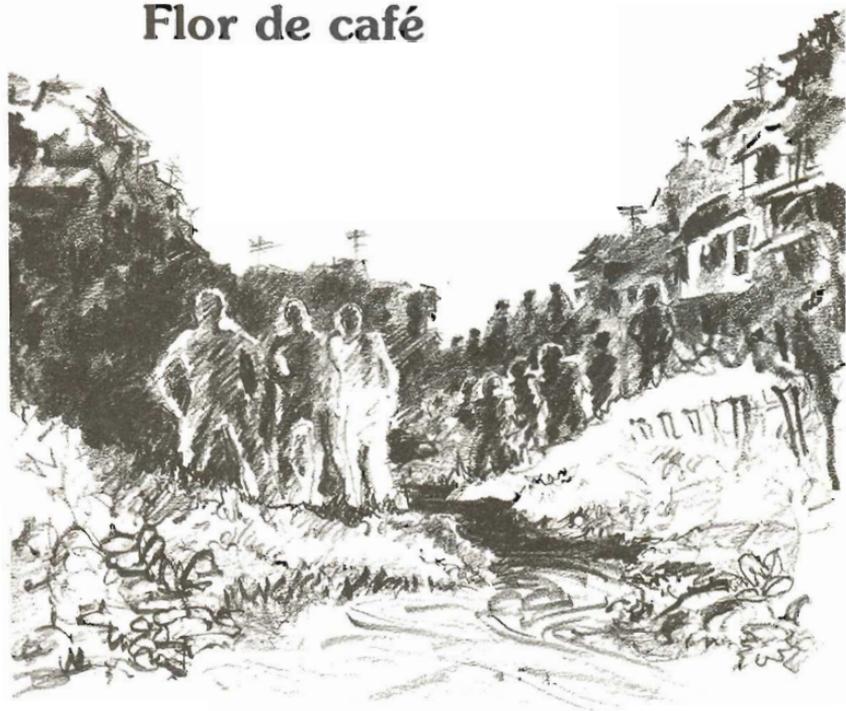


Cuando los hombres por fin se empezaron a despertar, no entendieron qué había pasado con sus relojes.

De común acuerdo, durante la noche, los esqueletos se cansaron de volar espalda: empujaron las losas, se desperezaron, desde sus huecos vacíos se vieron los unos a los otros despaciosamente. Los que aún tenían por algún lado un poquito de carne, la sacudieron con indiferencia. Y a un mismo tiempo se pararon, sacaron de su dura cama las piernas largas, se tomaron las manos y al compás de la música hecha con sus tarsos al golpear el suelo, improvisaron un elegante baile que no parecía tener fin

No había ahí hombre ni mujer, solamente huesos sonrientes que se sentían felices. Los gallos comenzaron a anunciar el sol. Este, echándose un gran bostezo, se asomó a la tierra. Al ver aquella maravilla decidió colaborar con los esqueletos, se volcó a occidente y dejó que la luna con sus ojos abiertos permaneciera sola muchas horas más.

## Flor de café



Aquí, flotando en un líquido extraño, que no me pertenece, llevan lo que queda de la niña que no llegué a ser.

El cafetal estaba en flor; su aroma se sentía, se gustaba. Mientras lavaba su ropa, mi madre era una flor más, arrodillada en las piedras del río.

Dos remedos de hombre, con sus manos sucias, babeando licor y drogas, se arrojaron sobre ella. Uno después del otro, ultrajaron su inocente idiotéz. En aquel cafetal impregnado de perfumes cómplices, ella sollozó su dolor.

Es buena y linda mi madre, tercera de los ocho hijos que tuvo mi abuela Micaela.

-Estela, lavá la ropa, Estela haceme el mandado, Estela cuidá la casa..., le decían uno y otro todos los días. Estela cuidá el bebé... siempre había un bebé. Ahí estaba ella acunando con ternura el hijo ajeno, mientras los habitantes de la casa, contrahecha, con ventanas apenas tapadas con trapos viejos, iban a la ciudad, después de subir

la cuesta que termina donde la flecha indica el camino al barrio San Martín de Porres.

Sin sospechar lo que pasaba, fui creciendo en su vientre. Yo era feliz entonces.

-¿Con quién te revolcaste?, le preguntaban manoteándole el estómago. No entendía, no contestaba; sólo abría sus grandes ojos, sin una lágrima, sin una queja. Ningún médico la vio.

El alboroto fue general en Alajuelita y llegó hasta San José. Los boyeros me habían encontrado. Una piedra que interrumpía el curso de la corriente me detuvo; un cuerpecito sin cabeza y sin brazo. El acceso hasta el lugar era difícil. Vinieron la policía, los bomberos y la ambulancia. Unos hombres de blanco bajaron por el espinazo del camino, llevando una cama sin patas, mientras en las ventanas brillaban ojos asustados. Los vehículos habían quedado arriba, en el borde de la carretera. Las luces encendidas sonrojaron a las flores del café y las sirenas aumentaron el estupor de los vecinos.

Unos muchachos de pie en medio del río, sobre una gran piedra, me empujaban con palos intentando meterme en una bolsa.

-El cuerpo está baboso, decían con sus pañuelos en la boca y la nariz. Se resbala, no se va a poder...

Por fin lo lograron. Mis despojos cambiaron lo cotidiano; trajeron a este áspero paraje gentes ajenas.

-Apártense, háganse a un lado, abran paso, decían los que bajaban y subían con dificultad la pendiente, esa pendiente que los que viven aquí suben y bajan como si nada.

Comienza a llover.

Por la calle bajan ríos de lodo. Los boyeros que hacen peripecias diariamente con sus carretas para sacar piedra y arena, ayudaron a que la calle se llenara de huecos más hondos.

-¿Quién habrá sido la infeliz?, preguntan allá.

-Merece morir, opinan aquí.

-¿Morir mi madre, la más noble de las mujeres?

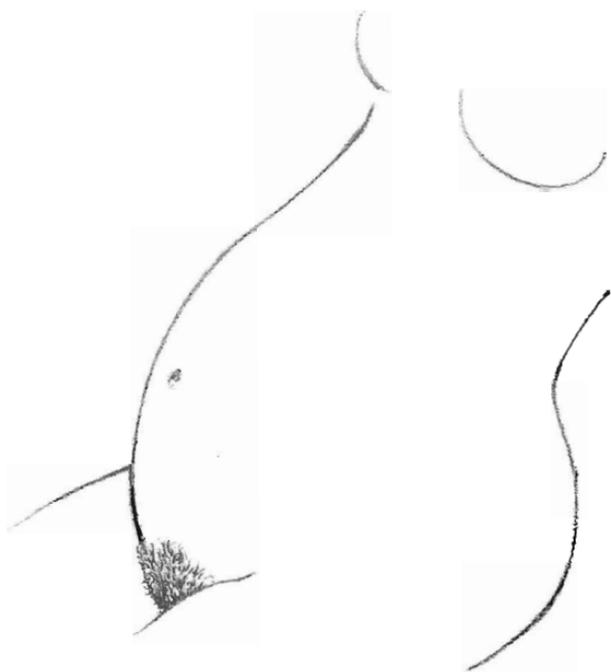
Sólo su ventana permanece cerrada. Lloro en un rincón diciéndole a mi abuela:

-Me dolió mucho, todo era sangre; el bulto rojo salió entre mis piernas y se lo llevó la corriente. Me duele, me duele todavía...

Flotando en esta bolsa paso ahora frente a tu casa. ¡Madre!  
¡Abrí tu ventana!

# SARAY AMADOR

## Cuentos para una princesa



La princesa Estefanía confirma que está embarazada. Don Luis dice que Liberación es puro canibalismo. Y lloro con las telenovelas.

Y alquilo mi vientre, ¿o no puedo?, ¿de quién es mi vientre?, ¿de la sociedad, de la iglesia, de mi hombre?, ¿mío?, ¿mi vientre es mío? ¿Quién lo dice? A mí siempre me han dicho que mi vientre no es mío... Que virgen y pura, que santa madre, que puta, y todo por culpa de mi vientre, mi vientre sacrosanto, pecaminoso.

Siempre me dijeron: no dejarse tocar, malo, sucio, que pura e inocente, que virgen y madre, ¡que qué!, ¡virgen y madre!, es un galimatías... no... es fe.

Virgen y madre, madre y puta, quién los entiende. Si sos Estefanía te sacan en primera plana, si no, sos porquería. "La pureza es para el alma una gota de rocío", pero me gusta que me toquen, siento bonito como un dulzor acidito que se me desliza por toda la piel, por el corazón, la vida, el alma, los músculos, todo, todo.

Como en el video clip. Ella dice todo todo todo y la matan. Ella quería todo, pedía mucho, ¿libertad por qué?, bueno, libertad condicionada, no podés hacer con tu vientre lo que querés, ¿pensar?, ¡jamas!, te estás abusando, eso es propiedad exclusiva de la gran élite, la del gran o pequeño falo, no importa el tamaño, siempre que sea falo, y ¿qué tienen que ver las neuronas con eso de los genitales...? ¡todo todo todo! Como en el video clip, ella dice todo y la matan. Estamos en... ¡ah sí!, el vientre, mi vientre, estábamos en que mi vientre no es mi vientre, mi vientre es de la sociedad sacrosanta. Pero yo no quería un hijo, ¿de dónde anticonceptivos?, si yo hago el amor cuando puedo, en medio de un zaguán, en el Parque de la Paz o en la Sabana, en el cerco, donde sea, no tenemos dónde ni con qué. Y en ese momento sólo valía la ocasión, la oportunidad de hacerlo, sólo valía el deseo, ese grande, inconmensurable, ese apremiante deseo, y no entiendo cómo hay gente que necesita de vino, candelas, camas hermosas, espejos, si yo sólo necesito algo en qué recostarme, si sólo me toca la mano y ya.

Nos cuesta mucho tener en dónde. Los grandes insisten: PLANIFIQUE, CUIDENSE, ¿cómo?, si no sé cuándo va a ser ni en dónde. Sucede, cuando menos lo imaginamos, y entonces ¡Zas!, embarazo, madre adolescente, niña y madre y comienza el calvario, que si mi vientre no es mi vientre, que si a las cuatro semanas tiene patitas o no, es persona, es producto, es feto, es niño, es bebé o beibi y canta canciones protesta, mientras tanto me crece la barriga, y mi mamá llora y mi papá grita, grita que me tengo que ir de esa casa, que hasta ese momento creí que era mi casa, pero total, si mi vientre no es mi vientre, menos mi casa va a ser mi casa (suena a título de algo). Y mamá llora pero no puede decirle no a papá, porque si lo hace mis hermanos se mueren de hambre. Y la barriga crece, y no sé dónde dormir. Mi novio se fue para San Vito, donde un tío, para que no se case. Yo tampoco me quiero casar. No tengo dinero, no tengo dónde dormir, bueno, dormir sí, doña Toñita me ofreció un sofá, debo aguantarme al marido que me manosea todo todo todo. Y no puedo decir nada.

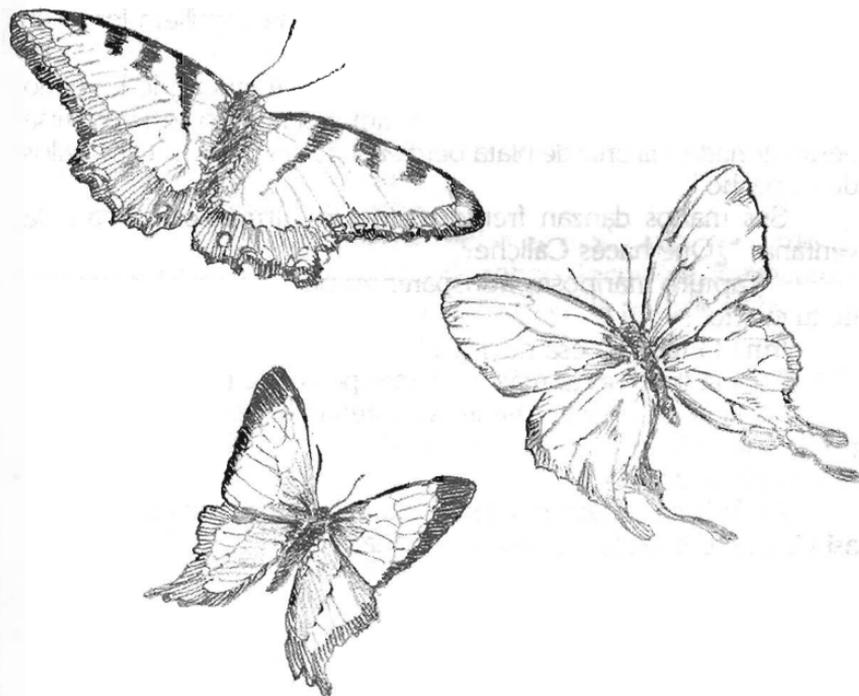
Eso de los antojos no me da a mí, ¡qué raro!, lo único que me da es hambre, hambre de comer lo que sea: arroz, frijoles, tortillas. Antojos no, eso no me da a mí. Doña Toñita dice que debo buscar dóndeirme porque con chiquitos no. Ahora puedo lavar, planchar y cocinar pero doña Toñita dice que perderé mucho tiempo dando de mamar, cambiando mantillas, ella dice que yo sí, pero con chiquitos no.

Y discuten y la barriga me sigue creciendo y no puedo amar a ese feto o producto o niño o como se llame, dicen que no lo re-

chace pero yo no lo quiero, no puedo ni con mi alma menos voy a poder con un hijo. Yo no lo quiero, todos dicen que debo, que tiene manos y pies, eso me asusta más, ¿cómo le daré de comer?, ¿dónde lo acuesto?, ¿cómo le compro ropa? Estoy asustada, estoy triste, estoy sola. Y el marido de doña Toñita me sigue manoseando. Siguen discutiendo que sí, que no. Aborto jamás, aborto sí, es pecado, es libertad, autodeterminación, que vos no, vos no tenés derecho a la autodeterminación, eso es para los pueblos o los hombres. No puedo quererte aunque quisiera, sos muy pesado para mí, no era el tiempo, no era el momento, te tengo miedo. En las novelas no es así, en las novelas las mujeres lloran mucho pero consiguen mucho, carros, casas lindas, vestidos, anillos, pulseras. Las mujeres lloran y consiguen cosas, manipulan y consiguen cosas. Cuando la pelean de frente y exigen y luchan, las agreden, les gritan machonas y les recuerdan que son sacrosantas madres vírgenes y puras y que el marianismo, el machismo, la fe, complejo de electra, complejo de hormiga, complejo de que mi vientre no es mi vientre, de que, aunque no quiera, me crece la barriga.



## Cosas de tonto



No es que Caliche fuera tonto, es que de vez en cuando las neuronas se le apelmazaban, se le pegaban chiclosamente, entonces comenzaba a jugar de tonto, hablaba como tonto, caminaba como tonto, el labio inferior se le desguindaba y sus ojos no encontraban asidero.

“A veces puede ser el mar, a veces velerito, las palabras pueden ser viento, hojarasca, tempestad”.

No es que Caliche fuera tonto, es que a veces se le extraviaban las ideas, se le perdía la figura de su madre, se le olvidaba el timbre de su voz, entonces, cuando ladraba la Mimi él decía “Voy mamá”.

Claro que cogió fama de tonto... “Es que de chiquito se cayó de la cama y se golpeó el cerebro”, “es que le habían echado un maleficio”, “es que su mamá se acostó con un primo y de ahí salió él, tontito”.

Caliche sonreía cuando escuchaba a sus espaldas, como si no entendiera, como si fuera tonto.

“Hoy está fatal, amaneció viendo alacranes en sus cobijas y murciélagos en el cielo raso, dijo que mejor se iba a callejear para que los alacranes no le comieran los párpados y los murciélagos no le chuparan la sangre, dijo que venía tarde, hasta que los murciélagos se comieran a los alacranes y su madre se engullera los murciélagos”.

“Qué tontito más tonto llevando frío ahí afuera, le ha dado veinte vueltas a la manzana cantando limón limonero con la camisa desabotonada y la cruz de plata perdiéndose sinuosa entre los vellos de su pecho”.

Sus manos danzan frente a sus ojos. Irma se asoma a la ventana. “¿Qué hacés Caliche?”

“Capturo mariposas transparentes para adornar las paredes de tu cuarto”.

Irma lo recogió esa noche y lo calentó entre sus cobijas.

“Tomá Irma, es la más linda mariposa que encontré”.

“Qué linda Caliche, tiene las antenas del color de tus ojos, puntos naranja en el centro de las alas, qué linda Caliche, tiene ribetes plateados”.

Así la Irma comenzó a darle color a las mariposas de Caliche, así Caliche comenzó a querer a la Irma.

“¿Dónde dormiste anoche?”

“Donde Irma”.

“¿Y con qué le pagaste?”

“Con mariposas”.

Dibujó un corazón en papel de pan y escribió: Caliche ama a Irma la que pinta mariposas. Irma copió un verso y lo dedicó: a Caliche el que caza mariposas.

Noche a noche en la pared contraria a la candela, dos sombras como si fueran una, rezan caricias en el tapiz.

“Mirá que la Irma está loca, se llevó a vivir a Caliche a su casa, no sale casi, ni recibe a los clientes, parece que tiene unos ahorrillos y vive de los intereses, dicen que sólo sale para retirar la plata y comprar el diario”.

Cerremos la puerta, sellemos las ventanas, corramos las cortinas, encendamos candelas para ver a las mariposas danzar y danzar. Ya no es necesario capturarlas, ellas solitas se pegan a la pared, forman cuadros de patas, alas, antenas, ellas solitas pringan el tapiz de bermellón, azul, violeta, color de ojos Caliche, color de amanecer, de noche de invierno, de agua de cielo.

“Esos están chiflados, cerraron las ventanas y atravesaron tablas, las matas del corredor se secaron, ya no le abren ni al lechero, esos dos se van a morir de hambre”.

“Tenemos que obligarlos a salir, la mamá de Caliche no hace más que llorar, dice que la Irma “amarró” al muchacho, dice que hace meses vieron a la Irma comprando alfileres con cabeza roja y arrancándole pelos negros al gato de Jacinta, dicen que Caliche está maleficiado, por eso no puede salir de esa casa”.

“Dicen que como Caliche tiene las ideas perdidas, pegó a la Irma en la pared del cuarto con clavos y mecates, que la tiene crucificada como a un Cristo y la está dejando morir de hambre”.

“Esos son cuentos de viejas locas, déjenlos vivir o morir como quieran, cada cual con su vida”.

“Pero la mamá de Caliche...”

“Esa vieja lo único que ha hecho **es explotarlo**, recuerdo al tontillo mide que mide calles pidiendo sobras de comida, lo recuerdo de chiquillo cuando lo ponía con un jarro en la parada de buses a recoger limosna”.

“Irma, tomó ésta color bermellón para tu cuello, ésta azul para tus manos”.

“Mirá Caliche, son miles, la casa está llena, miralas, se pegan en tus hombros, en tu pelo”.

“No abrás Irma, ahorita se cansan de tocar y se van”.

“Caliche rey de mariposas, dejame amarte mientras revolotean sobre nosotros, quiero espantar esa mariposa blanca que duerme en tu boca, dame un beso. Tu sexo bate alas asedadas, llename el vientre de mariposas para sentir siempre ese cosquilleo”.

“Tengo el alma llena de colores”.

“Soy feliz”.

“Yo también”.

Costó mucho sacarlos de la casa, Irma se violentó y en el forcejeo le rompieron el labio y le fracturaron una costilla, lloraba como loca y decía que la dejaran en paz, que no la separaran de Caliche porque sin él se moría.

“¿Y Caliche?”

“Ése no habló nada, sólo lloraba y lloraba en silencio, cuando lo metieron en la ambulancia gritó: ¡Irma no me dejés!, vieras qué feo, pobrecito, Irma después que se tranquilizó, empezó también a llorar y llorar hasta que mandaron a traer una enfermera y ahí en la delegación de policía le pusieron una valium, se durmió un montón de horas pero cuando se despertó siguió llorando y llorando y diciendo que quería estar con Caliche”.

“¿Y Caliche?”

“A ése se lo llevaron para el Chapuí”.

“¿Y qué le pasó a Irma al final de cuentas?”

“Estuvo detenida por agredir a la autoridad, la soltaron a los

treinta días, la verdad es que no tenía tanta culpa, es que los de la delegación la sacaron a la fuerza de la casa”.

“¿Y qué hizo Irma?”

“No sé, creo que se fue para el puerto a seguir el oficio”.

“Aquí no hay siquiera mariposas transparentes, los murciélagos me revolotean en la cara, los alacranes me comen el cuerpo, Irma azul, Irma naranja, Irma acuarela, se me llena el cerebro de murciélagos negros”.

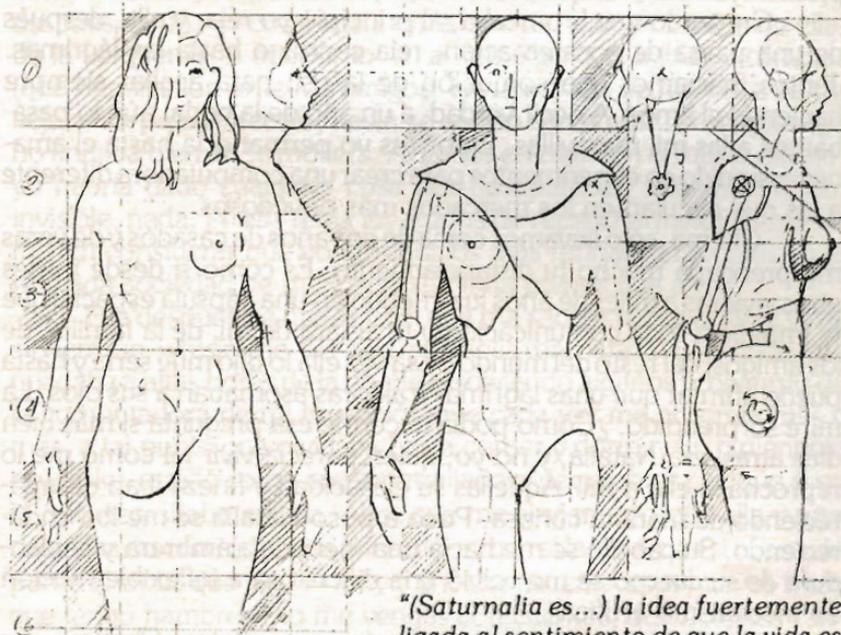
Apareció una mañana pintada de agua de mar, salpicada de polvo de arena.

“Vea mi capitán lo que tenía la difunta en el cajón de la comodilla: un dibujo de un corazón y a la par dice: Caliche ama a Irma la que pinta mariposas”.

“Ese Caliche debe ser un tonto”.

# RIMA DE VALLBONA

## Saturnalia



*"(Saturnalia es...) la idea fuertemente ligada al sentimiento de que la vida es permanencia y cambio y de que el sacrificio es la única fuente de una nueva creación, de que todo reinado ha de ser sucedido por otro".*

Juan-Eduardo Cirlot

Cómo ocurrió, es para mí un misterio. La verdad es que me pilló desprevenido, porque yo nunca pensé que los cambios de su conducta iban a resultar en tan extremadas consecuencias. Lo más inverosímil es que hace poco, muy poco, yo mantenía fresco el recuerdo de cuando, recién casados, me complacía acariciando su pelo rojizo. Ella era suave y la pequeñez elástica de su cuerpecillo se acoplaba con sorprendente agilidad a mis movimientos de macho que no saciaba nunca la sed nupcial de su sexo. Eramos felices. Mucho... Al menos yo lo era y creía que ella también. Ahora no lo sé. Por lo mismo no tengo ni idea de cómo sucedió algo tan pasmoso.

-Chema, ¿qué te ocurre?-, me preguntó la primera vez. - Vas perdiendo un no sé qué de tuyo... es como si te arrancarás a pedazos y a la vista de los demás lo que te define como ser humano..., y nos define a todos. Te estás poniendo duro. Parece que al vaciarte de lo humano fueras llenándote por dentro de... de... algo indescrip- tible pero concretamente material. De metales, alambres, materia plástica y latas. ¡Yo qué sé de lo que te estás llenando!

Creuyendo que bromeaba, al principio yo reía, y ella, después de una pausa de consternación, reía conmigo hasta las lágrimas. Juntos, hacíamos una comunión de la risa para acabar siempre haciendo el amor. A decir verdad, a un año de la boda, aún lo pasá- bamos a las mil maravillas. Entonces yo permanecía hasta el ama- necer sumido en experimentos para crear una computadora diferente a las que circulan en los mercados más novedosos.

-Chema, sólo llevamos cerca de dos años de casados y de veras me preocupa mucho tu distanciamiento. Es como si desde meses atrás vivieras a miles de años luz, metido en una cápsula espacial que te impidiera toda comunicación y te aislara de mí, de la familia, de los amigos, del resto del mundo-. Esa vez ella lo dijo muy seria y hasta puedo afirmar que unas lágrimas traidoras asomaban a sus ojos. La miré sorprendido. ¿Cómo podía hacerme esa pregunta si más bien días atrás, era Natalia, y no yo, quien parecía vivir tal como me lo reprochaba ella a mí? Aquellas su elasticidad y fineza iban desapareciendo de manera curiosa. Poco a poco Natalia se me iba endu- rciendo. Su cabello se me hacía una menuda alambreira y la blan- dura de su cuerpo se me volvió una dificultosa e inflexible moción de mecanismo artificial.

-Desde hace siglos no me besás como antes, Chema-, me reprochó meses después con voz amarga. -Tengo la impresión de que tus besos de ayer, tiernos y apetecibles besos de amor, han escapado de tu boca. No me acariciás tampoco como antes. Te lo repito una vez más: vas perdiendo la profunda humanidad que te hacía tan querido y único para mí.

Yo no encontraba entonces la forma de demostrarle que ella era la que se había vaciado de aquellos frenéticos besos que nos enardecían a toda hora hasta llevamos a extremos eróticos. Era tan devastadoramente maravilloso el efecto de nuestra pasión, que nos vimos forzados a prometernos uno al otro no besamos más en la noche. Debo confesar que ambos quedábamos molidos después de las orgías de amor que nos robaban horas de sueño y nos hacían ir ojerosos y huraños al trabajo. Así, tomamos la medida de ponerle fin al despilfarro de caricias en el momento de conciliar el sueño. Sin embargo, de eso, a este desierto total de besos, ¡es más de lo que un marido puede aguantar!

Tampoco me atreví a reprocharle su reciente modo de moverse entre las cosas como si en lugar del alma que antes encendía de vida sus gráciles andares, tuviera por dentro una armazón complicada de piezas minuciosas, alambres, cables, tubos.

-Parecés sincronizado por una maquinaria interna, Chema. ¿Qué te lleva a funcionar con precisiones de reloj y a veces de computadora programada?-, me echó en cara en otra ocasión, después de una infernal fiesta en la que yo pasé, por culpa de ella, de la vergüenza al bochorno: su automatismo al hablar y caminar ¡qué humillación ante los amigos! En la mirada de los otros se reflejaba sorpresa y recelo; hasta se hacían señas entre sí de que algo no andaba bien en su mollera. Al verlos en ésas con el rabillo del ojo, yo habría dado cualquier cosa por desaparecer, hacerme humo, invisible, nada. ¡Y ella tenía las agallas de reprochármelo! ¡A mí! ¡A mí, sin considerar que yo aprendí los más refinados modales en la refinada sociedad de mis padres! ¡Nada menos que a mí!

Fue después de que le pedí que me sacara punta al lápiz y me sirviera un whisky de los que ella solía prepararme, cuando me quedaba a altas horas de la noche resolviendo algunos problemas de la computadora de mi invención que cada vez me absorbía más y más, a tal punto que olvidaba hasta comer y dormir. En pidiéndole el whisky, estalló como una ametralladora de palabras con que si yo lo que necesitaba era un robot que me sirviera, porque ella ya no daba abasto con todo, que si los niños, que si la casa, que si me sacás punta al lápiz, que si tu whisky y encima haceme unos huevos fritos que tengo hambre y no me vengás con cuentos, que no estás cansada, te hacés solamente, que en lugar de enredarme en el galimatías de ese endemoniado y maldito engranaje de cables y piecicillas de la computadora (¡habráse visto insolencia la de ella al llamar así a mi ingeniosa computadora, el invento de mis sueños, el que me encaramará en la cúspide de la fama en un santiamén!), que por qué no me lanzaba a crear el robot perfecto que me sirviera en su lugar y yo, que estaba loca, loquísima, ¡de atar!, y ella, que era humana, y sólo tenía dos manos y una energía que ya se le acababa, cuando daba la medianoche y ella para acá y ella para allá sirviéndome, cuando debía acostarse para levantarse al día siguiente, preparar a los niños para la escuela, irse al trabajo, correr a traerlos y ¡ah!, olvidaba que la maestra de Miguelito quiere hablar con nosotros, ¿podrás ir?, porque yo tengo una importantísima junta del sindicato de enfermeras, la asistencia es obligatoria, soy jefa y vamos a definir las demandas a los hospitales que nos están explotando, pero ¿cómo, que no podés?, ¿que Miguel no es tu hijo también?, salite de tu com-

putadora del demonio y poné los pies en este mundo haciendo el papel de papá, aunque sea una vez, ahora que te necesito, o inventate un robot que me sustituya o te sustituya, eso sería lo mejor, un robot bien amaestrado.

Debo reconocer que no me pareció mala la idea de un robot con lindas formas de mujer, también programado para todo, hasta para el amor, que nunca rezongara, ni siquiera por sacármele punta al lápiz, ni por el whisky, por el que Natalia hace tanta alharaca. ¡Si sólo hay que vaciar en el vaso el dorado elixir, agregarle hielo y un poquitín de agua!, eso es todo, y ella traca-traca-traca, reniega que reniega y que si cada uno de nosotros nos hiciéramos las pequeñas menudencias como la cama, recoger los zapatos, las toallas, cerrar el tubo de la pasta de dientes, poner la ropa sucia en la canasta del lavadero, qué sé yo cuantas majaderías de mujer insensible a lo que un hombre inteligente como yo necesita en su ardua labor de idear mundos mejores para los demás con el fin de eliminar de una vez por todas la inextinguible esclavitud de la raza humana. Un robot sexi, inagotable, que me sirviera noche y día. ¡Ah, y que hasta adivinara mi pensamiento! Así lo crearía yo para asombro y consternación de estos tiempos en que ya nada asombra de tan asombrosos que son los inventos... Pero no tengo tiempo, la Universidad me presiona para que rinda informe sobre la que acabé por bautizar Computadora-Paraiso. Meterme en esto otro sería fallarles. Por el momento no me quedan más que los servicios y la cantinela de reniegos de Natalia. ¡Malditas mujeres que no sirven ni para un carajo!

Al día siguiente, otra sorpresa que me dejó en vilo: Natalia comenzó a producir unos ruidos rarísimos, como traqueteo de mecanismos internos que hacían blip-blip-puf-puf-puf; al principio, casi imperceptibles; después, amortiguados, como en sordina; por último, era tal el ímpetu que le brotaba de dentro, que volvía ininteligibles las palabras que iba pronunciando cuando hablaba. Sin embargo, la muy cara dura tuvo la desfachatez de reprochármelo, como si fuera yo el de los bochomosos chirridos.

- ¡Chema, Chemita de mi vida, por lo que más querás! -, comenzó con esa melosa palabrería que utiliza cuando quiere sacar con eficacia algo de mí. Y por supuesto, para no variar, me interrumpió en medio de una idea genial que comenzaba a gestarse en mi mente y como siempre, me hizo perder el hilo de mi inventiva. ¿Por qué las mujeres no buscan momentos más oportunos para salirse con sus idioteces del carajo?- Me es imposible entender el enredijo de tus palabras, Chema. -¡Se necesitan buenas agallas para salirseme con ésas, la muy imbécil!, pero ella, como si hubiese dicho que el sol asomaba ya y el día era lindo. Lo que no entiendo es por

qué la gente se vive proyectando sus defectos y faltas en los otros. Ya se sabe, la viga bíblica en el ojo propio-. Tenés que hacer algo, Chema, para eliminar esos ruidos que se te escapan por todo el cuerpo como si ya te hubieses vuelto uno de tantos aparatos que te pasás inventando, los cuales te absorben de tal manera los sesos, que te van quitando gradualmente tu esencia humana. Es mucho vivir inventando fabulosos dispositivos que captan y transmiten como transistores con audífonos, los pensamientos más recónditos de los otros, o lentes que atraviesan las superficies más allá de los rayos X. ¿Y qué decir del artefacto en que estás metido ahora, Chema? Sólo en las películas de ciencia ficción se ven computadoras como la tuya, con capacidad para producir una geografía benéfica poblada de gentes, ríos, montañas y vientos y en la que quien penetre no notará, ni sospechará siquiera, que se ha metido en un espejismo computado y que lo que toca, ve, oye y prueba, son efectos propios de electrónicas respuestas programadas. ¡De locos! A vos no más se te podía ocurrir algo tan irracional. Estos absurdos no provienen de la mente lúcida que tenías cuando te conocí y me chiflé por vos. Todo lo que te está pasando, y hasta este artilugio de la computadora, me parece que los causa un surmenage de padre y señor mío. De otro modo, no puedo explicarme que hayás llegado hasta eso.

-¡Pero Natalia...! -, yo le quise protestar después de que alcancé a descifrar en el enredijo de palabras y mecanizados murmullos internos, lo que me iba diciendo, pero con ella no hay pero que valga. Siguió, siguió y recontrasiguió como si nada. Lo peor es que no paró el resto del día: en cuanto terminó con el párrafo que me había espetado de un tirón, volvió a repetirlo igualitico, sin cambiar ni una pausa, y así continuó el día entero. En la noche, con los ojos fijos en el cielo raso y rígida, como si sus carnes se hubiesen amojamado, siguió con su sonsonete, sin variar ni una palabra. En sus contornos se definía un algo utilitario y servil, como si toda su tiesura me reprochara: "mirá, Chema, aquí me tenés hecha a la medida de lo que querías programar en mí".

-Un robot es lo que necesitás y no una mujer-, me había dicho en más de una ocasión. -Un robot que elimine todo lo vital y emotivo que te estorba para que se dedique únicamente a servirte, servirte y servirte, lavarte la ropa, planchártela, preparar la comida, hacerle punta al lápiz, preparar los cocteles, lustrarte los zapatos, cepillarte los trajes, cuidar de tus hijos como si yo fuera padre y madre juntos, pagar las cuentas, depositar el dinero en el banco, llevar a los chiquillos a la escuela, traerlos, manejar de aquí y de allá al ballet, a la clase de piano, a ver a los amigos... sos un asesino en potencia, por-

que el más recóndito deseo tuyo es el de convertirme en uno de tus artefactos electrónicos que sí puede estar de pie día y noche dándole satisfacción a tus demandas de macho que se cree el ombligo del mundo.

Estaba agotado de tanto concentrarme en mi Computadora-Paráiso, y de lo mucho que me desgasta esta mostrenca de mi mujer con su tarabillo interminable. Como no podía callarla porque no es lo mismo dar órdenes a un aparato electrónico que a las personas, pues éstas se salen siempre con la suya, me puse tacos de algodón en los oídos y me eché a dormir... Es claro que la congoja me despabilaba: "mañana, -me decía para mis adentros-, mañana, sin pérdida de tiempo, llevaré a Natalia a un psiquiatra para que la vea... no cabe duda de que está desvirolada". Así, me quedé dormido. ¡Y cómo dormí!

Al amanecer desperté con una lucidez de la que hacía mucho no gozaba. Sin duda alguna, durante las horas de sueño mi subconsciente había seguido maquinando soluciones al circuito de comunicación que faltaba establecer en mi proyecto de la Computadora-Paráiso, pues me tiré de la cama con el problema resuelto y con muchos deseos de ponerla a funcionar de una vez por todas. ¡Imagínense ustedes la maravilla de poder salir y entrar a su antojo en un paraíso hecho a imagen y medida de cada uno de nuestros deseos!

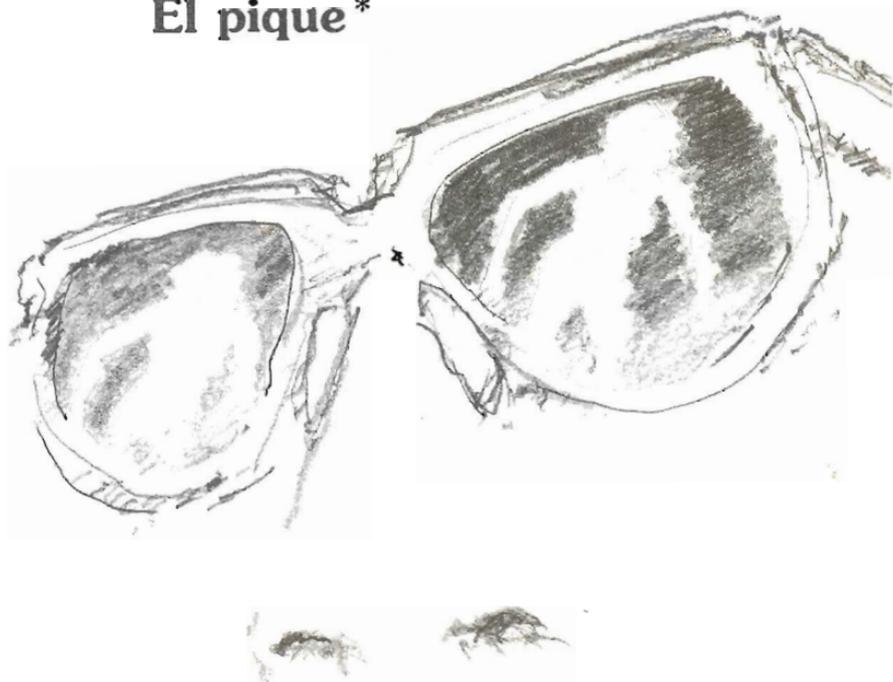
Todo el ímpetu se redujo a cero al descubrir que en la cama de Natalia, al lado de la mía, el lugar de ella lo ocupaba un horripilante robot, el cual se levantó también y con la voz de ella volvió a la carga de los reproches:

-Te lo advertí miles de veces, Chema: de tanto vivir entre peliagudos circuitos electrónicos, absorto en esa famosa Computadora-Paráiso, acabarías por robotizarte. Y ya ves las consecuencias... te quedaste encajado para siempre en el engranaje de tu propio invento porque nunca resolviste la manera de salir del espejismo de la pantalla, sólo cómo ingresar en él... Por supuesto, ayer, al escaparte de mí, sin prever el desenlace, te metiste a disfrutar del edén que habías venido construyendo para tu felicidad, aquel en el que me reemplazarías por un robot todopoderoso que desconociera el cansancio y no renegara nunca de cuanto le ordenaras. ¡Tal como lo querías! ¡Ja, ja, ja! Pero te salió el tiro por la culata. Yo sigo aquí, viviendo mi propia vida, con mis niños y mis deberes de siempre. Tendré que aprender a resignarme porque, ensartado ahí dentro, dejaste de ser mi marido y padre de nuestros hijos. Por tu parte, no tenés más remedio que esperar a que alguien te programe.

¿Ustedes se dan cuenta de su locura? ¡La muy ingenua todavía no ha descubierto que el robot computarizado es ella!

# LINDA BERRON

## El pique\*



Ella se aferra con los brazos a los flancos tensos del hombre, lo aprieta con las piernas, levanta un poco la cabeza, jadea, abre mucho los ojos, trata de mover la pelvis, jadea, se traga el aire a grandes mordiscos, quiere ir más aprisa, como él, que devora los segundos en impulsos secos y potentes, jadea, quiere alcanzarle, gozar con él, se apura, le clava las uñas y, desde la cama, escucha los gritos de los chicos, peleando como siempre el primer lugar para ducharse. Es exactamente en ese momento cuando ella sabe que es imposible, que él va a terminar, que jamás podrá darle alcance, y se deja, afloja los músculos para recibir el placer de él que se va desplomando lentamente sobre su cuello, con su aliento fatigado y la frente empapada.

Ella cierra los ojos: se ha ido de nuevo. Oye vociferar al pequeño en la puerta del dormitorio. ¡Se van a callar!, les grita con la tensión en el cuello aún rígido. Vuelve a poner la cabeza en la almohada. Sí, se ha ido de nuevo; el placer, el éxtasis, la fuga, el infinito, se fueron sin ella: como un tren que huye hacia el horizonte remoto.

\* Este cuento, escrito en 1991 quedó finalista en el premio "Ana María Matute" de Narrativa de Mujeres en 1992. Madrid, España.

Desaparece y ella queda mirando el vacío. Dentro del dormitorio cabe un enorme vacío. Desde el armario, que ella ordena todos los lunes, hasta la ventana, cuyos vidrios limpia todos los jueves, hay un espacio infinito que se lo traga todo.

El hombre le acaricia el pelo húmedo, le da un beso en la mejilla acalorada y se levanta. Ella lo contempla cuando desaparece tras la puerta del baño. El también se va, satisfecho, fuerte, descansado. Lo envidia. Ella se mira el cuerpo, ¿será éste un cuerpo torpe, incapaz de sentir placer?, ¿será sabio solamente para el dolor, la contracción, la inútil hemorragia?, ¿experto sólo en alimentar a otros, complacer a otros, acumular reservas en sus tejidos avaros para los malos tiempos?

Son malos tiempos ahora. Hay que mirar hasta el último cinco, ver qué camarón, negocito, botella, chiza, chorizo, cambalache se busca uno; o una. Ella prepara repostería para vender. El dinero no vale nada. El trabajo no vale nada. La vida en general se ha devaluado. Se mata por pinches dos mil pesos, a pesar de la inflación. La gente anda totalmente perdida y sale por donde menos se espera. Casi nada es predecible, sólo la incertidumbre o la rabia.

El se pone a silbar en el baño. Debe estar preparando el jabón de afeitarse. Lo imagina agitando la espuma con la brocha, le gusta esa costumbre. Ella se levanta y sonríe blandamente. Al menos, él podrá empezar bien el día. Necesita empezarlo bien, la vida está muy difícil. Mala época para las universidades; acaban de salir de un paro. Y eso es aquí, ¿qué será en los otros países de la región, o en Rusia con el invierno? ¿Qué le está pasando al mundo, hasta los gringos se quejan?

Se viste deprisa, antes de que los niños vayan a desayunar. También ellos necesitan empezar bien el día. Están en el colegio apenas, pero tienen que estudiar, tal vez eso les ayude en la vida, los ponga vivos. Si ahora los tiempos son malos, ¿qué les tocará a ellos? Al menos ninguno es mujer; quizá puedan alcanzar, con menos problemas, el tren de los bienaventurados.

Los encuentra en el dormitorio, gritando, revolcando el armario, todo lo pierden o recuerdan haberlo perdido en el momento exacto de salir. Y ella, que conoce cada centímetro cuadrado de la casa, cada libro, cuaderno, pañuelo, corbata, encuentra lo perdido. El final es siempre el mismo: les grita, es la última vez que les busca nada, se desgañita, se agota, es tardísimo, tarde para el colegio, tarde para él que hoy tiene que ir de gira a la costa, se va en el bus de la universidad, le deja el auto a ella para que lleve a los niños, vengo en la noche, o mañana, yo te aviso, te llamo, en todo caso me acordaré de vos, de tu cuerpo tibio por la mañana... se aleja disimula-

damente de él para abrir la puerta: por hoy ya no más, ni una caricia más.

Niños, vamos rápido. Arranca el auto, está frío, se apaga. Aprieta el embrague hasta el fondo, pisa fuerte, acelera, acelera, el motor ruge, el tubo de escape truena, pone marcha atrás y llega a la calle en un solo y raudo movimiento curvo. ¡Yuhuuu!, gritan los niños. Tontamente a ella también le entran ganas de gritar ¡yuhuuu! y apretar el acelerador hasta el alma para volar por las calles a toda mecha, un alto, reduce a segunda, un vistazo rápido, sigue, adelanta, pita a un taxi, osadía, semáforo rojo, es de peatones, no viene nadie, se lo salta, la curva rechinante, y lo mejor: el viento en la cara, la furia en la manera de respirar, de cambiar las marchas, de correr, de llegar a tiempo, tal vez, al tren del gozo.

Los niños se bajan, ¡qué chiva, mami!, adiós mis amores, sí, qué chiva. Mientras va a la carnicería, repasa mentalmente la nevera, el menú de la semana. En lo alto del mostrador, se encuentra al carnicero, canijo y sonriente; en la radio, a Julio Iglesias, *lo mejor de tu vida me lo he llevado yo, lo mejor de tu vida lo he disfrutado yo*. La voz meliflua se esparce sobre las carnes rojas, mutiladas y brillantes; dos kilos de molida especial, un kilo de bistec, ¿están suaves?, *tu inocencia primera, el despertar de tu carne*, eso es todo, gracias.

Paga a la carrera porque un camión está detrás de su auto, pita y vocifera para que se quite, que tiene que descargar mercadería, ya va, le dice con la mano, sale apresurada, se le cae un paquete, lo recoge, arranca, y aún en la ventanilla abierta le susurran: *tu inocencia salvaje me la he bebido yo*. Mira con furia al chofer y regresa a la calle principal atascada de autos; sortea un microbús, queda junto a un taxi, le cierra el paso, el taxista la mira, le hace señas; de mala manera le está ordenando que se corra hacia atrás, que se aparte, que se retire, que se rinda, ¡ni loca!, ella no se retira ni un centímetro, que se aguante, que se espere como todo el mundo, como ella. Avanzan los de adelante, ella los sigue bien pegada, que no se le ocurra meterse. Pasa el semáforo, por fin corre veloz por la calle, esquiva los obstáculos, los huecos en el pavimento, tuerce a la izquierda y toma la autopista. Ahí puede ir más rápido, pone la cuarta, a toda máquina, los tornillos flojos vibran, por la derecha le adelanta un BMW beige, vidrios ahumados, sin placas, recién salido de las bodegas de un barco europeo. Detrás le sigue un Mercedes blanco brillante, con vidrios ahumados, sin placas, salido del mismo barco o de uno parecido: no son malos tiempos para todos, hay gente con suerte.

Llega a la rotonda y se detiene, se adelanta poco a poco y aprovecha la lentitud de un autobús para lanzarse. El autobús pita,

alcanza a ver la boca del chofer silabeando vie-ja-i-jue-pu. Acelera para echarse encima de ella, para asustarla, para castigarle la insumisión de cruzar delante de él. El canalla le pasa rozando, qué rabia, qué ganas de pegarle, de gritarle, de parar el tránsito, de que explote todo.

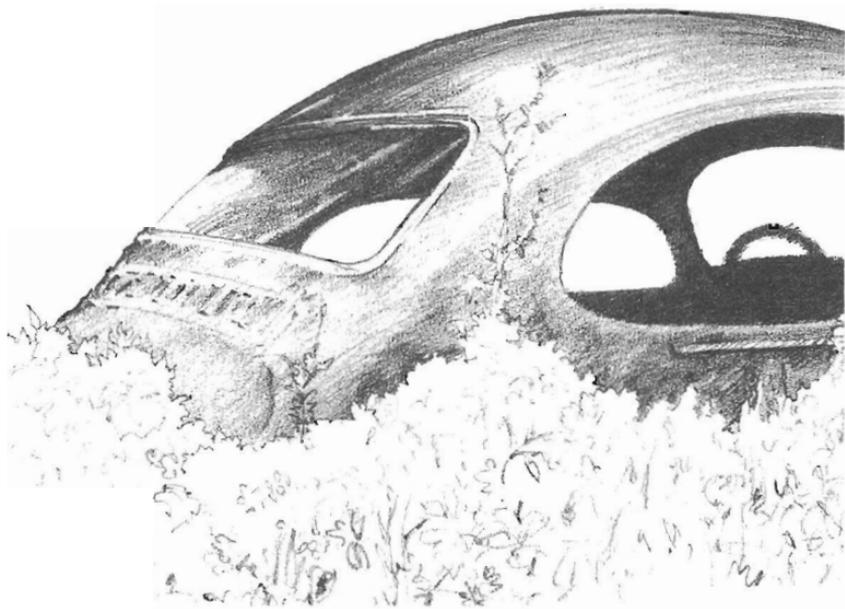
No quiere regresar a casa, no dobla en la esquina debida, sigue recto, continúa por la periférica lo más veloz que puede. De reojo, ve el parque vacío, unos perros con sus dueños, un par de policías a caballo, el lago rutilante. El aire vuelve a ser fresco en sus mejillas. Se aproxima la siguiente rotonda, se acerca al carril izquierdo, quiere entrar, pone el intermitente, pero un auto acelera para impedirsele. Es un Honda negro, cubierto de calcomanías brillantes, con dos muchachos adentro. El que conduce, un joven con verdes *rayban* fosforescentes, un aprendiz de ejecutivo tirando a lumpen, tiene una sonrisa carnívora cuando hace un quiebre hacia la derecha para asustarla. El otro, con la cabeza rapada, también se ríe.

Los dos autos llegan pegados a la rotonda. Ella pone el intermitente izquierdo pero el Honda se bambolea amenazante hacia la derecha. Ella aguanta un instante, pero luego cede, dobla también a la derecha, el Honda la adelanta y ella sigue detrás; se pega, furiosa, al claxon. El jovencito saca el puño izquierdo con el dedo corazón extendido. Ella ve la mano, ve el auto, ve las dos cabezas que se mueven, los hombros que se agitan, se ríen, malditos, mastica, se le han puesto los músculos del cuerpo como de hierro, no jadea, sólo aprieta los dientes, empuja el acelerador y se les pega detrás, así, bien cerca; mirame imberbe de mierda, sí, soy yo la que va detrás de vos, te sigo a toda velocidad y no me voy a quitar, hasta el fin, una perra de presa, ¿no me ves los dientes puntiagudos hacia atrás?, ¿no?, entonces qué mirás tanto, imbécil, jah no!, no tratés de escapar, voy detrás, ¿lo ves?, yo también me salto el semáforo, también doblo a la izquierda y luego a la derecha, también voy contravía, no me despego, toco el claxon, una vez, dos, las que yo quiera, que mire la gente, qué me importa, ajá, me decís que pase, cabrón, que te deje en paz, ja, ja, ja, ahora sí, ¿verdad?, ahora me "dejás" pasar, pasá vie-ja-i-jue-pu-ta, pasá, no me da la gana, maricón, sí, levantá los *rayban* para verme mejor, no te lo esperabas ¿a que no?, nadie te contó que podían invertirse los términos de los lobos y las caperucitas, que nadie ha robado nada y el espíritu salvaje está intacto, pues ahora ya lo estás aprendiendo, ahora que tenés forzosamente que parar, qué remedio ¿no?, tenés que esperar que los otros crucen, a pesar de las ganas que sentís de tirarte, de huir, de perderme, pero estoy aquí detrás, sí, soy yo la que te da un golpe seco en el bumper, sí, yo, ¿y qué?, te alterarás, el pobrecito auto de

tu papi, alzás los brazos, no entendés nada, nada, ya no sacás la mano con tu dedito levantado, ni siquiera salís a enfrentarte conmigo, ya no te reís, tu amigo ya no agita sus cuadrados hombros sonrientes, se miran los dos, preguntándose cómo salir de ésta, cómo huir de una loca. Ya lo sabés, lo has aprendido, no habrá impunidad de ahora en adelante, en cualquier esquina puede despertar una exbelladurmiente, una mujer loba, creo que ya lo sabés, por eso me adelanto en esta curva, paso al lado tuyo y me atravieso delante de vos, te acorralo, te quedás ahí prensado, me bajo del auto, me acerco y te sonrío, lo que debe desconcertarte aún más, y ya a tu lado, te digo con una voz que no has escuchado nunca en tu pinche vida: ¡las mujeres primero!



## El esclavo sin dueño\*



### 1

A las nueve suena el teléfono de la policía. Un hombre aburridísimo contesta.

-Policía metropolitana a la orden.

-Mire, le hablo de la urbanización San Cristóbal.

-¡Otra vez lo del carro!, murmura con pereza.

-Es por el asunto del carro abandonado. Ya les he explicado que es un problema para el vecindario. En la noche se meten mari-guanos escandalosos, parejas desvergonzadas, borrachos ronca-dores...

---

\* Este cuento, escrito en el año 1986, obtuvo el Premio Unico en la rama de Cuento de los Juegos Florales de Centroamérica, México y Panamá, en 1991, Quetzaltenango, Guatemala.

-Sí, señora.

-Y durante el día, como esta calle es superestrecha y de dos vías, se hacen unas presas interminables, suenan las bocinas...

-Sí, señora.

-Queremos que se lo lleven. La municipalidad se desentiende de todo, que ya hacen bastante, dicen, pasando de vez en cuando a recoger la basura con esos camiones que se les escocheran tanto, tal vez ustedes.

-Sí, señora. Vamos a mandar una grúa.

-Una grúa ya no sirve, le han sacado las ruedas.

-Está bien, señora, ya veremos... nos lo llevaremos en brazos, rumia el policía para sí.

Sólo queda el color azul de lo que era antes. Le había puesto Cristóbal, como el santo que pasaba peregrinos de una orilla a otra del río. Siempre le había gustado esa historia. El gran Cristobalón desnudo, temido y odiado por cuantos lo encontraban en poblados y caminos. Buscaba un dueño en esta tierra, un amo poderoso que se hallara por encima del terror; un hombre tan valiente que pudiera hacerse cargo de aquel cuerpo de titán con ojos de centella. A nadie encontró Cristobal, nómada de dueño en dueño, hasta que un día pasó a Cristo sobre sus hombros y con él, sin saberlo, a la humanidad entera.

Lo primero que hicieron fue romper los vidrios y llevarse el radio. Después alguien arrancó el volante. Las placas, la bola negro brillante de las marchas y los espejos, al otro día. Un equipo de expertos se llevó el motor y el parabrisas. Los asientos quedaron en su lugar para recibir mansamente los humores de la noche: vómitos, semen, licor, lluvia. Por último se llevaron las ruedas. Quedó en el suelo, agotado e indigno. Alba lo observa con lástima. Pasa la mano finísima por su lomo. Sí, es el carro de mi esposo, pero ¿dónde está él?

Los agentes le habían dicho que ningún hombre adulto desaparece así como así. Descartado el secuestro, lo más seguro es que se haya ido. ¿No ha escuchado usted el cuento de los miles de hombres que salen en la noche a comprar cigarrillos y no regresan nunca?, le preguntan.

Mira a su alrededor los carros apilados en montañas de chatarra. Recuerda la pelea que tuvieron aquella mañana antes de que ella se fuera. Le había jurado no volver con aquella mujer, no faltar más al trabajo, jurado, con lágrimas, con besos y ella volvió a creerle: es la última vez, le avisó. Ella no permitiría compartirlo con otra mu-

jer, después de todo lo que había hecho por él, le dijo, no soportaría la humillación, el agravio. Pero sabía que era incapaz, y se marchó de casa aquella mañana cuando supo que había vuelto a verla. Y ahora es él quien desaparece. Cómo puede haber alguien que tire por la borda un buen matrimonio, un buen trabajo, un buen nombre, un buen futuro, por culpa de una cualquiera, pensó con rabia.

Recordó aquella casa desde la calle lastreada, su carro azul estacionado en la rotonda, ya no lo podría negar.

-Sí, seguramente se ha ido, respondió con dureza. Vean, yo no les había dicho que mi esposo tenía otra mujer. Pueden ir a preguntarle, se llama Beatriz, seguramente sabe algo.

Les dio la dirección y salió pisando con las puntas de sus zapatos italianos para que los tacones no se clavaran en el fango.

## 2

Beatriz se acomoda en un rincón del sofá, las piernas encogidas, los brazos en torno a las rodillas: una pequeña esfera que se podría amasar hasta convertirla en una bola de lana, el juguete preferido de los gatos.

Cuando era joven, la gente tenía la manía invariable de acariciarle la cabeza, un revolcón suave en el cabello chuzo, impulsados tal vez por la fragilidad de su cuerpo o por la descomunal tarea que parecía haberse impuesto a sí misma: hacerle siempre caso al corazón. Hay personas así, se tiran a la vida como el toro de lidia al ruedo, con coraje, a pelear, a partirse el alma, aun sabiendo que al final está la muerte. ¡Qué retórica es la vida!

Hace mucho tiempo de eso. Ahora nadie le revuelve el cabello, no hay muchos ruedos donde lanzarse y sus días se repiten con la obstinación de un reloj. Cuando la necesidad humillante de ver gente, aunque sea de lejos, se vuelve ineludible, va al cine, a una iglesia, a una tienda del centro. Detecta en esos lugares otras mujeres solitarias como ella y le da vergüenza su miseria. Al regresar a casa, la soledad es mayor, y el abatimiento.

Observa la yedra palpitando en la ventana. Desde que él se marchó, Beatriz se ha replegado tan adentro de sí misma que sólo los automatismos más ciegos responden a los requerimientos del exterior. Una mínima atención concedida a las apariencias circundantes le permiten, por ejemplo, calcular el primer paso y después seguir, olvidando el resto de los peldaños.

Hace noventa y nueve días que lo vio por primera vez. Le aconsejaba, desde un escritorio de lujo, cómo invertir sus pequeños

ahorros. Serio y gentil, su mirada oscilaba del busto a la boca. Beatriz aceptaba con indulgencia los ojos de experto tasador. A cierta edad, esas cosas dejan de molestar. La acompañó hasta la puerta de su oficina, la mano izquierda quemando en su cintura, los ojos frente a frente al despedirse y no le fue posible negarse cuando la invitó a comer ese mismo día. Desde el primer momento luchó por no ilusionarse, pero después, la dulce consigna de hacerle siempre caso al corazón, pudo más. Sentía el vértigo ante algo que podía ser "lo último". Volvió a fantasear día y noche, sin el peso de una realidad turbia amarrada al cuello. Aquel hombre había abierto candados y puertas, había soltado las amarras con su mirada tierna y decidida.

Se encontraron varias veces más antes de que él la invitara a un motel. Se sintió insegura de su cuerpo, tanto tiempo sin haber amado. Soy mayor que tú, le dijo. No importa, nada importa en el amor, le contestó con cierto tono épico. Beatriz temió que se tratara de un coleccionista y entonces ella sería un trofeo más en su estantería íntima. Aun así aceptó, a pesar de verse ya formando parte del capítulo dedicado a mujeres mayores, divorciadas y morenas.

El recuerdo de aquella primera vez la enternecía por su torpeza y precipitación. No hubo ternura, ni palabras, sólo el gesto frenético y silencioso. Y volvió a las citas siguientes esperando con obstinación que el cambio se produjera. Suponía que en algún momento sería capaz de penetrar el interior de aquella estatua que convertía cada coito en una proeza física, un alarde gimnástico. Actuaba como si una cámara lo estuviera filmando, pero la cámara eran sus propios ojos mirándose. Se disfrutaba a sí mismo como un *voyeur* por el ojo de una cerradura. Un día, Beatriz le propuso dejar los moteles y verse en su casa, una casa antigua y soñolienta, cubierta de yedra en un barrio tranquilo. Quería huir de los espejos obsesivos en los que él se buscaba sin descanso.

Primero se veían una vez por semana, los martes, el día de la guerra, del tigre, sin hacer caso de premoniciones aciagas. Después, alguno de los dos no podía esperar y buscaban un encuentro fortuito que acabó codificándose en algunos lugares estratégicos de la ciudad, especialmente una esquina luminosa por donde pasaba el tren. Beatriz jugaba a pensar que un destino superior los unía en lugares imprevistos y eso la hacía sentirse en sintonía perfecta con el alma del universo. Nunca le preguntó el por qué de todo aquello, qué buscaba en su relación con ella y sobre todo, nunca le preguntó por su mujer. Era tan feliz, que prefería andar de puntillas en aquel sueño.

Lo que sí le preguntó un día fue la razón de su actitud de fotógrafo pornográfico. Se encontró como respuesta una sincera expresión de desconcierto.

-No lo sé, le contestó, no me había dado cuenta. Tal vez quiero convencerme de que efectivamente soy yo, que este cuerpo es mío y que debo gozar lógicamente. Cuando estoy con Alba es distinto, es ella la que me mira, me escruta en cuerpo y alma como quien muerde con el colmillo una moneda sospechosa.

Después enmudeció. Beatriz se dio cuenta de que a partir de ese día, una compuerta muy profunda había cedido en su interior. Hacia el amor mirándose mirar, cada día más ensimismado.

Una noche llegó a su casa con aire abatido. Se dejó caer en el sofá como quien tira un vestido vacío y permaneció con la mirada fija en una esquina de la alfombra. Cuando Beatriz se acercó y empezó a besarle, la apartó de sí con dulzura.

-¿Qué sucede?, le preguntó.

Volvió a mirar el mismo punto de la alfombra.

-Estoy cansado, Beatriz, cansado de sentirme manejado en el trabajo, de esforzarme por mantener mi matrimonio, de buscarle un sentido a nuestra relación, de salvar algo de mí mismo en esta farsa de vida.

Se hundió más en el sofá. Beatriz lo miraba amorosa e impotente.

-Una farsa, una cadena estúpida de obedecer y escapar. Trato de reunir tanto fragmento de una identidad que se me escapa. Quizás por eso me observo tanto, Beatriz, me busco y eso me fatiga, me aburre este rompecabezas interminable.

Tampoco tenía sentido torturarla a ella. Se dejó besar en la puerta, y se marchó. Su carro le estaba esperando en la rotonda.

### 3

¿Por qué me siento en este carro mejor que en ninguna otra parte del mundo? Está muy viejo, dice siempre Alba, deberías cambiarlo, no es apropiado para tu trabajo actual... ¡apropiado, propio!, es lo único verdaderamente mío, tanto como mis pies o mis manos, mucho más que mi trabajo, ajeno, colgado al cuello, "mi" trabajo... el trabajo de ellos, lo mío, doblegarme, sonreír y agradecer esa tortura. Desde el primer día.

Allí nos esperaba Johnny, sentado tras un elefantiásico escritorio de vidrio y acero inoxidable, aire acondicionado, alfombra mullida, escultura de mármol, el bueno de Johnny, sonriendo siempre aunque no venga a cuento, Johnny camaleón triunfador, escalador de pirámides, inhalante ocasional de cocaína en las fiestas de

altura, disfrazado de guayabera, de piloto, de smoking, de financiero, de político, de golfista, de lo que haga falta porque en la variedad está el gusto y la versatilidad es su fuerte, el bajito de Johnny, avanzó hacia nosotros caminando con los talones, envarada la espalda, erguido siempre, ni huraño ni retorcido como suelen ser los bajitos, conciliador, abierto de piernas a cualquier cosa rentable, trasegable, contrabandeable, un olfato de sabueso para los grandes números, la especulación, las operaciones internacionales, una facultad innata para las influencias, las intrigas, los sobornos con estilo, íntimo de los altos funcionarios del gobierno de turno, asiduo de las recepciones diplomáticas, equidistante de la izquierda y la derecha, en el punto preciso donde el interés manda, ambicioso, emprendedor, devoto del éxito, admirador incondicional de los triunfadores, sonreía, daba un beso a Alba, enlazaba su talle con labiosa galantería, Alba querida, pasa, así que éste es el joven del que me hablaste, mucho gusto, siéntese por favor, su imagen doble me miraba desde el hielo del vidrio, creo que nos vamos a entender, nos puede ser muy útil su experiencia en esa finca cercana a la frontera, sus contactos, y yo como los tres monos: ni ver, ni oír, ni hablar, un sumiso ejecutante, obedecer, sonreír, cerrar operaciones dudosas, manejar cargamentos sospechosos, jugarme el tipo, olvidarme que tengo horror a las avionetas y unos sueños empolvados, y Alba feliz de verme formar parte, finalmente, del círculo selecto, círculo cerrado, círculo vicioso, donde se habla *spanglish*, se coleccionan tarjetas de crédito, se tienen cuentas en el exterior, se viaja en primera a cualquier parte de la tierra según la época del año, se intercambian direcciones de los restaurantes más exclusivos en las ciudades más caras del mundo, muy *vip*, muy *r. s. v. p.*, carros último modelo, donde Alba sueña entrar por todo lo alto, del brazo de un ejecutivo, un *yuppi*, un ratón advenedizo experto en laberintos ya que no pudo ser del brazo heráldico de un altoburgués de rancio apellido, todo lo rancio que puede ser de este lado del charco, donde, me repite con frecuencia, hay que saber cultivar ciertas relaciones, no basta con trabajar para hacer dinero o para tener éxito, qué pensabas, hay que buscar las oportunidades y si no las hay, fabricarlas, y no sé por qué me lo dice a mí, por qué me ha elegido para redimirme de mi naturaleza tímida, de mi vocación de fracaso, por qué quiere jugar a Pigmalión conmigo, trabaja, lucha, gana, triunfa, Alba querida, ya no puedo más.

Era insólito el lugar que había escogido el azar para juntarlos, en medio de unas fiestas populares, una celebración patriótica y salsera, cimarrona, olor a chicha, polvo y marimba. Se divisaron

como un espejismo: la piel bronceada de él, el vestido blanquísimo de ella. La estuvo siguiendo con la mirada de chinamo en chinamo, bebiendo jugo de caña, mordiendo risueña el algodón de azúcar. De alguna manera desconocida para él, se sentía herido por la entereza de su cuello, su risa, el aire de dominio que dejaba patente en cada gesto.

La acompañaban dos hombres; uno vestía una guayabera como quien lleva un disfraz en carnaval, el otro, una fatiga verdeoliva.

La observó alejarse en un volvo plateado como en una nave extraterrestre y se sintió vencido en una batalla imaginaria. Se fue a dormir el bochorno del mediodía bajo el ventilador ruidoso de su cuarto y poblaron sus sueños los fantasmas de siempre, hediondos a frustración y ron.

Vio en sueños un cuadro colgando de un árbol calcinado y, en lo alto de las ramas blancas, un zopilote hambriento con el cuello rojo y desplumado. Cuando se acercó a mirar el cuadro, se dio cuenta de que era su título, apergaminado y amarillo al otro lado del vidrio y cuando lo fue a tomar, el árbol se vino abajo en cenizas y el zopilote alzó el vuelo aleteando sobre su cabeza.

Tres meses llevaba trabajando en la finca, el nuevo administrador, después de un año de paro encubierto por tareas insulsas de cuarto de tiempo en laboratorios de la universidad. Tres meses de fingir unos conocimientos y una autoridad que no poseía, de jugar al rudo, al macho, entre sabaneros, hombres curtidos que le llamaban ingeniero con un servilismo malicioso. Tres meses de soportar un calor infernal, tragar polvo y comer inmensos platos de gallo pinto y bistec, de huir en el carro a la playa más cercana y zambullirse furiosamente en el mar y buscar por la noche una mujer de carne dura y morena, lo más desconocida posible, para olvidarse de todo por un rato.

Era de noche cuando salió a la calle esperando encontrarla. Caminaba despacio entre el gentío ruidoso. Desde el cajón de un camión, le miraron los ojos asustados de un imponente toro cebú y le dio entre risa y pena sentirse tan cercano de aquel animal.

La vio cuando subía por una tabla al improvisado tendido de la plaza de toros y se apresuró para cerciorarse del lugar que ocuparía. Se sentó exactamente detrás de ella y estuvo mirándola todo el tiempo, sin prestar atención al estruendo de los fuegos de artificio ni a la ofensa humillante que una vaquilla desorientada sufría en el ruedo. Observaba con deleite su espalda desnuda, cruzada por la equis blanca de los tirantes, las líneas tersas de los omoplatos, los hombros redondos, la nuca, el cabello estirado y recogido en lo alto de la cabeza como un penacho glorioso, la curva pequeña de la ore-

jas, y se dejó llevar por aquella geografía de ensueño, imaginándola ya entre sus brazos, la boca salada de mar. Entonces ella se volvió a mirarlo y sorprendió, con una sonrisa cómplice, la caricia oculta de su mano izquierda sobre el pantalón. La mirada de Alba duró unos segundos, lo suficiente para manifestarle su interés sin mostrar debilidad. Lo suficiente para que él deseara cambiar su vida entera por estar junto a ella. Desde aquella primera mirada, Alba dejó marcada la ruta por donde avanzaría su relación y los papeles que a cada uno le tocaría jugar.

## 4

Esta noche ha vuelto a llegar tarde. Alba reconoce el aire ausente de los últimos días, las palabras distraídas, cierta dejadez al desnudarse, una apatía blanda que le sale de las uñas. El espacio blanco que siempre nada entre los dos, se hace abismo en momentos como éste. De nada sirve hablar, piensa Alba, palabras burbujas que se desintegran, puentes lanzados como un anzuelo que regresan sordamente al punto de partida.

Hace algún tiempo, esos momentos vacíos tenían una magia equívoca: dos expedicionarios perdidos en la nieve, compartiendo el silencio, oscilando entre la solidaridad y el canibalismo. Alba llegó a pensar que el matrimonio podía ser justamente ese delicado equilibrio entre lo posible y lo real. Pasión, deber, sexo, cariño, a veces todo, a veces nada, pero en el fondo un compromiso de compartir la vida, una solidaridad incondicional y profunda entre los dos; en ocasiones un refugio, en otras un trampolín; un plan a largo plazo donde resulta de similar importancia compartir la cama o un mismo sentido del humor.

Pero en las últimas semanas, el espacio blanco se ha ido haciendo herida con un borde en cada cuerpo, una grieta de la carne que obliga a sospechar el magma interno que pugna por brotar. Cariño, se aventura a decirle, la mano atraviesa una estepa helada hasta su hombro. Cariño es una piedra que retumba mientras cae sin llegar nunca al fondo. Lo ha dicho sin pensar, como quien tira un salvavidas a un naufrago o como quien obedece a una consigna secreta escondida en un deber ser muy antiguo. Sin embargo, la palabra ha nacido con tono de derrota. Se acuesta en silencio a su lado y piensa en dos sarcófagos egipcios, uno al lado del otro en la cámara real de una pirámide. No se hablan, no se tocan: al lenguaje del sexo le ha llegado también el momento de enmudecer.

El enciende el último cigarrillo de la noche. ¿Sí?, le responde. Ella no contesta. ¿Cómo empezar a hablar de un círculo que no tiene principio ni fin?, mover un dedo en el aire, agitarlo con los ojos cerrados y detenerse en un punto al azar, por ejemplo: por qué estás llegando tan tarde, hay otra mujer, o hace tres días que no vas a la oficina, Johnny ha llamado varias veces muy preocupado, o qué te pasa, ya no me quieres. Frases como adornos de navidad en la basura a finales de enero, un inventario de reproches que repugna a su espíritu altanero. Por eso finalmente se da la vuelta en el lado izquierdo de la cama y no dice nada.

En el más absoluto silencio he bajado a la biblioteca mientras Alba duerme. Apenas empiezo a leer, un ruido sordo en el vidrio de la ventana me sobresalta. Imagino a alguien golpeando con los nudillos desde afuera. Al poco rato vuelve a sonar el golpe pequeño y decido acercarme con cierto escrúpulo. Descubro una pequeña mariposa, negra y gruesa, con algo de abejón, que revolotea cerca del vidrio.

Regreso al libro con cierta sensación de chasco. No sé por qué me encuentro siempre tan dispuesto a lo maravilloso cuando la vida se dedica a desalentar con tanto ahinco esta tendencia. Recomienzo la lectura y vuelve a sonar. Ahí está otra vez esa torpe mariposa negra. La veo alejarse unos metros, girar en torno a la lámpara, regresar al vidrio, se lanza contra él, se estrella, se va a destrozar, pienso sin lástima, y ella continúa con la terquedad más lamentable del mundo en esa tarea imposible de atravesar el vidrio. No posee el más mínimo instinto que le advierta de lo absurdo de su esfuerzo. Me resulta estúpida y detestable y creo que tengo deseos de matarla, pero al mismo tiempo me produce un asco paralizante. No puedo imaginar sin náuseas entrar en contacto con ella, ni siquiera a través de un zapato.

Quisiera seguir la lectura o fumar otro cigarrillo, pero sus golpes insistentes me martirizan. No sé por qué me irritan tanto. Me detengo en ese sentimiento que me sabe a culpa: parece que llora o ruega o se lamenta desesperada, pero yo no puedo hacer nada por ella, yo menos que nadie. No tengo fuerzas ni para hacerme cargo del dolor de una mariposa. Seguramente Alba podría, ella es fuerte, perfecta, pero después de salvarla quién sabe lo que le pediría a cambio, siempre pide más de lo que uno puede dar.

Desearía que en este momento Beatriz estuviera aquí y me abrazara tiernamente.

Alba se fue. Después de su estridente portazo, hice cuanto pude: maldecir, fumar, beber, pero el nudo que tenía adentro, lejos de disolverse, se extendía, me oprimía el diafragma hasta el ahogo. En el aire impregnado de insultos y recriminaciones sólo deseaba correr hacia un lugar: aquella casa, en acercamientos sucesivos, la acera de enfrente, la yedra por las paredes, el jardín, las hortensias azules, mi mano tocando la puerta con ese susto fabuloso de los sueños prohibidos. Luego me alejaba, sólo para regresar a la acera y repetir el obsesivo camino, el juego fantasmal de las repeticiones donde llegar es sólo el recommienzo. La imagen de Beatriz se hacía brillante, un punto que latía, se dilataba, todo lo demás borroso a su alrededor.

Traté de resistirme, caminé de un cuarto a otro por la casa más sola del mundo, percibiendo con agudeza la expectación de los muebles, en especial de la cama, del armario abierto y vacío. Ir de nuevo allí, refugiarme en su abrazo, volver a experimentar la gratitud en algún espacio de mi vida. Querida, deseada Beatriz, me sentía atado a ella porque nunca pedía nada. Tenía que volver, a pesar de las promesas exigidas por Alba, a pesar de las promesas que me había hecho mil veces a mí mismo.

Cómo humillan las compulsiones, sentir el barco a la deriva manejado por un capitán fantasma, y uno en el rincón de una bodega, rumiando la manera de abordar a ese loco, buscando argumentos para convencerlo. Qué te da esa mujer, preguntaba Alba, no sé, no sé, te lo juro, la necesito, no la quiero, me hace falta, lucho contra ello, pero qué puedo hacer. Qué puedo hacer ahora, comerme las uñas, arrancarme el cabello uno por uno, pudirme de impotencia y finalmente, lo sé, dejarme ir, un poco más carcomido el amor propio.

Me senté en el carro, abatido y contento al mismo tiempo, de alguna manera feliz a pesar del terrible vacío que sentía, o tal vez debido a él. Empecé a recorrer muy despacio las calles húmedas. La satisfacción de pasar, simplemente pasar, me fue ganando. Me siento a gusto cuando manejo, en especial un día como hoy, un momento como éste. En eso pienso ahora, olvidar el punto brillante o el armario vacío.

Cierro el vidrio y pongo música, *sweet dreams are made of this*, me dejo ir, traer y llevar por la ilusión del movimiento, los postes de un tren infantil pasan de largo mientras yo permanezco, acurrucado en la ventanilla, sobrecogido por la lujuria de la selva que pasa.

Alba se fue. Después de su estridente portazo, hice cuanto pude: maldecir, fumar, beber, pero el nudo que tenía adentro, lejos de disolverse, se extendía, me oprimía el diafragma hasta el ahogo. En el aire impregnado de insultos y recriminaciones sólo deseaba correr hacia un lugar: aquella casa, en acercamientos sucesivos, la acera de enfrente, la yedra por las paredes, el jardín, las hortensias azules, mi mano tocando la puerta con ese susto fabuloso de los sueños prohibidos. Luego me alejaba, sólo para regresar a la acera y repetir el obsesivo camino, el juego fantasmal de las repeticiones donde llegar es sólo el recomienzo. La imagen de Beatriz se hacía brillante, un punto que latía, se dilataba, todo lo demás borroso a su alrededor.

Traté de resistirme, caminé de un cuarto a otro por la casa más sola del mundo, percibiendo con agudeza la expectación de los muebles, en especial de la cama, del armario abierto y vacío. Ir de nuevo allí, refugiarme en su abrazo, volver a experimentar la gratitud en algún espacio de mi vida. Querida, deseada Beatriz, me sentía atado a ella porque nunca pedía nada. Tenía que volver, a pesar de las promesas exigidas por Alba, a pesar de las promesas que me había hecho mil veces a mí mismo.

Cómo humillan las compulsiones, sentir el barco a la deriva manejado por un capitán fantasma, y uno en el rincón de una bodega, rumiando la manera de abordar a ese loco, buscando argumentos para convencerlo. Qué te da esa mujer, preguntaba Alba, no sé, no sé, te lo juro, la necesito, no la quiero, me hace falta, lucho contra ello, pero qué puedo hacer. Qué puedo hacer ahora, comerme las uñas, arrancarme el cabello uno por uno, pudrirme de impotencia y finalmente, lo sé, dejarme ir, un poco más carcomido el amor propio.

Me senté en el carro, abatido y contento al mismo tiempo, de alguna manera feliz a pesar del terrible vacío que sentía, o tal vez debido a él. Empecé a recorrer muy despacio las calles húmedas. La satisfacción de pasar, simplemente pasar, me fue ganando. Me siento a gusto cuando manejo, en especial un día como hoy, un momento como éste. En eso pienso ahora, olvidar el punto brillante o el armario vacío.

Cierro el vidrio y pongo música, *sweet dreams are made of this*, me dejo ir, traer y llevar por la ilusión del movimiento, los postes de un tren infantil pasan de largo mientras yo permanezco, acurrucado en la ventanilla, sobrecogido por la lujuria de la selva que pasa.

Llueve débilmente y el parabrisas brilla atomizado. No quiero limpiar las gotas, no quiero detenerme, no quiero hacer nada que signifique tomar conciencia de mí, ese limosnero mugriento. Con qué molestia freno en los semáforos rojos, qué contrariedad tan profunda me suponen los altos y los peatones, los niños de mirada adulta que me piden limosna o me venden periódicos.

Alargo el camino, atraso la llegada, me invento rutas por barrios hacinados y hostiles, espío de lejos el interior de alguna casa por la puerta entreabierta, ese aire de hogar asfixiante y mísero que siempre me ha sobrecogido.

No sé de dónde, si del collage incoherente de una pared de tablas horizontales, o de los anuncios amontonados sobre las aceras o de los huecos incrustados en las calles, pero me empieza a llegar serpenteando una rota sensación de absurdo. Me pongo a leer los rótulos de sodas y pulperías como si el mundo fuera un diccionario, pero algo se me empieza a escapar detrás de la superficie de las cosas.

Un raro presentimiento me asalta: no voy a saber llegar. Tengo un sobresalto, una extrañeza de mí mismo. Intento sin mucho éxito imaginar el plano de la ciudad, los puntos cardinales, la cuadrícula perfecta de calles y avenidas, la clara geometría del espíritu, pero el plano está vacío, un hueco blanco. Será esto fugaz, me pregunto, un leve vaivén del líquido en el caracol o quedaré para siempre suspendido en este colchón de aire .

Sigo sin saber por dónde voy, amordazo las preguntas, juego al escondite: me estoy dando tiempo. De pronto trato de recordar a dónde iba y ya no puedo, no recuerdo cuál era ese punto brillante que hace un momento recordaba a pesar del plano blanco. A dónde iba, me pregunto en voz alta, qué lugar era ése, no es posible que lo haya olvidado, era importante, al menos eso creo. Tal vez deba regresar, pero a dónde. Tampoco sé de dónde vengo. Todo se enturbia. Me aferro al volante y sigo avanzando en un vacío aterrador. Me muevo muy despacio y respiro lentamente, tratando de ignorar, de fingir que no sucede nada, que esto va a pasar.

Orillo el carro en una esquina y apago el motor. Escucho la lluvia salpicar en el asfalto, en los vidrios. Me siento muy cansado. Cierro los ojos y dejo pasar el tiempo. Ya casi sin temor me atrevo a preguntarme: quién soy, cómo me llamo. En el silencio sólo veo escenas de viajes interminables; en ellas soy un niño de la mano de mi madre. Cajas de cartón, valijas, baúles de madera, la sirena de un barco, el mar que sube y baja en el horizonte, después un tren, el paisaje hermético y verde, y yo acurrucado en la ventanilla casi muerto de calor. Trato de mantener esas imágenes, enfocarlas me-

jor, escudriñarlas, reconocer mi rostro, pero se desdibujan hasta borrarse. Y así, como en un sueño que se olvida al despertar, a pesar de los esfuerzos por retenerlo, se va yendo como en hilos todo lo que sabía de mí.

Soy un huérfano absoluto, humo de brasas apagadas o inexistentes. Todo lo que haga a partir de este momento no tendrá ningún sentido; el estar dentro de este carro o de este cuerpo se convierte en puro azar. Miro hacia afuera y digo en voz alta: está empezando a oscurecer. Esta constatación adquiere en el vacío unas dimensiones inmensas, la conciencia del universo, del día y la noche, de la tierra dando vueltas alrededor del sol y yo sobre ella viendo partir la luz. Comprendo que este cuerpo es lo único que tengo y esta conciencia náufraga aferrada a él.

Salgo del carro y agradezco las gotas de lluvia sobre mi cara. Respiro hondo el aire húmedo de la noche y compruebo con cierta alegría la extrema ligereza de mi ser. Antes de cerrar la puerta miro una bolsa de tela en la parte inferior. La esquina de un sobre rojo se asoma, se dobla levemente, me observa. Imagino los papeles que debe contener: mi nombre, mi dirección, números, hilos sueltos, raíces de jaúl. Su provocación se pierde en mi indiferencia. Un alivio extraordinario me atrapa cuando logro expresar exactamente lo que siento: qué pereza saber. Y me sonrío de mi susto y de mi alivio. Uno se pasa la vida forjando la bendita identidad, luchando por mantenerla íntegra, libre de ataques y alienaciones, a salvo de contradicciones destructivas y ahora, aquí estoy, la tiro por la borda a un mar vacío, olímpicamente, como un mito exhausto que ya no sirve. Estoy liberado de ese fardo, soy un punto en el tiempo y en el espacio, lo que siempre fui tal vez, anónimo y ahora feliz.

Acaricio el carro: el último testigo de lo que fue mi vida. Me cuesta disimular mi afecto pero tendré que olvidarlo a él también. Un segundo me atrapa la nostalgia con las llaves en las manos. No hay caso, me acerco a la alcantarilla y las dejo caer. Camino a la deriva y antes de doblar en una esquina, miro hacia atrás. Allá quedó, tan azul; parece más pequeño, quieto como un perro obediente. Soy consciente del abandono total cuando dejo de mirarlo y sigo adelante por otra calle.

## 6

Beatriz se acerca a la ventana. Contempla la yedra, su verde más negro que nunca. Después se acerca a la cómoda y saca el

cuaderno donde ha ido sembrando diariamente su tristeza. Recuerda la búsqueda inútil por los rincones más amables de la ciudad, los que espieron su amor: "Esta es la esquina más triste de la ciudad, la más triste de la tierra. Una oscuridad que sale de mis ojos la cubre de ceniza. Todos los días vengo, por la mañana, por la tarde, a veces también por la noche, anhelando vislumbrar tu figura erguida, desde lejos, y a medida que me acerco la tristeza me disuelve, me aniquila, soy nada sin ti, amor mío, sin tus manos entre las mías, mirando el púrpura del color atardecido.

Pasan los días y no sé nada de ti. No has vuelto a mi casa ni a la esquina luminosa donde nos encontrábamos cuando la espera se hacía insostenible. Odio el silencio del teléfono, el vacío de mi cama. Me odio a mí misma. Todas las noches me duermo llorando y tengo pesadillas monstruosas que me hacen gritar y golpear el aire. He llamado a tu casa mil veces, esperando oír tu voz, o la de ella, no me importa, ya no me importa nada. También a tu oficina, a todas partes, con tal de saber de ti.

Vinieron a mi casa a buscarte. Profanaron nuestro mundo con sus placas prepotentes, esparcieron por el aire nuestras caricias secretas, pronunciaron nuestros nombres con la boca más sucia y abyecta. Estoy acostumbrada a que mi sexo, mi estado civil y mi soledad me conviertan en presa fácil, pero no me arredré ante ellos, sí, les grité, afirmando mi amor como mi vida, lo conozco pero no está aquí, hace días que no viene. No me asustan sus amenazas, pero sí tu ausencia. Por qué no has vuelto, no adivinas este dolor mío, este desmadejarme en el aire como un hilo de humo, ovillo de lana, esta blandura de mi cuerpo que se sale de sus bordes para fundirse con la lluvia, las dos palmeras, el clavelón, el árbol de anona, el tren que pasa y yo soy un banco de piedra, menos que eso, el aire que se asienta sobre un banco de piedra solitario, una caja dentro de una caja dentro de una caja dentro de..., una ilusión, un vacío violeta, el fantasma del andariego que no encuentra reposo ni en las hamacas más suaves del camino, ni en los lechos de piedra, un rayo que no cesa, buscándote al otro lado del incendio, esculpiendo cenizas, dando forma a lo imposible, buscando la carne de los sueños, a pesar de la inmensa pereza de vivir cuando tú no estás. No amaré nunca a nadie más, querido mío, esa es mi pobre y absurda venganza. Y aun así será demasiado poco. Cómo podré sobrevivir sin ti después de haber herido lo cotidiano con la magia de tu sonrisa, por qué no regresas, cómo te abrazaría si volvieras. Quisiera quedarme aquí, en esta esquina, esperando que regreses o esperando hasta morirme".

Esta calle es igual a la anterior. No se me ocurre qué puedo hacer excepto seguir en espera de algún signo. Me pongo a contar los pasos que voy dando: es una manera de saber que avanzo. Siento un bostezo en el estómago, un no saber a dónde mirar. Las callejuelas se siguen unas a otras, igual de estrechas y sucias. Las aceras quebradas, brotadas de maleza. Me parece que he pasado muchas horas caminando y después me pregunto cómo haré para medir el tiempo de ahora en adelante. Después de bajar una pequeña cuesta, llego a un puente de cemento, curvo y sin baranda, rodeado de chinias florecidas. Abajo corre el agua turbia, repleta de basura. Me llega un olor a muelle abandonado. Lo atravieso como si estuviera haciendo algo importante y peligroso. Mientras lo hago, imagino que si ese puente no estuviera ahí, la otra orilla se iría separando lentamente hasta perderse.

Después del puente y desde lo alto de una cuesta, veo una autopista. Los carros vuelan, unos hacia un lado, otros hacia otro, y casi creo ver una mano enorme tomando con dos dedos los carros y cambiándolos de dirección. Todo seguiría igual. Y después imagino la misma mano tomándome del pelo y cambiándome de lugar, de barrio, de ciudad, y a mí me daría lo mismo. Me siento felizmente condenado a lo provisional. Qué puede pasar cuando ese yo que almacenamos con tanto esmero se pierde, me pregunto; no parece tan grave como perder una pierna o una mano.

Giro a la izquierda por una calle empinada. Tengo que apoyarme en los muros de cemento mohoso, en las rejas húmedas, en los estañones oxidados de la basura. Luego ya no puedo más y me acomodo en el borde de la acera, los pies alejados del riachuelo de lluvia que corre por el caño. Estoy fatigado, me digo en voz alta, me duele la cabeza. Cierro los ojos y recorro el hilo de dolor que sale de la sien derecha, atraviesa la coronilla y acaba clavándose en la nuca. Un fuerte golpe en la espalda me asusta. Detrás de mí, un borracho hediondo y oblicuo me mira desde arriba. Lleva en la mano una botella que me acerca con un aire brusco. No hago ningún gesto. Nos miramos largo rato. Creo que sentimos curiosidad el uno por el otro y yo me asombro de no tener asco. Avanza hacia el caño como si los pies se pelearan entre ellos. Se precipita sobre la calle a punto de estrellarse. Tiene cara de niño viejo cuando se vuelve hacia mí, riéndose cómplice, adivinando que yo habría supuesto su caída.

Cuando se sienta a mi lado, quisiera fingir que soy un extranjero perdido, que no conozco su idioma y que no quiero hablar,

aunque esté dispuesto a compartir mi tiempo con él. Me alarga la botella y acepto. Presiento las náuseas cuando la acerque a mis labios, pero no es así. Bebo un trago largo y paso unos segundos sin respirar, aguantando el fuego de un aguardiente casero con el que este hombre seguramente se está dedicando a olvidar como yo.

Afortunadamente no necesitamos hablar. Él me hace gestos grotescos que tienen que ver con la botella, con la lluvia y por lo que parece con el corazón. Ríe mucho para ser cierto. Adivino el desencanto en su mirada.

La botella queda pronto vacía y la tira cuesta abajo. Nos sonreímos al oírla rodar con un sonido de campana pequeña, golpearse con las piedras, caer en los huecos y seguir rodando por la calle. Me digo en silencio que esa es una manera de medir el tiempo, la lejanía, la profundidad. Deja de sonar. Supongo que cayó al río o a la autopista.

## 8

-¿Por qué se vino con él?, preguntó señalando al borracho con la barbilla.

-Venía a verte.

-¡Ja!, se ríe. Eso no es posible, ¿cómo iba a saber que yo estaba aquí?.

-Lo sabía por éste, y me señalo el corazón.

Comprendo que es feliz con esa mentira, aunque no me haya creído. Qué me cuesta, me pregunto contemplando su sonrisa. Se levanta de la cama y veo por primera vez su cuerpo desnudo. Se pone una bata de color pardo y se acerca al lavatorio.

No sabía si el proceso de seguir olvidando iba a continuar como una marea detrás de mis pies o si por el contrario se había detenido en un punto para no avanzar más. He salido de esa incertidumbre, que por otra parte me era indiferente, al comprobar que recuerdo los episodios de anoche.

Llegué abrazado a aquel borracho. Me invitó cuando le dije que no tenía a dónde ir y no vi por qué me iba a rehusar. La casa me pareció pequeña como una caja de fósforos y repleta de cosas inútiles por todos lados.

Una vez adentro, la joven me preguntó quién era yo. Le respondí: un amigo de ese hombre. Debió ser suficiente para ella porque no insistió más.

Con un leve empujón, encaminó al borracho hasta una esquina y allí cayó el hombre sobre un jergón arrugado, probablemente dormido antes de llegar a él. Sin decir nada me acosté a su lado con la sensación de ser dos perros amigos. Me acurruqué en un extremo del jergón con los ojos muy abiertos, feliz de encontrarme en algún lugar preciso.

La oía caminar de un lado a otro, hacer ruido de ollas y cubiertos. Yo miraba las paredes clavadas de calendarios, fotografías, un sagrado corazón, manchas arborescentes de humedad, pero alguna parte de mí esperaba que ella se acercara.

Me extrañó ver cerca de mis pies los restos de una muñeca de plástico. También pude apreciar, en la penumbra de un rincón, un enorme busto de yeso volcado en el suelo. Me incliné para verlo mejor y descubrí con sorpresa que era Lenin con la nariz rota. En ese instante me tocó el hombro y me preguntó si quería un poco de sopa. Le dije que sí, con un enorme alivio. Me tomé la sopa sentado en un banquillo minúsculo de tres patas.

-Usted no parece amigo de ese bueno para nada, me dijo.

Noté que le extrañaba mi ropa, mis zapatos. Sus ojos me miraban ávidos y esponjosos. Su mirada complacida me hacía sentir bien.

-Cualquier día lo echo de aquí, añadió. Estoy harta de soportar sus borracheras.

-¿Es su marido?, pregunté.

-¡Marido!, contestó resoplando con un gesto de cansancio. Me miró indecisa unos segundos antes de decirme: si quiere puede quedarse a dormir y volvió a apuntar al borracho con la barbilla.

La seguí con la vista hasta que se perdió tras una cortina floreada. Yo seguía sentado en el banquillo, disfrutando de tantas cosas que podía observar: el placer de la retina al dejarse impresionar por las imágenes; atarearse con la percepción del más mínimo detalle desintegrado, reunirlos nuevamente y catalogarlo en un archivo virgen.

Al rato apagó la luz y escuché el ruido del catre. Me pareció lo más natural del mundo correr la cortina y acercarme. A ella también se lo debió parecer porque no dijo nada. En la oscuridad apenas pude vislumbrar otro catre pequeño pegado a la pared. En el revoltijo de ropa, había dos niños. Al verlos me detuve.

-¿Son suyos?

-Sí.

-¿Y de ese hombre?

-El menor.

Un sentimiento nuevo de inmensa ternura me llevó a acercarme a ellos. La niña tenía el cabello extendido como un oscuro abanico que le tapaba la cara. El más pequeño se ovillaba a los pies de su hermana. Pasé suavemente la mano por sus cabezas. Ella me observaba, sentada en la cama. Me sentí, como nunca, un intruso sin derecho a nada.

Entonces ella se acostó en una orilla y me dijo bajito:

-Venga, no se preocupe por los güilas, están dormidos.

Me acosté a su lado. Me sentía aturdido, el cuerpo rígido, incapaz de sentir excitación alguna. Después de unos minutos ella se acercó y, sin decir nada, comenzó a desnudarme con sus manos livianas, deshaciendo nudos y botones. Después me besó la cara, el cuello, el pecho, el sexo flácido, también desmemoriado, las rodillas, y fui reconociendo y disfrutando mi cuerpo a medida que ella lo besaba.

No resulté un compañero brillante, mi actitud era demasiado contemplativa, pero a ella no pareció importarle. Quién sabe qué imagen se hacía de mí.

Lo peor fue cuando me preguntó: ¿cómo se llama? Quise darle mi nombre como le había dado mi cuerpo, pero recordé que lo había olvidado. Tendría que buscar un nombre y eso era como inventar una historia sobre mí mismo. Se me ocurrió que me llamaría Alejandro y que tendría treinta y tres años. Se lo dije: me llamo Alejandro y tengo treinta y tres años. Soy vendedor de libros y me quedan pocos meses de vida. Esta última parte salió sola y me pareció interesante eso de ponerle un tope a mi existencia. Ella se enterneció con la proximidad de la muerte y volvió a amarme, esta vez con más pasión.

-Voy a dormir, me dijo cuando regresó del lavatorio. Mañana tengo que ir a trabajar.

Yo la estuve observando, me resistía a dormirme, era demasiado después de haber olvidado, o tal vez tenía miedo de recordarme en sueños.

Al despertar por la mañana, ella ya no estaba. El borracho seguía durmiendo y la casa me resultó más desapacible y sucia que la noche anterior. Oculto entre otros muchos olores, reconozco el de ella. Huelo mis manos, la almohada y recuerdo el tono ácido, como levadura, de su cuerpo, su voz pequeña, ¿por qué yo no le pregunté su nombre? Pensaba en eso cuando me distraigo al ver mis pies, allá lejos, al final de la cama. Son flacos, con los dedos muy largos; un poco más y se convertirían en las patas de un ave zancuda. Decido mover el dedo gordo y menos de un segundo después lo hace, se mueve. Me entretengo pensando con qué velocidad viajará

un mensaje desde el cerebro hasta el punto alejado de mis pies. Debe ser grandísima, y comprendo agradecido que tengo un tesoro a mi disposición. Paso las manos por el estómago, por el pecho, enduzco los músculos, ella me acarició así, pienso.

Recuerdo de pronto a los niños. No están. Me invade una sombra de fatiga. Podría quedarme con ella, pero intuyo que podría usarla para volver a conocer mi cuerpo, para llegar a estimarlo, pero ¿a dónde me llevaría eso? En el estado en que me encuentro sería un error, acabaría odiándome, aunque parezca tan dispuesta a querme.

Salgo de la cortina y busco algo de comer. Casi no hay nada. Admiro el toque heroico de sus existencias, vidas al día, como yo.

Observo al borracho. Me entristece especialmente su pelo gris. Mirándolo comprendo que no tengo nada más que hacer aquí. Prefiero irme antes de que ella regrese. Me va a pedir que me quede y creo que no quiero. Tendría que forzar una explicación de mi partida. Es curioso que no tuviera que explicar mi llegada y sin embargo es lo mismo, llegar y partir es lo mismo. Pero ella debe pensar que es el final lo que importa y yo le tengo miedo a los finales. No sabe que si me quedo, uno de los dos acabaría convirtiéndose en verdugo.

Por eso decido irme.

## 9

Debía ser más de mediodía cuando empezó a caer un terrible aguacero. El viento disparaba locamente la lluvia en todas direcciones. Se me ocurrió pensar que la lluvia me hacía disfrutar especialmente de mi olvido.

Me guarecí bajo el alero de un edificio donde otras personas se apiñaban para no mojarse. Me di cuenta de que no era bienvenido y comprendí, con cierta blandura de espíritu, que hacerle sitio a un recién llegado, en circunstancias adversas, no era fácil. Estuve a punto de decirles que me quedaban pocos meses de vida, pero me contuve. Afilé cuanto pude mi perfil para caber sin molestar. Hablaban de lo imprevisto de aquel aguacero, de lo bien que le vendría al campo, de la guerra inminente en el norte, de la subida de los pases y de muchos asuntos más, hasta que amainó.

El grupo se disolvió de inmediato y yo me quedé con todo el alero para mí. Lo disfruté por un rato viendo el ir y venir de la gente: una versión más de la selva que pasa.

Caminé hasta el semáforo que exhibía iluminadas la luz roja y la luz verde al mismo tiempo: sonreí por el puro placer de verme reflejado.

Atravesé la calle con los demás y me dejé llevar entre empujones y miradas distraídas, entre vendedores que me ofrecían lotería, dólares, frutas, conejos diminutos, bisutería de cobre, sorteando la gente y la basura que encontraba a mi paso.

Al llegar a cierta esquina algo atrajo mi atención, un imán, los restos de una casa derruida renaciendo entre la maleza. Me aventuré en medio de altísimas hierbas y observé con nostalgia infinita el esqueleto en ruinas de aquella casa: los cuadros de color de las diferentes habitaciones, obscenamente expuestos, el mosaico geométrico del piso, amarillo y morado, los huecos del cemento de donde arrancaron partes que fueron suyas.

Estuve distraído tratando de adivinar dónde estaría la cocina, dónde el comedor o el dormitorio. Me dolían en forma especial las paredes empapeladas de lo que fue el piso de arriba. Me acordé entonces de ella. Cuando regrese y no me encuentre se sentirá abandonada, tal vez defraudada, no se paga así a una mujer que te dio sopa caliente, te prestó su casa y además te amó con ternura, pensará. Debí dejarle una nota: gracias, le hubiera escrito, pero no me puedes amar porque no me conoces y yo tampoco podría amarte porque no me recuerdo, y aunque pudiéramos vivir como dos fantasmas inventándonos a cada instante... esta idea de los fantasmas me distrae, no quiero seguir pensando en eso porque me incomoda, me fastidia el falso tono sentimental que no siento, cómo amarrar sexo y amor en estos momentos de dispersión absoluta.

Avanzo por el mosaico pisando a propósito las cruces amarillentas y elijo un cuarto pequeño con paredes de medio metro de alto y me acomodo en un rincón. Observo los buses por encima de la maleza, después el cielo, después las ratas, después mis pies. A mi casa en ruinas me llegan ruidos y olores de la ciudad. Formo parte, tal vez, de una orquesta desintegrada. La realidad me llega a fogonazos, sin posibilidad de echar el ancla en mi conciencia vacía. La unidad se presenta como una ilusión, un arco iris volátil. No importa, me voy a quedar aquí. Con unas latas de zinc podría hacer un techo. Decido que más tarde iré a buscarlas, de por sí, tengo varios meses de vida por delante.

Me dormí, creo que de hambre. Al despertar, atrapo por la cola el último sueño que tuve. Trata de escapar, de hacerse humo, pero yo, sólo por jugar, mantengo firmemente agarrada la última imagen y las demás regresan dóciles: una larga comitiva enlutada avanza muy despacio por una calle ancha. Yo la miro desde lejos y no puedo adivinar la razón de tanta tristeza compartida, a no ser que exista un muerto que yo no puedo ver. Todas son mujeres y van cubiertas por largos vestidos y tupidos velos que ocultan sus rostros. Caminan encorvadas con un movimiento de aguas negras.

No sé dónde estoy, ni cómo voy vestido, ni cómo es mi cara, pero sin duda soy yo. Lo que recuerdo muy bien es la fascinación que me producía el misterio de aquella comitiva silenciosa. La sigo como un espía atemorizado hasta una amplia encrucijada de cinco calles. Algo me anuncia entonces la inminencia de un peligro indefinido. Era mejor no estar ahí, desaparecer caminando disimuladamente hacia atrás, pero continuo. Al acercarme a la encrucijada observo en una de las esquinas una enorme jaula que ocupa el lugar de una casa. Sé que el peligro viene de ahí. Cuando me empino sobre las cabezas enlutadas, percibo dentro de la jaula dos enormes flores blancas, apoyadas en unos tallos finísimos. Se pliegan sumisas a la brisa y las miro con embeleso. De pronto giran hacia mí y veo sus bocas carnosas rodeadas de dientes puntiagudos que se abren y se cierran. Su danza sinuosa, lenta y dulce en un principio, se va acelerando y el fino talle empieza a alargarse, alargarse. Atraviesan la reja y avanzan hacia mí, rechinando sus dientes. Camino hacia atrás pero ellas van muy rápido. Corro lo más veloz que puedo, sintiendo las flores cada vez más cerca de mis pies. Voy gritando, pidiendo auxilio, pero nadie me oye, nadie se vuelve a verme. Me tiro al suelo rendido por la fatiga y el miedo. Las veo oscilando delante de mí, los dientes brillan, cambian de color, las bocas carnosas se deforman en muecas repugnantes. Me pego contra la pared, acorralado, a punto de morir de miedo, imaginando el dolor de ser devorado. Y justo en ese momento desperté, como se debe despertar de la muerte, sudando frío.

Imagino que este sueño debe tener algún significado, sin duda algo relacionado con lo que ya olvidé. Si así de tenebroso es mi pasado, prefiero estar donde me encuentre ahora.

Recupero el espacio conquistado horas atrás, pequeño entorno de ruinas y maleza, de cielo ahora oscurecido, luces de neón, ruidos y los bordes de este cuerpo mío que me cuentan hasta dónde llego, aunque mi poder sea igualmente limitado dentro y fuera de ese borde.

Pasa a mi lado una hormiga. Tres pequeñas esferas engarzadas, un resplandor dorado en el dorso. Se detiene junto a mí, muevo lentamente el pie y la aplasto. No hay remordimiento, felicidad tampoco. Es un gesto gratuito como cualquier otro, y sé que podría aceptar con la misma naturalidad que un inmenso pie se precipitara desde el cielo y me aplastara a mí. Sin embargo, fue mi pie y no otro el que causó la muerte. Al llegar a este punto podría ponerme a buscar una justificación al hecho de matar, pero me aburre alejarme tanto, además, de qué serviría ahora. Lo único que hago es sorprenderme de que un acto mío tenga efectos tan reales. Hay algo de

euforia en este sentir mi experiencia como propia, no lo puedo ignorar.

Unos chillidos agudos me vuelven a la realidad. Una mujer vocífera cosas que apenas entiendo. Tiene tanta pintura en los labios y en los ojos que parece inminente la caída de aquella cara en pedazos. Los muslos inmensos están a punto de estallar bajo una cortísima falda plateada y sus pechos redondos y blancos se vuelcan agresivos por encima del escote. Tiene en las manos un chal que agita constantemente delante de mi cara.

A duras penas comprendo el problema: le he quitado el campo, que ella trabaja aquí, que en estas ruinas ella atiende a clientes apesurados.

Me levanto y le hablo con firmeza: no estoy dispuesto a renunciar a mi guarida. Le digo que yo me voy a quedar ahí, en ese cuarto, que le voy a poner unas láminas de zinc, que ella puede hacer su trabajo en el resto de la casa. Protesta, refunfuña y finalmente se va a la esquina mascullando vulgaridades.

## 10

Pasada la medianoche, se incorpora bruscamente del suelo como una catapulta. Tiene los ojos abiertos, con esa mirada lejana de los sonámbulos que parece atravesar distancias infinitas. Se levanta de un salto y se acomoda la ropa. Sacude obsesivamente unas briznas de hierba inexistentes en su pantalón, se abotona el saco y empieza a caminar. Sin mirar al suelo, conoce cada hueco, cada escalón, cada esquina. Avanza con paso rápido y constante, balanceando los brazos a lo largo del cuerpo. Una decisión imparable lo empuja por las calles anohecidas. Atraviesa el centro de la ciudad y sigue caminando. Los semáforos intermitentes le dan paso, los borrachos, las putas, los perros vagabundos, los últimos noctámbulos de la ciudad quedan a la orilla de su marcha impetuosa.

La luna llena, claroscuro entre las nubes, lo baña de metal. Ha caminado durante una hora sin que el cansancio o la indecisión le hayan hecho titubear un solo instante. La ciudad ha quedado atrás. La carretera de lastre asciende bruscamente entre tapias mudas, sólo su respiración se oye en la noche.

Se detiene un momento, su mirada atraviesa la casa de ladrillo y madera, la hiedra de plata que brilla inmóvil. Empuja el portón de hierro y camina entre hortensias azules. Su mano no duda al golpear con el puño la madera de la puerta, tres, cinco veces.

Una luz se enciende y la cara de una mujer se asoma tras la cortina de la ventana. Su boca se abre desmesurada en una expresión de gozo. Instantes después aparece la mujer en la puerta y se echa en sus brazos llorando, le abraza, le besa con besos frenéticos, aprieta su cuerpo contra el suyo, llora y repite querido, querido, la única palabra que susurra entre los besos.

Lo lleva hacia adentro y le pregunta entre los últimos sollozos dónde estabas, qué pasó. En el dormitorio lo atrae hacia su cuerpo tibio y lo enlaza con brazos y piernas mientras lo sigue besando, querido, querido.

No ha dicho una sola palabra, no ha hecho un gesto. Ella le mira a los ojos y descubre que no la está viendo, sus ojos miran más allá, infinitamente más lejos, o no miran a ninguna parte, ojos fríos y huecos de estatua.

Lo ve incorporarse lentamente y quedar de rodillas frente a ella. No reconoce su rostro. Sus manos se acercan y las siente anudarse a su cuello. Levanta los brazos con un leve gesto de terror y defensa y dice querido por última vez. Una tenaza inhumana y poderosa oprime su garganta. Su cuerpo responde con los reflejos inútiles de la vida, se arquea, se sacude, hasta quedar inmóvil y vencido.

Cuando sale de la casa ya ha empezado a amanecer.

## 11

Me despierto empapado de sudor. Hace sol. La espalda me chorrea y recuerdo con estupor el sueño que he tenido. Puedo ver a la mujer que estrangulé con mis manos, querido, me decía, la yedra, puedo verlo todo, me miro las manos, los zapatos, no sé si ha sido un sueño, me levanto, camino por la ruinas, la mujer pintada de anoche no está, era parte del sueño también o la casa de madera era cierta, yo la he visto antes, alguna vez, la cabeza me estalla, tantas imágenes confusas, si alguien pudiera explicarme. Salgo al bulli-cio de la calle, la gente se me queda viendo, voy hablando solo, en voz alta, preguntándome quién era esa mujer que parecía quererme tanto, golpeo la cabeza contra un poste, quiero destruir este caos, quiero aniquilar esta memoria atormentada, me oigo sollozar y tengo miedo. Llorar me hace bien y lloro sin cesar mientras camino y lo hago tan despacio que me parece que no avanzo, que llevo toda la vida en el mismo paso que no termina, que me lleva ahora a un punto que desconozco. Los tejados húmedos por esta fina lluvia me entristecen sobremanera y no sé si verdaderamente está lloviendo,

si esos seis cipreses que me miran son reales. Voy a seguir esta llamada sin buscar ninguna señal que me la aclare, me rindo, no trataré de arrebatarse al destino sus designios, no haré trampa con divinidad alguna para arrancar con engaños rituales lo que sepa desde siempre sobre mí. Ya renuncié al pasado, tampoco el futuro me interesa, apenas este momento inmortal en que respiro.

He llegado aquí, a la vía del tren, me dormiré en su centro, me acuesto sobre los durmientes, la cabeza hacia el norte, la mirada hacia esa esquina mágica que me atrae sin saber por qué, las dos palmeras, el banco de piedra y trato de dormir pero un estruendo suena a lo lejos, una bandada de pericos o una manada de caballos salvajes, abro los ojos y veo el tren, la máquina poderosa avanza por su camino, oigo su mugido insistente y necio, incorporo la cabeza para verla mejor y después la dejo caer, la mirada hacia el triángulo luminoso y me inunda un alivio especial cuando logro expresar exactamente lo que siento: qué pereza vivir.

Veo salir a dos hombres de una pulpería, corren gritando hacia mí, me agarran de los brazos y me arrastran fuera de la vía. Me sientan en una silla, me dan un trago de licor que tomo con desgano y me palmean la espalda. No sé si me sonríen o me regañan, pero es claro que están satisfechos de sí mismos. En un espejo pegado en la pared, veo mi cara, no reconozco la mirada de ese hombre macilento y sucio que se refleja en él, la barba crecida, el pelo enmarañado y completamente gris.

En los últimos días, o semanas, no sé, me han llevado de un lugar a otro, he visitado calabozos, oficinas y hospitales. En todas partes me han preguntado con molestia cómo me llamo, dónde vivo, por qué quería morir, si tengo familia o dónde trabajo. Yo les he respondido siempre que no sé, que me da pereza saber y que me da pereza vivir, pero a pesar de su hastío no están dispuestos a dejarme ir así como así, limpiamente. No comprendo qué amenaza represento para ellos, qué delito supone escaparse de uno mismo o de la vida.

He tratado de fugarme, de colgarme, pero siempre me descubren. La verdad, soy un gran inútil. Me encuentro esposado en una celda y me siento muy cansado. Un hombre que puede ser un policía o un sacerdote o un médico o un prestidigitador viene a verme y me mira como quien tiene la mejor carta del naípe en la mano: mis datos personales; finalmente los han encontrado y eso, debe pensar él, va a conjurar los fantasmas del olvido y de la muerte. Los trae escritos en un papel y los va desgranando al tiempo que escudriña en mi rostro el efecto que me causan: nombre, edad, estado civil, nombre de ella, dirección, profesión, trabajo, nombre del jefe, hobbies, mili-

tancia política... permanezco atento y silencioso a las palabras cáscara que van saliendo de la cueva de su boca para caer en el vacío de mi memoria. Cuando me observa fijo, sonrío un poco y miro por la ventana enrejada. Admito que es un hombre bienintencionado, pero me cansa, sobre todo cuando jugada esa carta sin el efecto esperado, empieza a repetir lo que parece una lección aprendida de memoria sobre el dudoso consenso de la esperanza razonable. Vea amigo, si usted estuviera mortalmente enfermo, si fuera un anciano débil, si una desgracia familiar lo abrumara, si hubiera quebrado y se encontrara en la ruina, o incluso, si una pasión no correspondida lo tuviera desesperado, podríamos aceptar, no digo permitir, digo aceptar, que usted quisiera morir. Pero usted no es nada de eso, ninguna de esas situaciones es la suya, creo que ni siquiera está usted loco o amnésico. Es joven, bien parecido, profesional, con buen trabajo, una esposa que se preocupa por usted... ¿es razonable su actitud? Después cambia y finge un tono que no sé si es paternal, cómplice o esclarecedor: usted tiene para con los demás el deber moral y social de seguir viviendo, de ser útil. ¿No ha visto nunca esos edificantes ejemplos de personas que en medio de las mayores tragedias físicas, espirituales o familiares se esfuerzan hasta el límite de sus posibilidades?, ¿no ha visto esos hombres magníficos que dedican la vida entera a luchar por sus ideales?, ¿no se ha dado cuenta del inmenso servicio que le hacen a la sociedad?

Lo veo escrutarme minuciosamente, sin embargo creo que no ha notado un pequeño incremento en mi desconsuelo. La sociedad funciona porque hace las cosas como si fuera para siempre, me dice. La muerte natural ya fastidia bastante, pero alguien como usted es un francotirador, una amenaza pública. Le contesto que me parece muy bien todo lo que me ha contado, pero que no me interesa, que simplemente me quiero ir de la vida, que él puede quedarse si lo desea, que si lo mira bien, los paraísos se justifican solos y no necesitan ningún muro. Resopla y se levanta, me señala con el dedo índice de su mano derecha: es usted un nihilista fanático, creo que merece morir.

Pensé que había ganado pero era falso; no me han dejado tranquilo, me han dado pastillas, me han inyectado, me han llevado al psiquiatra, me han dado duchas heladas, me han traído a mi esposa, a mi amante, a mi jefe y a no sé cuántas personas más que supuestamente juegan un papel importante en mi vida. Me pregunto si no tendré padres o hijos también.

Todos se empeñan en hacerme sentir culpable. No sé por qué, esta situación me hace pensar en una mariposa negra atrapada tras un vidrio.

Hace un tiempo, no sé cuánto, vino a visitarme un muchacho, un antiguo compañero de la U, me dijo. Empezó a hablarme de viejos tiempos en los que, según contaba, lo pasábamos muy bien. Me daba una pereza infinita escucharle, pero me parecía de mal gusto no hacerlo, así que hice lo que pude durante un rato larguísimo. A veces me perdía y cuando regresaba, él estaba todavía ahí, hablando sin parar, repitiendo güevón rítmicamente, eso debía ser lo que me tenía adormecido, mirá gu'ón, esto no te lleva a nada, ese berrido existencial, porque no es otra cosa gu'ón, está bien en Europa donde se pudren de puro capitalismo decadente, pero aquí no gu'ón, aquí hay mucho que hacer gu'ón, eso de romantizar la locura o la desesperanza, o existencialear a la francesa, o psicologizarlo todo, aquí no gu'ón, y morirse menos gu'ón, no les des ese gusto, por lo menos que tu muerte sirva para algo, hay que politizarlo todo gu'ón, explícitamente gu'ón, al fin y al cabo el que querás morir no es más que el fruto de la alienación social en que vivís gu'ón, este sistema de mierda, entendés, podés darle la vuelta y ganar, montamos una huelga de hambre en una institución estratégica o un atentado gu'ón, te metés una bomba en un maletín, o en la camisa, o en el culo si querés gu'ón, y explotás en el punto exacto junto al tipo exacto y ya está, te salís con la tuya y hacés historia gu'ón, deciles que sí, que ya se te pasó la loquera, que vas a volver con tu mujer y al brete con el cabrón de Johnny y luego de un tiempo yo te contacto con... Le interrumpo. ¿Por qué este consenso único para reprimir a alguien que no le interesa la vida? No estamos en la Edad Media, ni yo estoy diciendo que la tierra gire alrededor del sol o que descendamos del mono... Yo no quiero reprimir a nadie gu'ón, lo único que digo es que tu muerte sirva para algo, qué va a ganar nadie si vos morís, es una muerte inútil gu'ón, vos sos un egoísta, un burgués de mierda con mala conciencia, si tuvieras que trabajar duro, de verdad, o morirte de hambre y de asco en una barraca de los bananales o en un jueputa tugurio gu'ón, no andarías en esas perdejadas gu'ón, y se fue furioso, gu'ón, tirando la puerta.

Después entró una mujer de piel satinada y blanquísima. Me sentía en el escenario de un teatro y yo como siempre sin saberme de memoria el guión. Dice que es Alba, mi mujer. Me habla dulcemente primero, después me presiona, soy inmune a cualquier chantaje, a cualquier temor, le respondo casi disculpándome por no compartir sus planes de éxitos y adquisiciones, no me interesa la vida, le digo, y ella levanta entonces la barbilla impaciente o malhumorada, que no te interesa la vida, qué tonterías estás diciendo, uno no renuncia a algo cuando no lo ha conocido, qué conoces tú de la vida, qué has hecho excepto dejarte llevar de un lugar a otro, dejarte

manejar como un pendejo, ni siquiera conoces la ciudad donde vi-  
ves, siempre serás un extranjero en cualquier parte, cuándo has que-  
rido algo, cuándo has luchado por ello, y rebusqué en mi memoria  
y sólo encontré un pacífico hueco color humo, quién te has creído  
que eres, siguió ella, ahora indignada, quién eres tú para negar la  
vida, o el mundo, la vida sigue sin ti, y el mundo también, a quién  
le importa, quién eres tú, me llamo Alejandro, tengo treinta y tres  
años y me quedan pocas horas de vida. Repetí esa frase cada vez que  
alguien se acercaba.

## 12

Se han cansado de mí. Han rendido su terquedad antes de que  
tuvieran que rendir sus argumentos frente a los míos. He vuelto a la  
calle. Curiosamente ya no me interesa morir. Algo me hace cam-  
minar, y camino. Sigo una orden hipnótica y esperanzada que en-  
camina mis pasos hacia una lejana barriada del sur. La imagen de  
una tenaz mariposa negra me llama tras las flores pálidas de una  
cortina, una mariposa con cara de mujer que besa mi cuerpo minu-  
ciosamente; amasa mi alma y escarba en los más íntimos rincones,  
recreando una identidad perdida.



# INDICE BIOGRAFICO DE AUTORAS

**Saray Amador Hernández**, nació en San José, 1945, un día martes 13.

En aquella época de postguerra, en el Barrio México de su infancia, las imágenes de dos cines poblaron sus fantasías, mientras las monjas del colegio María Auxiliadora y del Sagrado Corazón le enseñaban la castidad y los buenos modales.

Es publicista, gerente de la firma Publix y Miembro Honorario del Colegio de la Publicidad. De sí misma dice: "He tratado de mantener un equilibrio entre lo que hago y lo que soy. Cuando soy una creativa publicitaria, procuro ser la más convincente y profesional de las publicistas. Así he logrado que se consuman líneas aéreas, candidatos políticos, sostenes, llantas, calamares, ropa, leyes de igualdad real, y argumentos de no agresión contra la mujer y los niños".

Tiene dos hijos: *Rosaura* y *Gustavo*, y cuatro nietos. Compañera feliz y enamorada de Frank, el hombre de su vida, bueno "y con unos ojos color miel que se para el sol a verlos".

Escribe relatos desde hace mucho tiempo. En esta Antología se presentan dos de ellos: *Cuentos para una princesa* y *Cosas de tonto*, ambos inéditos.

**Dorelia Barahona Riera**, nació en Madrid, en 1959. Estudió Filosofía y Bellas Artes en la Universidad de Costa Rica y en la Escuela de Cerámica de Madrid. Su actividad artística empezó a una edad muy temprana, pues su primer libro: *Poesías*, editado en el Taller de Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, lo publicó en 1971, cuando tenía doce años. Ha publicado poemas en la antología *Canto Abierto*, s.d., y cuentos en la antología de narrativa *Para qué cantarlos con el cuento*, Editorial Universidad de Costa Rica, San José, 1989.

Su novela *De qué manera te olvido*, ganó en México el "Premio Juan Rulfo" a Primeras Novelas y fue editada por Ediciones Era, México, 1990. En 1992 ganó el Premio que otorga la Revista Nacional de Cultura, correspondiente al segundo semestre de ese año.

Alterna su producción literaria con la pictórica y la administración de un restaurante en una playa del Pacífico. El resto del tiempo lo dedica "a la contemplación de las iguanas y colibríes, aunque también están presentes las buenas novelas de Graham Green, Patricia Highsmith e Ibarquengoitia".

Los cuentos que aquí presentamos, *Carro grande*, *Hombre grande*, y *La señorita Florencia*, fueron publicados anteriormente en el periódico La Nación y en la revista mexicana Nexus, respectivamente. Tiene un hijo: *Santiago*.

**Linda Berrón Sañudo**, nació en España, en 1951 y vive en Costa Rica desde hace diecinueve años. Es Profesora por la Universidad de Madrid y Licenciada en Administración Educativa por la Universidad de Costa Rica. Siguió cursos de Maestría en Estudios de América Latina, en la Sorbona, Universidad de París III; obtuvo el Diploma de Lengua y Civilización Francesa en la Alianza Francesa, en París, y el Diploma en Grafología por el International Psycho-Service.

Ha trabajado como encargada de proyectos de Capacitación de Personal en el Ministerio de Justicia y en el Registro Nacional. Ha sido profesora de Dinámica de Grupos en la Universidad Nacional de Heredia y productora de material educativo para adultos en el Instituto Centroamericano de Extensión de la Cultura. Fue fundadora y editora de la Revista Foro, de temas Criminológicos y Penitenciarios. Actualmente es la Presidenta de la Editorial Mujeres, y la compiladora de la presente antología, *Relatos de Mujeres. Antología de Narradoras de Costa Rica*.

Ha publicado varios libros: *La Última Seducción*, cuentos, Editorial Costa Rica, San José, 1989. *El Expediente*, novela, Editorial Universitaria Centroamericana, San José, 1989. *Todo va de cuentos*, antología de escritoras, Editorial horas y Horas, Madrid, 1991. *La Cigarra Autista*, cuentos, EUNED, San José, 1992.

En 1987 obtuvo una Mención Honorífica con el cuento *Los Bastardos*, creación colectiva, en el "Primer Concurso de Cuento" organizado por el SINART, en San José, Costa Rica.

La colección de cuentos *La Cigarra Autista*, recibió el "Premio Internacional de Narrativa de Mujeres de Habla Hispana", en 1991, en Madrid.

También ha sido galardonada con el Premio Ancora de Literatura 1991-1992, que concede el periódico La Nación, de San José, Costa Rica.

El cuento que se presenta en esta antología *El Esclavo sin Dueño*, recibió el Premio Unico en la rama de Cuento de los "Juegos Florales de Centroamérica, México y Panamá", celebrados en Guatemala en 1991; fue escrito en 1986 y es inédito. *El Pique* fue escrito en 1991 quedó finalista en el premio "Ana María Matute" de Narrativa de Mujeres en 1992, Madrid, España, y es igualmente inédito.

Tiene dos hijos: *David* y *Laura*.

**Myriam Bustos Arratia**, nació en 1933 en Santiago de Chile, bajo el signo de Leo. Su madre, escritora, y su padre, psiquiatra, fueron influencias determinantes en su pasión por leer y escribir.

Estudió Pedagogía en la Universidad de Chile y en Madrid, becada por el Instituto de Cultura Hispánica. Luego de largos años de fructífero ejercicio profesional y de convicciones socialistas, el golpe militar en 1973 la lanzó fuera del país, junto con su compañero de veinte años, también profesor. Ambos vinieron a Costa Rica, donde continuaron su trabajo como profesores universitarios.

Ha escrito y publicado varios centenares de artículos sobre diversos temas en revistas y periódicos de América Latina y España, así como numerosos ensayos de crítica literaria. Pero "su género", en el que se siente a sus anchas, es el cuento, del cual es, según una crítica: "una artista de los finales".

Hasta hoy, estas son sus publicaciones: *Las otras personas y algunas más*, Ediciones Sur del Sur de la Asociación de Escritores, Santiago de Chile, 1973; Editorial Costa Rica, San José, 1978. *Tribilin prohibido y otras vedas*, Editorial Nacimiento, Santiago de Chile, 1978. *Que Dios proteja a los malos*, Editorial Costa Rica, San José, 1978. *Del Mapocho y del Virilla*, Editorial de la Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica, 1981. *Tres novelas breves de Myriam Bustos*, Editorial Nueva Década, San José, 1983. *Rechazo de la rosa*, Editorial Costa Rica, San José, 1984. *Reiterándome*, Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, San José, 1988.

Varios de sus cuentos figuran en diversas antologías: *22 chilenische Autoren: Erkundungen II*, Berlin, Verlag Volk und Welt, 1976. *Selección de cuentos*, Editorial Nueva Década, San José, 1985. *Cruzando la cordillera. El cuento chileno 1973-1983*, Casa de Chile en México, México, 1986. *Literatura y Tecnología, Selección de cuentos*, Editorial Nueva Década, 1989. *Cuentos para gente joven, Antología de cuentos hispanoamericanos*, Editorial Universitaria Centroamericana, 1990. *Antología del cuento Hispanoamericano*, Editorial Porrúa S.A., 1991.

Hasta la fecha, ha recibido varios premios literarios: "Premio Gabriela Mistral" de cuento, en Chile, en 1971 y 1974; "Premio Teófilo

Cid" de cuento, en Chile, en 1974. Segundo Premio en el "Concurso Internacional de Novela Corta", convocado por el Instituto Venezolano de Cultura Hispánica, en 1975. "Primer Premio de Cuento en los Juegos Florales de Quetzaltenango", en 1978. "Primer Premio de Cuento en el Concurso UNA Palabra", de la Universidad Nacional de Heredia, en Costa Rica, en 1980.

El cuento que publicamos en esta Antología, *Mutante*, está incluido en la colección titulada *El regreso de O.R.* que será publicada próximamente por la Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, San José, Costa Rica.

**Elba Cleves Serrano**, nació en San José, Costa Rica. Pasó su infancia en una finca de la familia, en el Valle Central. Son los recuerdos de esos años los que la llevan a escribir cuentos ambientados en áreas rurales. Estudió en el Conservatorio Nacional de Música, donde obtuvo su Bachillerato.

Siempre le gustó escribir. La asistencia a talleres de lectura y de creación literaria con autores como Catania, Herra y Flury, la han impulsado a una actividad literaria más sistemática.

En 1987, ganó una Mención Honorífica con el cuento *Los Bastardos*, creación colectiva, en el "Primer Concurso de Cuento" organizado por el SINART. Ha publicado cuentos en el periódico La Nación.

Tiene cuatro hijos, *Javier, Norma, Elba y José Joaquín*. El cuento que se publica en esta antología, *Hermanos de río*, es inédito y fue escrito en 1990.

**Xinia Estrada Mena**, nació el 20 de junio de 1964, novena de una familia de doce hermanos, en la zona rural de la provincia de San José. Estudió Historia en la Universidad Nacional de Heredia y durante sus años de estudiante fue secretaria comercial, asistente dental, dependiente de tienda, obrera industrial y dirigente política. Se dedicó con especial pasión a la organización de mujeres en las comunidades. Fue miembro de la Junta Directiva de la Alianza de Mujeres Costarricenses y Directora del Boletín Mujer, dirigido a las mujeres heredianas.

Su ligamen con la literatura proviene de las experiencias vividas en el trabajo con las mujeres. Su primer relato ganó el Concurso "Mujer no estás sola" organizado en 1989 por CEFEMINA. En 1991 obtuvo el primer lugar en "Cuento" y en "Poesía" en el concurso que organizó el Ayuntamiento de Guadalajara, México, dentro del programa de "Ciudades Hermanas". A principios de 1992 obtuvo el "Premio de Poesía" que otorga trimestralmente la Revista Nacional de Cultura, con el poema *Alma de piedra*.

Desde el mes de junio de 1992 vive en Las Vegas, Estados Unidos, donde se trasladó con su familia. Ha estado recogiendo testimonios sobre las vivencias de las mujeres latinoamericanas que emigran ilegalmente a ese país. Tiene dos hijos: *Diana y Jack*.

El relato que publicamos en esta Antología, *Retrato de una mujer perdida*, fue el ganador del Concurso "Mujer no estás sola" y es inédito.

**María Luisa Fernández Luthy**, nació en San Pedro Sula, Honduras.

Siendo muy pequeña, su familia se trasladó a Costa Rica. Estudió Farmacia en la Universidad de Costa Rica y entre las desiguales y multifacéticas cosas que ha hecho en su vida, se encuentran: organizar y dirigir una pequeña fábrica de alimentos deshidratados; administrar una boutique y un pequeño restaurante en el Parque Nacional de Diversiones; cultivar y comercializar rosas; asistir a talleres de lectura y creación literaria con los autores Catania, Naranjo, Flury y Herra; y organizar en su casa, desde hace diez años, grupos de mujeres que se reúnen semanalmente en talleres de lectura crítica de textos literarios y obras cinematográficas.

En 1987 ganó una Mención Honorífica con el cuento *Los Bastardos*, creación colectiva, en el "Primer Concurso de Cuento" organizado por el SINART.

Ha publicado varios cuentos en suplementos nacionales. Tiene cuatro hijos: *Frida*, *Patricia*, *Mauricio* y *Viviana*. Los cuentos publicados en esta antología *Flor de Café* y *Locuras*, fueron escritos en 1987. El primero ha sido publicado anteriormente en el periódico *La Nación*. El segundo es inédito.

**Mía Gallegos Domínguez**, nació en San José, Costa Rica, en 1953. Ha

publicado tres libros de poesía: *Golpe de Albas*, s.e., 1977. *Los Reductos del sol*, Editorial Costa Rica, San José, 1985 y *El claustro elegido*, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1989.

Ha recibido importantes reconocimientos por su trabajo literario, entre ellos, el Premio Aquileo Echeverría en 1985 y una beca para creadores en la ciudad de Iowa en ese mismo año. Ha publicado numerosos artículos y poemas en periódicos y revistas nacionales. Algunos de sus poemas han sido traducidos al inglés e incluidos en antologías de poesía. Ha destacado también por su importante labor como animadora cultural en los medios de comunicación.

En esta Antología se publica *La Muerte de Helena*, que pertenece a la colección de relatos de prosa poética *Los días y los sueños*, que permanece inédita. Tiene dos hijas, *Lorena* y *Marcela*.

**Alejandrina Gutiérrez Ortega**, nació en Managua en 1948 y vivió en Venezuela once años, antes de venirse a vivir a Costa Rica, donde reside desde 1962.

Su excelencia académica le permitió cursar la carrera de Administración de Negocios en la Universidad de Costa Rica con matrícula de honor. Ha trabajado en empresas privadas, organismos internacionales, asociaciones de estudiantes universitarios, y en 1982 fue nombrada Secretaria del Año. Tiene dos hijos: *Gustavo* y *Adrián*.

El cuento que presentamos en esta Antología, *Dos caminos, dos vidas*, fue escrito en el taller de narrativa de la escritora Carmen Naranjo y es inédito.

**Yolanda Ingianna Mainieri**, nació en San José, Costa Rica, de padres italianos. Se licenció en Filosofía en la Universidad de Costa Rica y obtuvo su Doctorado en la Universidad de Lovaina. Es especialista en Epistemología, en Comunicación y Estudios de la Mujer.

Catedrática de la Universidad de Costa Rica, habla inglés, francés, italiano y algo de portugués. Viaja, estudia, investiga, dicta conferencias y asesora a diversas instituciones nacionales e internacionales. Ama la filosofía, la vida y la libertad; atesora los buenos amigos, cuida a su madre siempre que puede hacerlo y practica sabiamente la soledad, eso sí, poblada de seres hermosos con los que comparte lo mejor de sí, su riquísimo mundo interior.

Tiene numerosas publicaciones en las áreas de su especialidad en revistas de organismos internacionales, universidades costarricenses y norteamericanas. Desde muy joven escribió diarios y "composiciones" colegiales; ahora, llegado el tiempo del retiro y la reflexión, piensa dedicarle mucho más tiempo.

El cuento que publicamos aquí, *Viernes Santo*, fue escrito en el transcurso de un taller literario en la Universidad de Costa Rica, en 1988 y es inédito.

**Silvia Kruse Quirós**, nació en San José en 1956. Actualmente se desempeña como maestra de alemán. Su escuela literaria fue el taller de Rafael Angel Herra. De los cuentos presentados en esta Antología, *Bremen* fue escrito en 1985 y *Casarse con temporal* terminado en 1991. Ambos son inéditos.

**Tatiana Lobo Wiehoff**, nació en el sur de Chile, en 1939. A los veinticuatro años se fue para Alemania y, desde entonces, no pierde oportunidad de viajar. Estudió cerámica en Madrid y transitó por Artes Plásticas y Teatro en su nación de origen. Es historiógrafa por afición. Ha publicado una novela histórica: *Asalto al Paraíso*, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1992. Un libro de cuentos: *Tiempo de claveles*, Editorial Costa Rica, 1989. Una obra de teatro: *El Caballero del Quinto Centenario*, publicada en la Revista Escena, 1991. Pasa la mayor parte de su tiempo en los archivos investigando la vida privada de los habitantes de la Colonia. Naturalizada costarricense, vive en el país desde 1966. Tiene dos hijas, *Constanza* y *Montserrat*, y ha sembrado muchos árboles, particularmente guayabas.

**Vilma Loría Cortés**, nació en San José, Costa Rica. Es egresada de la carrera de Artes Dramáticas de la Universidad de Costa Rica, donde también estudió Literatura e Historia del Arte. Ha asistido a talleres de creación literaria, narrativa y dramaturgia, con los escritores Cañas, Naranjo y Herra.

En 1987 ganó una Mención Honorífica con el cuento *Los Bastardos*, en el "Primer Concurso de Cuentos" organizado por el SINART. Ha publicado varios cuentos en suplementos culturales.

Vilma Loría posee un estilo propio en el que destaca la ironía y el humor. De sí misma dice "que pertenece a una generación de mujeres a las que les correspondió evolucionar con la época. Empecé muchas cosas tarde en la vida: aprendí a nadar a los cuarenta años, ingresé a la Universidad a los cuarenta y cinco y di a conocer mis primeros escritos pasados los cincuenta".

Los cuentos publicados en esta Antología son: *San José de Noche*, escrito en 1986; *El sueño* y *A las tres de la tarde me amarraron las alas*, escritos en 1987. Este último fue publicado en el periódico *La Nación* en el mismo año.

Se casó antes de cumplir los veinte y tiene cinco hijos: *Milagro*, *Jorge*, *Efraín*, *Roberto* y *Juan Carlos* y trece nietos. Disfruta su papel de esposa, madre y abuela y le gusta hacer reír con su agudo ingenio, con anécdotas, cuentos y dramatizaciones.

**Alicia Miranda Hevia**, nació en San José, en 1952. Obtuvo la Licenciatura en Letras en la Universidad de Costa Rica y el Doctorado en la Sorbona, Universidad de París.

Ha publicado varios libros: *San Isidro*, novela, Editorial Costa Rica, 1980 y segunda edición en 1985. *La Huella de Abril*, novela, Ediciones Guayacán, San José, 1989. *Novela, Discurso y Sociedad*, ensayo, Mesén Editores, San José, 1985. *Las sílabas azules*, ensayo, Guayacán, San José, 1991

Ha publicado artículos y relatos en periódicos y revistas de América Latina y Europa. También ha producido programas sobre literatura para la Radio Universidad de la Universidad de Costa Rica.

Los cuentos que presentamos en esta Antología son: *Cruz*, publicado con anterioridad en la revista alemana *Khipú*, Junio de 1986 y *El Comprador*, escrito en 1987.

Tiene tres hijos, *Sergio*, *Mauricio* y *Bernardo*.

**María Montero Zeledón**, nació en Burdeos, Francia en 1970. Cursó estudios de secundaria en el Conservatorio Castilla de San José, Costa Rica, donde se graduó, en 1986, en Literatura y Teatro.

En 1985 ganó el Certamen de Poesía "Joven Creación" con el libro: *El Juego Conquistado*. Este libro fue publicado en 1990 por la Editorial Costa Rica.

Ha realizado estudios de Filosofía en la Universidad de Costa Rica, así como actividades de teatro y pintura.

Ha publicado en revistas y periódicos nacionales y extranjeros y ha participado en recitales de poesía.

Tiene una hija: *Noah*.

El cuento que publicamos en esta Antología: *Autorretrato para ella*, fue escrito en 1990 y es inédito.

**Sonia Morales SolArte**, nació en Cali, Colombia, y vive en Costa Rica desde hace dieciséis años, donde además de escribir narrativa, ejerce su profesión de Contadora Pública en una empresa de confección de ropa de la que es propietaria.

En 1987 obtuvo Mención Honorífica con el cuento *Los Bastardos*, creación colectiva, en el "Primer Concurso de Cuentos" organizado por el SINART, en San José, Costa Rica.

Ha publicado relatos en periódicos y publicaciones de la Universidad Nacional.

El cuento que publicamos en esta Antología, *Y el dorado se volvió verde*, ganó una Mención de Honor en el concurso "Mujer no estás sola", organizado por CEFEMINA, en 1988 y es inédito.

Tiene dos hijos: *Marcela* y *Juan Pablo*.

**Rosibel Morera Agüero**, nació en Costa Rica el 2 de setiembre de 1948.

Se graduó en teatro en el Conservatorio Castella e ingresó en el Círculo de Poetas Costarricenses. Obtuvo su Licenciatura en Filosofía en 1979. Desde 1974 trabaja en la Universidad Nacional, donde imparte las cátedras de Historia y Teoría del Arte.

Escribe ensayo, poesía y narrativa. En 1983 ganó el Premio de Ensayo de la Universidad Nacional con el libro *La Proyección escénica: Hierofanía y mana del arte del actor*, s.e., 1984. Este ensayo mereció la atención de Mircea Eliade, quien la animó a continuar con sus investigaciones.

Ha obtenido, en dos ocasiones, el Premio Latinoamericano de Poesía "Alfonsina Storni", en Buenos Aires, Argentina; en 1986 por el poema *Arte Poética: Prisión y lumbre de los espejos* y, en 1988, con su poema *Hábitat*, que enfoca la visión estética sobre América. En 1989 obtuvo el Premio de Narrativa "UNA Palabra" que convoca la Universidad Nacional de Heredia, Costa Rica, por su obra *Historias de un testigo interior*, Editorial EUNA, 1990. Ha publicado además el libro de cuentos *Resurrecciones y Reencarnaciones de Lázaro Fuentes*, s.e., 1988, y el volumen de poesía *Cartas a mi Señor*, s.e., 1972.

En 1992, ganó una Mención Honorífica en Poesía en los Juegos Florales de Quetzaltenango con la colección *Yo sólo sé decirme a los amantes*.

De sí misma dice la autora: "A través de mi vida no he sido, ni soy, ni seré, otra cosa que Artista: invocador de luz, intermediario de lo angélico, hierofante, desterrado de lo invisible. Así aspiro a ser recordada".

En esta Antología se presenta el cuento *La Isla*, que fue escrito en 1990 y es inédito.

**Carmen Naranjo Coto**, nació en Cartago en 1931. Cuando tenía tres años su familia se trasladó a vivir a San José. Obtuvo su Licenciatura en Filología en la Universidad de Costa Rica. Ha desempeñado diversos cargos en la función pública: Subgerente Administrativa de

la Caja del Seguro Social, Embajadora de Costa Rica en Israel, y Ministra de Cultura. También ha sido Consultora de la OEA y representante de UNICEF para Centroamérica y México; Profesora en la Universidad de Costa Rica, Directora del Museo Nacional y del Museo de Arte Costarricense; y Directora de la Editorial Universitaria Centroamericana.

Ha recibido numerosos galardones: el "Premio Aquileo Echeverría" en 1966, el "Premio de la Editorial Costa Rica" en 1973 y el "Premio de Narrativa" que otorga la Editorial Universitaria Centroamericana en 1982. También fue premiada con el "Premio de Novela en los Juegos Florales de Guatemala", en 1968. Fue galardonada, igualmente, con el "Premio Magón", premio que se otorga en Costa Rica por una vida dedicada a la cultura.

Carmen Naranjo es un hito fundamental en la participación de la mujer costarricense en la vida nacional. En la función pública y en la literatura, su labor ha sido indudablemente pionera. A esto hay que añadir su labor como impulsora de nuevos valores literarios por medio de sus talleres de narrativa.

Su obra es abundante y gran parte de ella ha sido traducida al inglés, alemán, francés y al rumano. Sus poemas y cuentos han aparecido en numerosas revistas y antologías. Estas son sus publicaciones, referidas siempre a la primera edición.

*En Poesía: América*, s.d., 1961. *Canción de la ternura*, Elite, San José, 1964. *Hacia tu isla*, s.d., 1966. *Misa a oscuras*, Editorial Costa Rica, San José, 1967. *Idioma del invierno*, Conciencia Nueva, San José, 1971. *Homenaje a Don Nadie*, s.e., San José, 1981. *Mi guerrilla*, Editorial Universitaria Centroamericana, San José, 1984.

*Ensayos: Cinco temas en busca de un pensador*, en: *Repertorio Americano*, San José, enero-marzo 1976. *Por Israel y por las páginas de la Biblia*, s.e., San José, 1976. *Mujer y Cultura*, Editorial Universitaria Centroamericana, San José, 1990. *Los Quijotes Modernos*, s.d., discurso de ingreso a la Real Academia de la Lengua.

*Teatro: La Voz*, en: *Obras breves del teatro costarricense*, Tomo I, Editorial Costa Rica, San José, 1977. *Manuela Siempre*, en: *Escena*, San José, 1984.

*Cuento: Hoy es un largo día*, Editorial Costa Rica, San José, 1974. *Nunca hubo alguna vez*, Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, San José, 1984. *Ondina*, Editorial Universitaria de Centroamérica, San José, 1982. *Otro rumbo para la rumba*, Editorial Universitaria de Centroamérica, San José, 1988.

*Novelas: Los perros no ladraron*, Editorial Costa Rica, San José, 1966. *Camino al mediodía*, Imprenta Lehmann, San José, 1968. *Responso por el niño Juan Manuel*, Conciencia Nueva, San José, 1971. *Memorias de un hombre palabra*, Editorial Costa Rica, San José, 1978.

El Gobierno de Venezuela le otorgó la orden de "El Libertador" y el de España, la orden de "Alfonso el Sabio". La Universidad de Santo Domingo, República Dominicana, le concedió el título de "Doctora Honoris Causa".

Los relatos que publicamos en esta Antología, *Infinitas partes de un temperamento* y *Dulce violencia*, fueron escritos recientemente y son inéditos.

**Julieta Pinto González**, nació en San José, Costa Rica, en 1922. Licenciada en Filología por la Universidad de Costa Rica, fue fundadora y directora de la Escuela de Literatura de la Universidad Nacional. Tiene una larga tradición literaria que ha alternado con su participación en diversas instituciones públicas.

Su producción literaria ha sido prolífica y ha ocupado un lugar destacado en las primeras etapas de la historia de la literatura escrita por mujeres en Costa Rica. Ha publicado: *Cuentos de la Tierra*, Editorial L'Atelier, 1963. *Si se oyera el silencio*, novela, Editorial Costa Rica, 1967. *La estación que sigue al verano*, novela, Imprenta Lehmann, 1969. *Los Marginados*, cuentos, Editorial Costa Rica, 1970. *A la vuelta de la esquina*, cuentos, Editorial Nueva Conciencia, 1975. *El sermón de lo cotidiano*, cuentos, Editorial Costa Rica, 1977. *El eco de los pasos*, novela, Mesén Editores, 1979. *Tierra de espejismos*, s.d., 1981. *Abrir los ojos*, cuentos, Mesén Editores, 1983. *David*, cuentos infantiles, Editorial Costa Rica, 1985. *La lagartija de la panza color musgo*, cuentos infantiles, Instituto del Libro, 1988. *Entre el sol y la neblina*, novela juvenil, Editorial Costa Rica, 1988. *Historias de Navidad*, cuentos infantiles, Mesén Editores, 1988.

Ha sido galardonada con el Premio Nacional de Literatura Aquileo Echeverría, de 1969, por la obra *La estación que sigue al verano*. Y en 1970, se le concedió el Premio Nacional de Literatura "Aquileo J. Echeverría" por el libro de cuentos, *Los Marginados*.

Ha tenido cuatro hijos: *Gloriana, Mercedes, María Antonieta y Hernán José*. Actualmente disfruta de un auditorio fascinado de diez nietos. Y como escribir es una necesidad urgente para Julieta, las páginas en blanco continúan llenándose de palabras, del deseo enorme de que la inspiración se extinga solamente con la vida.

El cuento que presentamos, *Tres nombres para la ausencia*, fue escrito recientemente y es inédito.

**Irma Prego Ortega**, nació en Nicaragua y reside en Costa Rica desde hace muchos años. Es pintora y escritora de cuentos. Ha realizado numerosas exposiciones individuales: en el Instituto Nacional de Seguros, en el Teatro Nacional y en el Ibero Club, en Bonn, Alemania.

Fue premiada en Quetzaltenango, Guatemala, por su libro de cuentos *Mensajes al más allá*, que fue publicado en EDUCA, en el año 1984. El cuento *Agonice con elegancia* recibió en 1992 una Mención Honorífica en el "Certamen UNA Palabra" que organiza la Universidad Nacional.

Ha publicado cuentos en periódicos nicaragüenses, guatemaltecos y hondureños y es muy apreciada su participación en los encuentros de escritores por su gran capacidad para la narración oral.

*La muela*, el cuento que publicamos en esta Antología, es inédito. Tiene tres hijos: *Roberto, Fernando y Marcela*.

**Amalia Sollet Hernández**, nació en Heredia, Costa Rica, en 1951. Es profesora y Bachiller en Filología. Escribe poesía y cuento. En los últimos siete años ha alternado su residencia entre Costa Rica y Seattle.

Ha recibido varios premios. En 1987 obtuvo la Mención Honorífica con el cuento *Los Bastardos*, creación colectiva, en el "Primer Concurso de Cuento" organizado por el SINART, en San José, Costa Rica.

En 1991 obtuvo el Segundo Premio que otorga la Asociación de Críticos y Comentaristas de Arte, con sede en Miami, con el poemario: *De pie ante el sol*.

Cuentos y poemas suyos han aparecido en periódicos y en publicaciones del Centro Literario de Guanacaste y de la Universidad Nacional de Heredia.

El cuento que publicamos en esta Antología, *El Reencuentro*, recibió en 1987 el Diploma de Honor concedido por la "Fundación Givré" con sede en Buenos Aires. Fue publicado anteriormente por el periódico La Nación.

**Rima Rothe de Vallbona**, nació en 1931 en San José, Costa Rica. Obtuvo la Licenciatura en Filosofía y Letras por la Universidad de Costa Rica en 1962 y el Doctorado en Lenguas Modernas en Middlebury College, Vermont, Estados Unidos, en 1981. Obtuvo también el Diploma de Profesora de Francés en el Extranjero, en la Universidad de la Sorbona, Francia, y el Diploma de Filología Hispánica en la Universidad de Salamanca, España.

En la Universidad de St. Thomas, en Houston, Estados Unidos, fundó y fue Directora del Departamento de Español y también Directora del Departamento de Lenguas Modernas. Ha enseñado, como profesora visitante, en la Universidades de Houston y de Madrid. Actualmente tiene el rango de Catedrática de Español de la Fundación Cullen.

Ha publicado dos libros de ensayo: *Yolanda Oreamuno*, 1971 y *La obra en prosa de Eunice Odio*, 1981, así como numerosos artículos y estudios literarios sobre literatura hispánica y sobre escritoras costarricenses. Como narradora ha publicado: *Noche en vela*, novela, 1968; *Polvo del camino*, relatos, 1971; *La salamandra rosada*, cuentos y viñetas infantiles, 1979; *Mujeres y agonías*, cuentos, 1982; *Las sombras que perseguimos*, novela, 1983; *Baraja de soledades*, cuentos, 1983; *Cosecha de pecadores*, cuentos, 1988; *El arcángel del perdón*, cuentos, 1990; *Mundo, demonio y mujer*, novela, 1991; y *Los infiernos de la mujer y algo más*, cuentos, 1992. Muchos de sus cuentos han sido publicados en revistas literarias en España, México, Francia, Uruguay, Venezuela, República Dominicana, Costa Rica, y Estados Unidos.

Ha recibido los siguientes premios literarios: el "Premio Nacional Aquileo J. Echeverría" de Costa Rica, en 1968. El "Jorge Luis Borges" de cuento, en Argentina, en 1977. El premio de novela "Agripina Montes del Valle" de Colombia, en 1978. En Uruguay, el premio de

poesía infantil "Profesora Lilia Ramos", en 1978. El "Premio Literario de SCOLAS" (Southwest Conference of Latin American Studies) en 1982. El libro *La sombras que perseguimos*, recibió el "Premio Ancora", en Costa Rica, como mejor libro de ficción de 1984. Además, ha sido condecorada con la "Medalla del Servicio Civil" por S.M. el Rey Juan Carlos de España por su labor cultural en 1989.

Pertenece a numerosas organizaciones profesionales relacionadas con la literatura y la pedagogía y su biografía ha sido incluida en múltiples publicaciones y directorios. Actualmente vive en Houston, Texas, Estados Unidos.

Es madre de cuatro hijos: *Nuri, Carlos Fernando, María Teresa y Marisa*. El cuento que publicamos en esta Antología, *Saturnalia*, fue escrito en 1990 y es inédito.

**Ishtar Yasin Gutiérrez**, nació en Moscú en 1968. Ese mismo año sus padres se trasladaron a vivir a Chile, de donde tuvieron que marchar tras el golpe militar, en 1973. Llegó a Costa Rica donde permaneció durante doce años. Regresó a Moscú a estudiar y allí obtuvo un Master en actuación de Cine y Teatro. Actualmente vive en Costa Rica.

Un imparable frenesí creativo la lleva a pintar, a escribir, a realizar entrevistas periodísticas, y a actuar en cine y teatro. Es coautora de una obra de teatro: *Noche Cadabra* que ha presentado con éxito en los teatros de Buenos Aires, Chile y Costa Rica.

Pertenece a una familia de grandes artistas; es hija de la bailarina y coreógrafa Elena Gutiérrez y del director de teatro Moshe Yasin. El afamado escritor Joaquín Gutiérrez es su abuelo.

El cuento que publicamos en esta Antología, *La muerte del cisne*, ha sido escrito recientemente y permanece inédito.

Tiene una hija: *Alondra*.

**Virginia Zúñiga Tristán**, nació en San José. Es Doctora en Letras, pianista, Profesora Emérita de la Universidad de Costa Rica, especializada en música, literatura inglesa y española. Investigadora incansable y maestra de varias generaciones de universitarios, es ejemplo de tesón para la mujer costarricense.

Estudió en las Universidades de Costa Rica, Kentucky, Texas, Tulane y París. Ha recibido numerosas distinciones como: "Premio Aquileo Echeverría" por su libro *El anglicismo en el habla costarricense*, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1976. "Primer Premio del Colegio de Licenciados y Profesores en Letras, Filosofía, Ciencias y Arte" por su libro, *Zelmira Segreda, la alondra costarricense*, Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, 1988. El gobierno francés la distinguió con la Medalla "Charles Baudelaire" en el año 1972 y con las "Palmas Académicas" en el Grado de Gran Caballero en 1973.

Ha publicado más de mil artículos en revistas y periódicos nacionales y extranjeros. Un poema suyo ganó el Certamen de Poesía sobre el Holocausto, que fue organizado en 1985 en Israel y posteriormente publicado en ese país.

Su más reciente publicación, *La Orquesta Sinfónica Nacional*, EUNED, 1992, ha sido aclamada unánimemente por la crítica.

Al dejar la Universidad de Costa Rica dejó fundadas la Sección de Inglés en la Escuela de Ciencias y Letras; la Revista de Artes y Letras, *Káñina*, y el Departamento de Artes Dramáticas en la Facultad de Bellas Artes.

El cuento que presentamos, *El Patricio*, fue escrito en el año 1982 y es inédito.

Este libro se terminó de imprimir  
en Master Litho S.A.  
en el mes de Febrero de 1993.  
Su edición consta de 1000 ejemplares

Un intenso y valiente coro de voces femeninas es esta antología de narradoras costarricenses. A partir de un núcleo central —la mujer— encontramos desplegadas, cual amplio abanico lleno de posibilidades creativas, la gama de encrucijadas por la que ella ha atravesado en su paso por la historia. La diversidad de temas... el amor en todos sus matices, la vivencia de su propio cuerpo, el aborto, la soledad, el trabajo... tamizados por la óptica de la mujer, hacen que estos relatos se ofrezcan al público como una muestra de que lo narrado por ella permanece vigente y beligerante dentro de nuestra producción textual.

En el arduo trajinar de la literatura escrita por mujeres, este texto aparece como símbolo de solidaridad y apoyo entre escritoras conocidas en el medio y otras cuya palabra e interioridad asoma, con osadía, por primera vez; todas ellas motivadas por Linda Berrón quien, en un esfuerzo por recuperar la palabra de la mujer, las atrapa con acierto y las invita a “sacar de la gaveta” aquellos textos que esperaban su momento. Estas narraciones son la muestra de una efusiva respuesta.

La lectura de esta antología motivará a que muchas otras mujeres, con un potencial narrativo aún no manifestado, se aventuren a descubrir su palabra.

*Amalia Chaverri*



EDITORIAL  
*Mujeres*



0001303566